

litoral

Revista de la Poesía y el Pensamiento

MARIA ZAMBRANO

(TOMO I)

LA TUMBA DE ANTIGONA

DIOTIMA DE MANTINEA (INEDITO)



*Torremolinos - Málaga
Andalucía - España - Europa*

N.º 121-122-123

litoral

**Revista de la Poesía
y el Pensamiento**

Publicación trimestral

La fundaron Emilio Prados
y Manuel Altolaguirre

De conformidad con lo que precep-
túa el art. 24 de la Ley de Prensa
e Imprenta.

Edita: José María Amado y Arniches

Dirige: Manuel Gallego Morell

Imprime: Gráficas San Andrés, S.A.
Avda. Dr. Gálvez Ginachero, 25
Málaga

Dirección, Redacción
y Administración:

Urbanización La Roca - 107-C
Teléfonos: 384200 - Ext. 107-C
380758
Torremolinos - Málaga

Depósito Legal: MA. 128-1968

Suscripción anual: 2.750 Ptas.

Extranjero: 3.500 Ptas.
Aprox. \$ 35 USA

DISTRIBUYE

VISOR LIBROS

Calle del Roble, 22
MADRID - 20

Siglo XXI de Catalunya

LES PUNXES

Sociedad Limitada

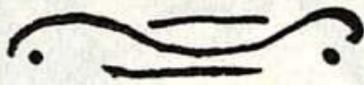
Escornalbou, 12
Teléfono 2352208

BARCELONA - 13

LITORAL



LITORAL

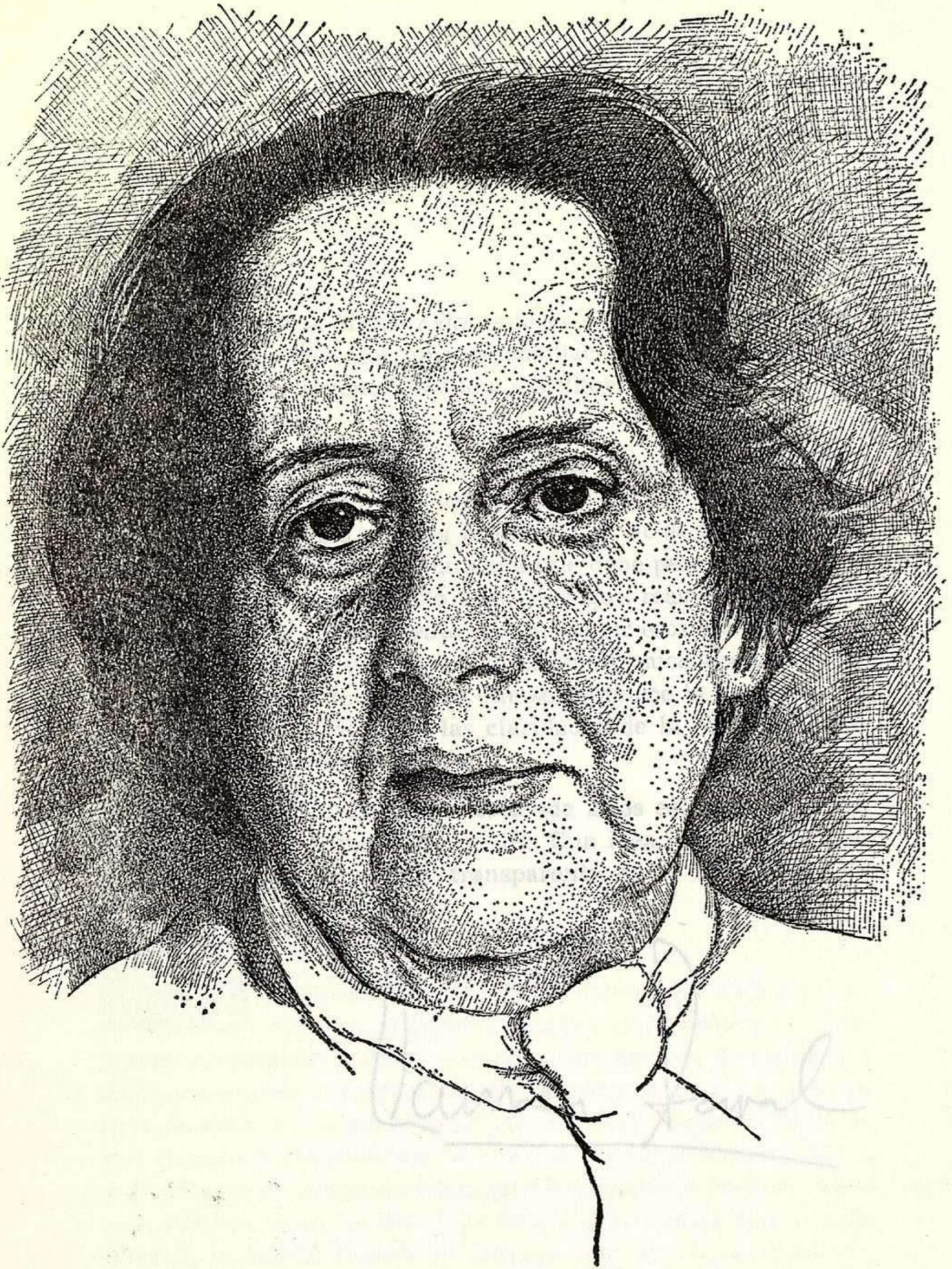


José María Piñero
1982

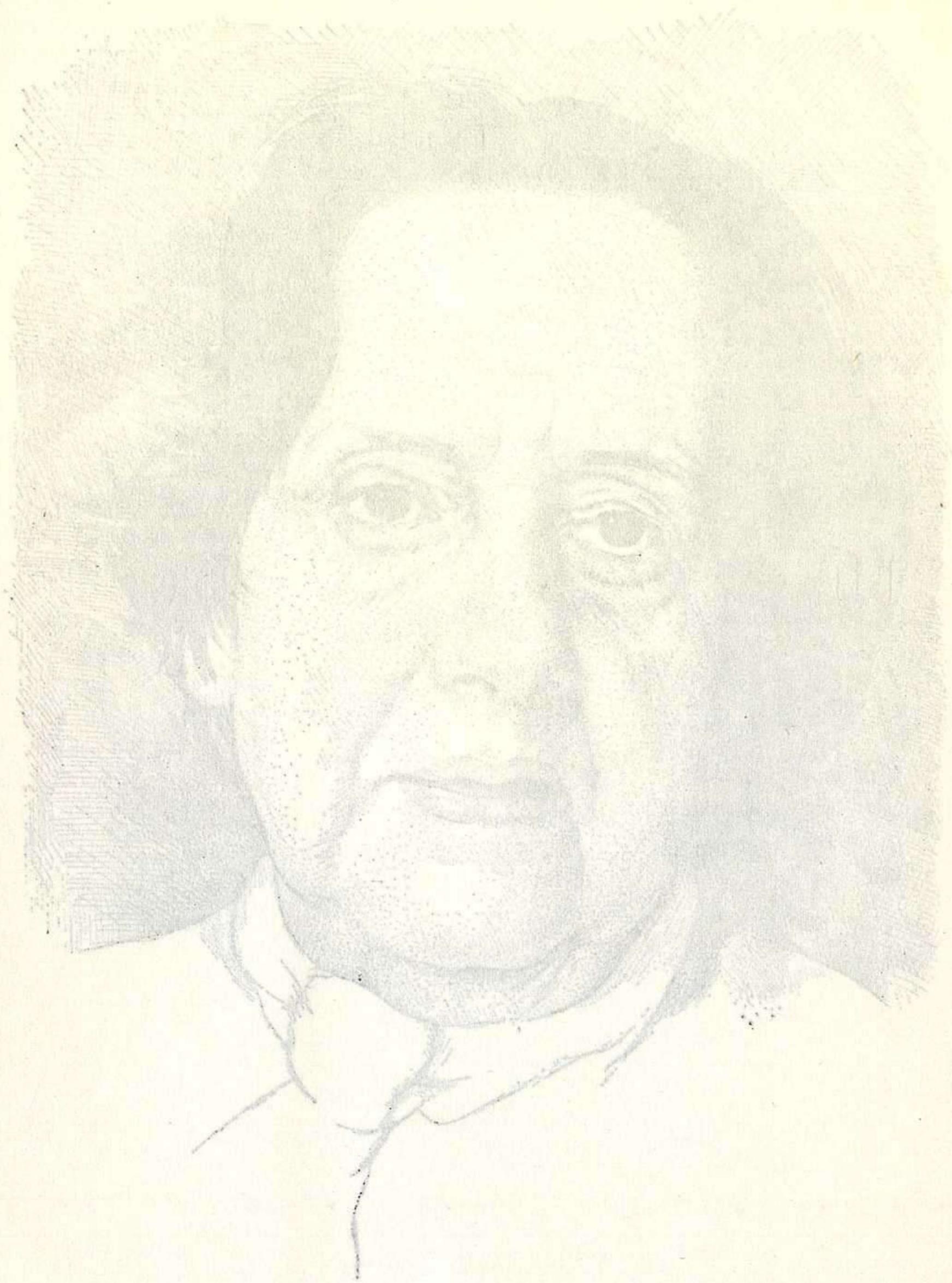
LITORAL



CARMEN SAVAL PRADOS



José María Prieto.
1982.



of inf...
SEP 11

LA ANTIGONA
DE
MARIA ZAMBRANO



LEER a María Zambrano es como un acontecimiento de amor, una reconciliación. Luces y sombras. Orden y estremecimiento. Miedo a esa dimensión entregada. Encuentro definitivo.

Hay allí como un llamado y como un intercambio. Nos abre un acceso hasta el alma, y cuanto más ésta se comunica con nosotros, más ilumina nuestra profundidad. No se trata más que interpretar una experiencia humana que debe permanecer siempre misteriosa e inefable. No dice, sino que reasume su propia alma y su propio conocimiento y hace existir esos secretos suyos en su contenido, en su voz, en su cadencia, sucede entonces la aparición del minuto divino en que se establece la corriente, en que se opera el tránsito de las claridades de la razón a la noche más luminosa de la poesía.

Es el camino interior que desciende a los estratos más hondos y nos pone en presencia de una fina idea, casi mágica que al borde de lo eterno está, transparente en el misterio de la palabra.

A tragedia de Sófocles, Antigona, ha llegado hasta nosotros, y aunque muchos no se han dado cuenta de su presencia, aunque pocos sean los que han leído a Antigona en sus corales, permanece en el fondo de toda la vida, el milagro de su lenguaje. Pero también han llegado hasta nosotros tiempos, otras otras consideraciones, y el milagro de Antigona no es, por tanto, único. Pero sí habría sido suficiente, su herencia de dolor, y el tiempo apartado en soledad, le habría bastado al hombre para aprender el amor y

Carmen Saval



Orden y estribo. Hay allí como un llamado y como un intercambio. Nos abre un acceso hasta el alma y cuando más ésta se comunica con nosotros, más ilumina nuestra profundidad. No se trata más que interpretar una experiencia humana que debe permanecer siempre misteriosa e ineluctable. No dice, sino que transmite su propia alma y su propio conocimiento y hace existir esos secretos suyos en su contenido, en su voz, en su cadencia, sucede entonces la aparición del minuto divino en que se establece la corriente, en que se opera el tránsito de las claridades de la razón a la noche más luminosa de la poesía.

Es el camino interior que descubre a los estratos más hondos y nos pone en presencia de una fina idea, casi mágica que al borde de lo eterno está, transparente en el misterio de la palabra.

Carmen Zival

LA ANTIGONA

DE

MARIA ZAMBRANO



I



LA tragedia de Sófocles, *Antígona*, ha llegado hasta nosotros, y aunque muchos no son llamados a saborear su presencia, aunque pocos sean los que introducen a *Antígona* en sus corazones, donde permanece ya a lo largo de toda la vida, el milagro no es por eso más pequeño. También han llegado hasta nosotros templos, otras obras imperecederas, y el milagro de *Antígona* no es, por tanto, único. Pero sí habría sido suficiente; su herencia de dolor, y el tiempo apurado en soledad, le habría bastado al hombre para aprender el amor y

el temor que reclama el destino alzándose frente a la vida, para saber, ay, qué es la libertad, y qué se esconde tras ella. Antígona, el ejemplo de la doncella Antígona, le habría bastado al mundo. Una mujer no, una doncella, casi una niña, sola, oponiéndose a las leyes, a las leyes opuestas al amor, y encerrada en su tumba, —condenada a morir así—, puede ser el símbolo de la inauguración del llanto sobre la tierra, y puede convertirse en razón del llanto para el hombre, para todos los hombres.

Antígona no podía permanecer en la inmortal obra de Sófocles para siempre. Llegado el siglo XX, una mujer, nacida en un pueblecito de Málaga, que subió en su adolescencia a Segovia, y bajó de allí a Madrid, para irse luego muy lejos —cualquier lejanía de España es grande para ella— una mujer llamada María Zambrano, habría de hacer suya esta tragedia, hasta el extremo de rescatarla de su condición de mito, y acercarla, en un acto de amor, en un acto de desprendimiento del alma, muy cerca de nosotros. La tragedia de Sófocles no era difícil de comprender; no se trataba, pues, de hacerla comprensible, ofreciendo una nueva lectura, y más moderna. Era necesario revivirla, y María Zambrano esto hizo.

La doncella Antígona, de Sófocles, en mitad del camino que va desde el siglo V a. c. hasta la eternidad, es decir, en mitad de su existencia, se tropieza con la doncella Antígona, de María Zambrano. Y en este encuentro, Antígona puede verse ya a sí misma, hablar del tiempo no vivido, en el tiempo que sí le fue dado vivir, entre la vida y la muerte, y arrojar lejos la forma en que la muerte había pesado sobre ella durante siglos. "Antígona, en verdad, no se suicidó en su tumba, según Sófocles, incurriendo en un inevitable error, nos cuenta. Mas ¿podía Antígona darse la muerte, ella que no había dispuesto nunca de su vida?" (1). Alguien nos habla, por vez primera, en favor de la doncella, alguien que no se ha limitado a escuchar sus quejas, le ha tendido una mano, y aún más, ha puesto toda la claridad

(1) Así comienza el prólogo de María Zambrano a su obra, *La tumba de Antígona*, publicada por Ed. Siglo XXI en 1967 (aunque un ensayo titulado así apareciera antes, en ese mismo año, 2.ª época de la revista de "Occidente"), y que ahora reedita la revista "Litoral".

de su pensamiento en prestarle su razón a Antígona. Este es el abrazo de María Zambrano con la virgen y paciente doncella sacrificada. Un abrazo que es, sin duda, de reconocimiento, ante todo, porque María Zambrano, en su infancia, en su adolescencia, como hija, y como hermana, caminaba en pos de este encuentro. María Zambrano abraza a Antígona en su existencia poética, en el existir trascendente que la doncella le debe al género de su nacimiento, la tragedia. Y María Zambrano le presta su voz; después de tantos siglos, la voz de Antígona vuelve a escucharse. En cierto modo, es resucitada; vuelve a la vida, para morir ya descansando en la piedad, en la piedad que la escritora siente por su alma inocente.

María Zambrano no obliga a la doncella a revivir las terribles y poéticas circunstancias de su vida. Está ya encerrada en su tumba, se halla entregada a la muerte, en infierno de soledad y delirio. Y en este lugar es visitada por los seres que poblaron su tiempo no vivido, y Antígona, en diálogo con todos ellos, sola frente a la muerte, y sola frente a la vida para la que no tuvo tiempo, sola frente a su ser, que al mismo tiempo que se apaga, se enciende, sola, encierra y arroja en palabras de poesía el sentido último de su sufrimiento. Ha entregado su vida por amor, y en medio de la noche, principalmente en medio de la noche, como el alba va apuntando e iluminando su conciencia al mundo. Había penetrado en su propia tumba con todo su ser, y el tiempo le dio a conocer todas "las regiones donde el amor es el elemento"; nació; despertó así su conciencia, en ese "vivir y morir unidos", como la aurora amada, soñada y esperada, del trascender humano, como aurora de la Palabra también, en esa llamada de lo divino, abierta en el horizonte del silencio que la iba invadiendo como la muerte.

En realidad, de este tiempo que a la doncella Antígona le fue exigido vivir entre la vida y la muerte, sólo María Zambrano, en el prólogo a su obra, habla con conocimiento, con conciencia, con sacrificio, anunciando en él la esperanza nacida para el alma de la doncella, y que ya no la abandonará. Y la Antígona de María Zambrano nos aparece rescatada, al fin, de la fatalidad; no ya la historia de su pasión, sino su ser humano, entremezclado a lo divino de su ser.

Como pensadora, María Zambrano ha descifrado el sentir de esta tragedia y su grandeza, convirtiéndola en paradigma de la feminidad y su trascendencia, pero como mujer, María Zambrano ha intuido el ser, el ser de Antígona, y como poeta, la ha ayudado a nacer: a nacer del mito a la conciencia, del sacrificio a la salvación por la palabra.

En el momento de su muerte, Antígona tiene toda su vida, por no vivida, frente a ella, pero asimismo no deja de acompañarla su sombra, y cuando ésta comienza a desvanecerse, la doncella la busca y llama, muere con ella y junto a ella. En el tiempo que le es dado, nace su conciencia, y Antígona ofrece ésta como el sacrificio real y verdadero de su persona. Y la luz, cuando le es ofrecida en sacrificio la conciencia pura, y brillante, de la doncella, vence. Vence para siempre. María Zambrano lo conoce, y lo declara al mundo. Este vencimiento de la luz es obra suya. A nosotros nos queda todavía escuchar el llanto, el delirio de Antígona, mientras el humano sacrificio sigue en pie, y la inocencia anda perdida, hasta que a alguien se le ofrece como un don, y la hace suya.

II



TIENE María Zambrano unas bellísimas páginas tituladas ¿por qué se escribe?, en las que, para contestar a esta pregunta, distingue entre el hablar y el escribir. Cuando hablamos, viene a decir, vencemos la inmediatez del tiempo, nos sobreponemos a las circunstancias, y las palabras nos libran de ellas. Nosotros no somos del todo responsables de lo que con espontaneidad hablamos, derrotando al tiempo. Nos desprendemos fácilmente de las palabras, o ellas se desprenden de

nosotros, y esa victoria sobre los instantes en el momento de hablar, se torna en derrota. El hombre busca una reconciliación con las palabras, reteniéndolas, haciéndolas suyas, ayudándolas a nacer en el seno de su soledad, sujetándolas a un ritmo. Es lo que hace el escritor, y en ello consiste su gloria, según María Zambrano.

Pues si cuando hablamos las palabras resultan a veces vacías, vanas, las traicionamos tanto como somos traicionados por ellas. Y las palabras, que al ser pronunciadas se diría que huyen de nosotros, buscan luego permanecer; el escritor colma ese anhelo, no porque escribe lo mismo que puede decirse en voz alta, sino porque escribe lo que de ninguna manera puede llegar a hablarse, pues que se trata de la verdad, de un secreto que sin embargo pide ser comunicado, y que sólo cuando alcanza esta comunicación —cuando es leído— se satisface. Luego escribir es un acto de fe, dirá María Zambrano.

Ahora bien, el escritor graba el sonido de las palabras “fijándolo ya sin voz”, mientras que el poeta canta su secreto, y lo transcribe sin apagar su voz. La poesía es “secreto hablado”, según María Zambrano. “El poeta habla, reteniendo en el decir, midiendo y creando en el decir con su voz, las palabras. Se rescata de ellas sin hacerlas enmudecer, sin reducirlas al solo mundo visible, sin borrarlas del sonido”.

El poeta tiene, pues, una voz que no se apaga, que no queda silenciada en el poema por la escritura. El poeta, además, no sale al encuentro de esa voz, sino que es visitado por ella; es éste el carácter de don, y de ofrenda, de la poesía, en el que María Zambrano insiste en tantos lugares de su obra. Pues bien, esta voz escrita, necesitada de la escritura para comunicarse, pero no sólo visible, sino audible en su germen, en su sonora presencia, es la palabra poética de *La Tumba de Antígona*. María Zambrano en esta obra ha partido de un descubrimiento íntimo, y es que Antígona no se suicidó en su tumba. A Antígona, que no tuvo tiempo para vivir, María Zambrano le concede un tiempo, único y precioso, frente a la muerte. Y en *La Tumba de Antígona*, la palabra, al ser leída, recobra su entera voz, y esta voz es la misma, idéntica, inalterable, eterna, la misma voz, digo, del instante de creación. Es una palabra en voz alta, que no sufre ya supeditación al tiempo, que se deja escuchar —que nos ha-

bla—, que no es enemiga del silencio, sino que retrocede una y otra vez hasta él, hasta unirse a él, al mismo tiempo que se adentra en el ritmo.

Antígona no siente nostalgia de su vida (no vivida); vive su tiempo frente a la muerte como hora de nacer (que es expresión de Emilio Prados), en ítima unión de existencia. Ella es rescatada —por la piedad que María Zambrano siente hacia ella— de la tragedia, y es rescatada por la palabra. Porque la palabra (lo dice María Zambrano) va en busca de la inocencia. Y Antígona es inocente.

La palabra es —en esta obra— presencia constante de la memoria, y la doncella Antígona, símbolo herido de los tres tiempos, pasado, presente y futuro. Ello es un logro de la poesía, algo que ésta regala al mundo, a los hombres en este mundo: una palabra que es ya ser, manifestación de un despertar, el de la conciencia. Antígona no repara apenas en las circunstancias de su vida. La palabra, que la rescata de la muerte (de la muerte voluntaria, en primer lugar), la ayudará a morir. Y al mismo tiempo que la vida de Antígona se apaga, lentamente se apaga también su voz. Lo que ocurre es que su voz no muere; está entre nosotros.

Antígona en su vida se había enfrentado únicamente a la tragedia. Ahora, encerrada en su tumba, condenada a morir, se enfrenta a la soledad, que es lo que se padece frente a la muerte. De ese su padecer, de ese delirio suyo, nace la palabra, que revela, y mediante la cual se logra, la perfección del sacrificio. Perfección del sacrificio que consiste en desentrañar el sufrimiento, y su sentido. También padece la palabra, por amor. Y por amor logra la palabra arrancar de las tinieblas la conciencia de Antígona. La conciencia es el fruto de esa palabra. Y la luz, a la que van dando paso las tinieblas, sostiene la palabra.

Por eso Antígona no podría darse la muerte. Había de renunciar a esa libertad, para nacer a otra libertad, para permitir que otra libertad la naciera. La muerte de Antígona es el nacimiento de Antígona, la aurora de su conciencia. Porque la muerte de Antígona es tránsito. Antígona no es víctima (de las leyes humanas), sino mártir, acaso mártir de la palabra, del trascender humano.

La Antígona de María Zambrano no es, pues, autora de su muerte, y sí creadora del ser que ya no la abandonará ni en la muerte, del ser que cobra eternidad en el poema. Creo que la palabra poética en esta bellísima obra de María Zambrano es intercesora —porque intercede entre ella y dos mundos—, actualizadora de la esperanza, engendradora del ser. La Tumba de Antígona es el vivir muriendo de Antígona.

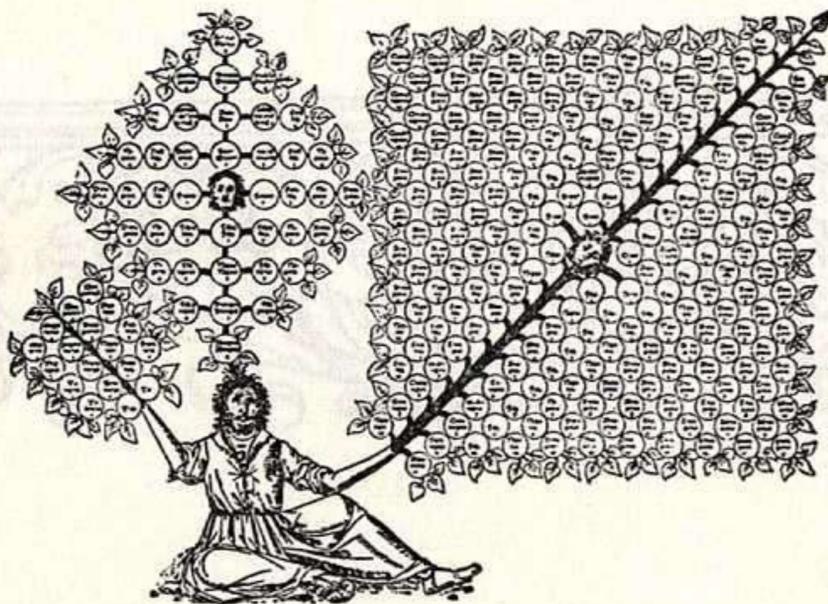
Ella dice: “Y ahora no siento ya piedad alguna, no siento nada, como si no hubiese ni tan siquiera comenzado a revolverme en el vientre de mi madre”.

“Y tampoco a ti, puerta de mi destino, te golpearé, ni te pediré que te abras. Estás ahí, obedece: obedece como yo. Como yo, sé infranqueable”.

El final de la vida de Antígona es una muerte prometedora, anunciadora de la resurrección. Y la que nace y apunta desde la muerte, es una palabra reveladora del pensamiento, de aquel pensamiento que consiste en “descifrar lo que se siente”, como ha dicho María Zambrano refiriéndose a Claros del Bosque.

... Una palabra que es también una presencia, una palabra que abre el camino de la libertad, que es en sí una promesa... La poesía, dice Emilio Prados, “tiene un fin: salvar al hombre”.

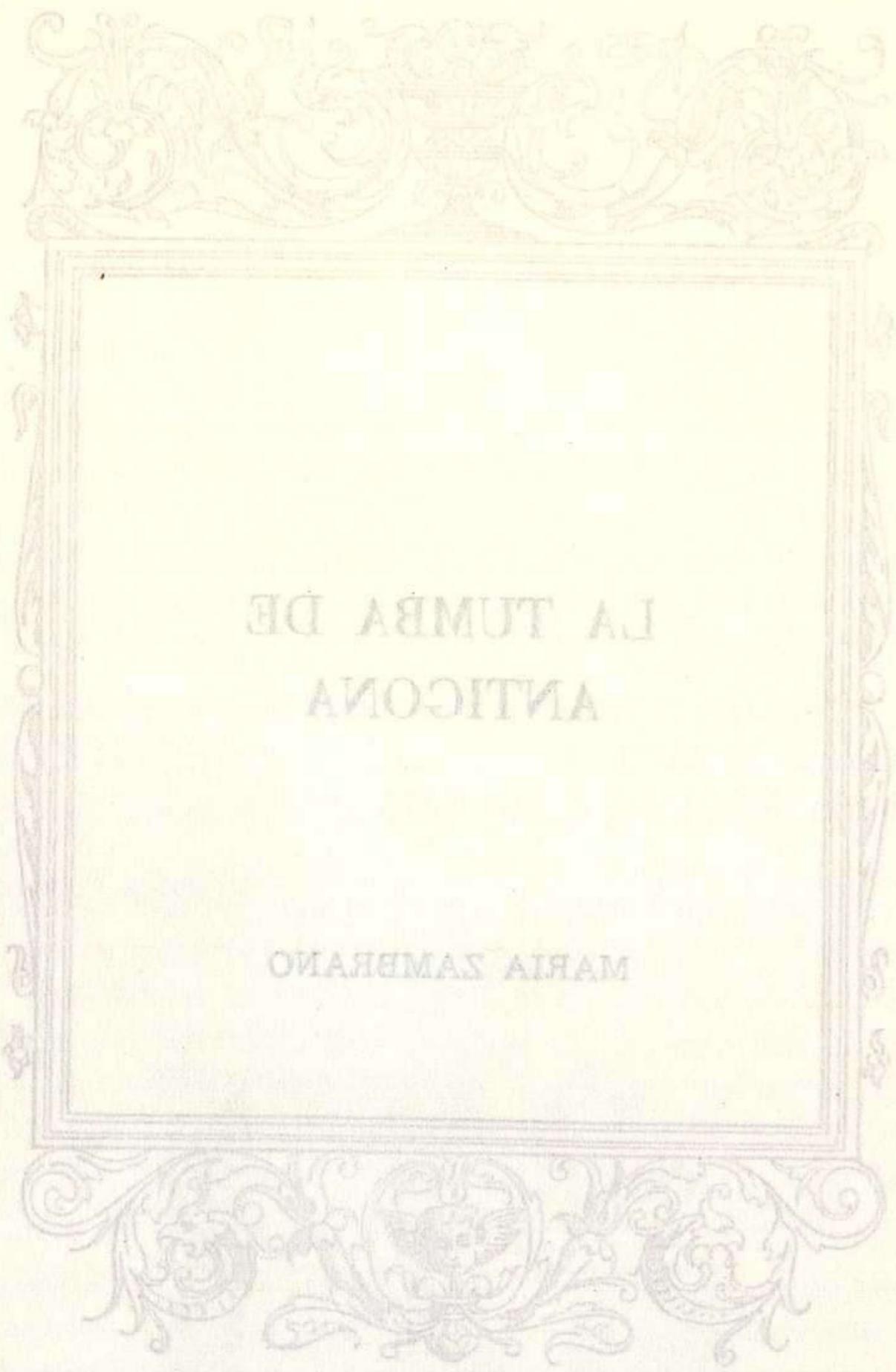
JULIA CASTILLO





**LA TUMBA DE
ANTIGONA**

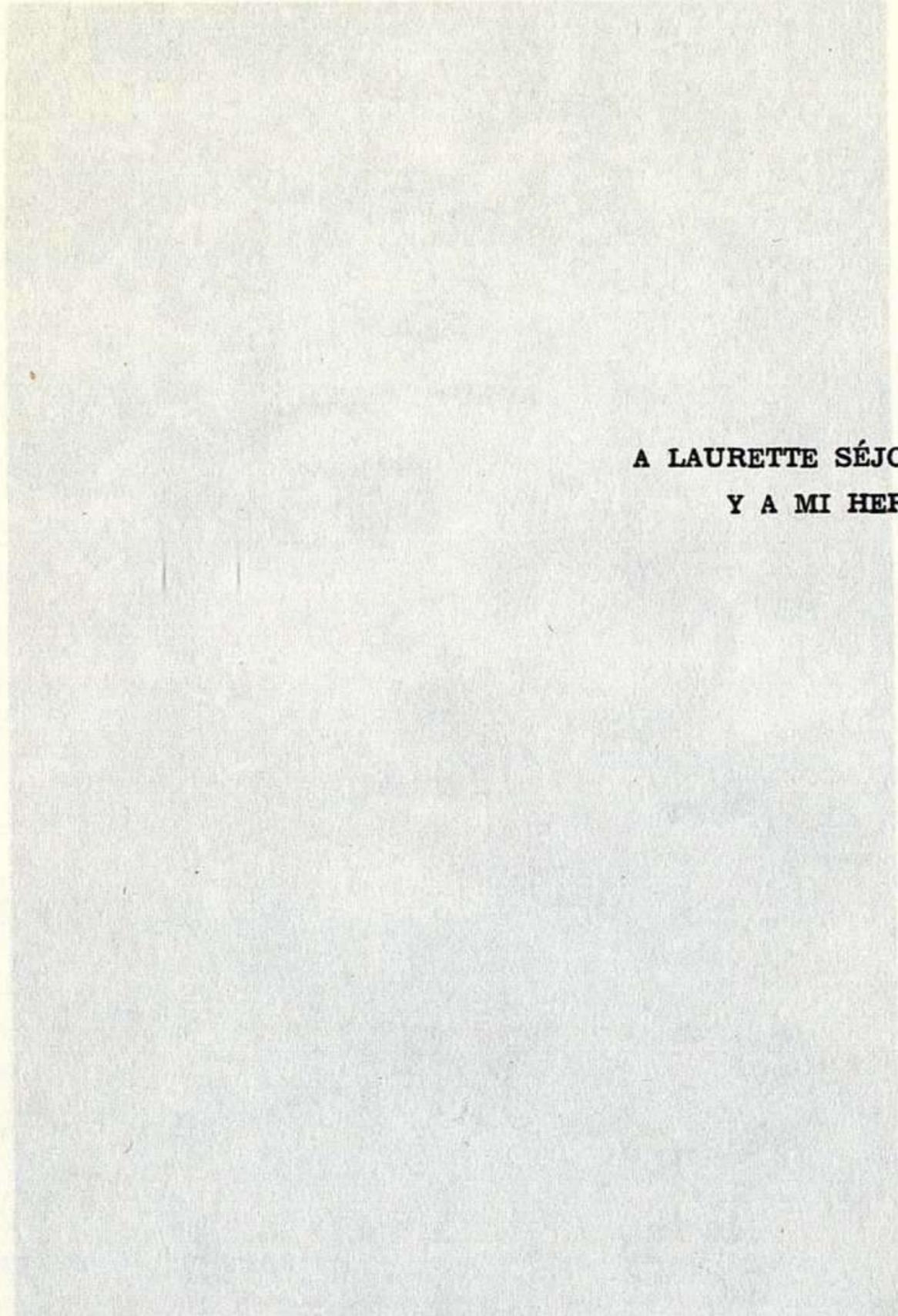
MARIA ZAMBRANO



LA TUMBA DE
ANTICONA

MARIA SAMBRANO

A LAURETTE SÉJOURNÉ
Y A MI HERMANA



**A LAURETTE SÉJOURNÉ
Y A MI HERMANA**

Biblioteca Carrizosa Museo Kálin

A LAURETTE SÉJOURNÉ
F A MI HERMANA



Römisch Germanisches Museum Köln

un inacabable llanto, uno que no iba a desembocar en la Elegía —la que es ya otra categoría poética.

Entre todos los protagonistas de la Tragedia griega, la muchacha Antigone es aquella en quien se muestra, con mayor fuerza y más visiblemente, la trascendencia propia del género. Mas



Römisches Germanisches Museum Köln



ANTIGONA, en verdad, no se suicidó en su tumba, según Sófocles, incurriendo en un inevitable error, nos cuenta. Mas ¿podía Antígona darse la muerte, ella que no había dispuesto nunca de su vida? No tuvo siquiera tiempo para reparar en sí misma. Despertada de su sueño de niña por el error de su padre y el suicidio de la madre, por la anomalía de su origen, por el exilio, obligada a servir de guía al padre ciego, rey-mendigo, inocente-culpable, hubo de entrar en la plenitud de la conciencia. El conflicto trágico la encontró virgen y la tomó enteramente para sí; creció dentro de él como una larva en su capullo. Sin ella el proceso trágico de la familia y de la ciudad no hubiera podido proseguir ni, menos aún, arrojar su sentido.

Pues que el conflicto trágico no alcanzaría a serlo, a ingresar en la categoría de la tragedia, si consistiera solamente en una destrucción; si de la destrucción no se desprendiera algo que la sobrepasa, que la rescata. Y de no suceder así, la Tragedia sería nada más que el relato de una catástrofe o de una serie de ellas, en el cual, a lo más, se ejemplifica el hundimiento de un aspecto de la condición humana o de toda ella. Un relato que no hubiese alcanzado existencia poética, a no ser que fuera un inacabable llanto, una lamentación sin fin y sin finalidad, si es que no iba a desembocar en la Elegía —lo que es ya otra categoría poética.

Entre todos los protagonistas de la Tragedia griega, la muchacha Antígona es aquella en quien se muestra, con mayor pureza y más visiblemente, la trascendencia propia del género. Mas

a cambio de ello le fue necesario el tiempo —el que se le dio y otro más. Sobre ella vino a caer el tiempo también: el necesario para la transformación de Edipo desde ser el autor de un doble crimen “sacro” hasta ser un “fármacos” que libera y purifica.

Y mientras tanto, el proceso destructor ávidamente proseguía devorando. La guerra civil con la paradigmática muerte de los dos hermanos, a manos uno de otro, tras de haber recibido la maldición del padre. Símbolo quizá un tanto ingenuo de toda guerra civil, más valedero. Y el tirano que cree sellar la herida multiplicándola por el oprobio y la muerte. El tirano que se cree señor de la muerte y que sólo dándola se siente existir.

La muerte de Antígona deja ciertamente sin posibilidad de rescate al tirano arrepentido, o más bien forzado a volverse atrás. Y de la contienda entre los hermanos sólo ha podido salvar la honra debida al cadáver del vencido. Quedaban flotando el arrebatado final de Edipo, la asfixia de Yocasta, la inesperada muerte del pálido Hemón, y aun: la vida no vivida de la propia Antígona, cuya posibilidad sólo se actualizó en el llanto, camino del sepulcro. Como si solamente ella cumpliera enteramente el llanto ritual, la lamentación sin la cual nadie debe de bajar a la tumba.

Se revela así la verdadera y más honda condición de Antígona de ser la doncella sacrificada a los “inferos”, sobre los que se alza la ciudad. Pues que los antiguos no ignoraban que toda ciudad está sostenida sobre el abismo, y rodeada de algo muy semejante al caos. Su recinto, pues había de ser doblemente mantenido, sin contar con la otra dimensión, la de los cielos y sus dioses. Una ciudad se sostenía entre los tres mundos. El superior, el terrestre y el de los abismos infernales. El mantenerla exigía sacrificio humano, cosa ésta de que los modernos no podrían ciertamente extrañarse. El sacrificio de una doncella debía de ser un antiguo rito. Y ello tampoco, en verdad, debería suscitar asombro. El sacrificio sigue siendo el fondo último de la historia, su secreto resorte. Ningún intento de eliminar el sacrificio, sustituyéndolo por la razón en cualquiera de sus formas, ha logrado hasta ahora establecerse. Inevitablemente la figura de Juana de Arco se presenta consumida por el fuego, forma típica de sacrificio sagrado en toda su violencia. Y esa cadena

de Santas, doncellas enmuradas, ofreciendo durante un tiempo que no acaba su pureza a la pureza de la fe, del amor que rescata y trasciende.

Pues que la acción del sacrificio ha de cumplirse en los tres mundos: en la tierra, sosteniendo o preparando una arquitectura al par humana y divina o, por lo menos, sagrada; en los abismos, aplacándolos y salvando de ellos algo que pueda salvarse y clame por ser incorporado a la luz, por ser dado a la luz y a la vida; en los cielos, en su forma más trascendente, el humo que puede ser también fragancia, aroma, del sacrificio que asciende más alto que la palabra, que la palabra sola, al menos. Y en ciertas palabras proferidas por el que oficia el sacrificio cuando la víctima es enteramente pasiva, paciente, y por la víctima cuando ella se ofrece, llegan arriba como la corroboración del sacrificio, como su perfección total, pues que declaran al par el sufrimiento y su sentido. Son expresión y revelación humanamente sacras.

Ninguna víctima de sacrificio pues, y más aún si está movida por el amor, puede dejar de pasar por los infiernos. Ello sucede así, diríamos, ya en esta tierra, donde sin abandonarla el dado al amor ha de pasar por todo: por los infiernos de la soledad, del delirio, por el fuego, para acabar dando esa luz que sólo en el corazón se enciende, que sólo por el corazón se enciende. Parece que la condición sea ésta de haber de descender a los abismos para ascender, atravesando todas las regiones donde el amor es el elemento, por así decir, de la trascendencia humana; primeramente fecundo, seguidamente, si persiste, creador. Creador de vida, de luz, de conciencia.

Pues que el amor y su ritual viaje a los inferos es quien alumbra el nacimiento de la conciencia. Antígona lo muestra. Sócrates lo cumplió a su modo. Ellos dos son las víctimas de sacrificio que "el milagro griego" nos muestra, nos tiende. Y los dos perecen por la ciudad, en virtud de las leyes de la ciudad que trasciende. Por la Nueva Ley, diríamos. Por esa Nueva Ley que guía y conduce, consume, "flagela y salva, conduce a los inferos y rescata de ellos" a ciertos elegidos, a ciertos pueblos enteros en algunas ocasiones, inolvidables en esta nuestra tradición occidental. Pues se diría que la raíz misma del Occidente,

sea la esperanza de la Nueva Ley que no es solamente el íntimo motor de todo sacrificio, sino que se constituye en Pasión que preside la historia.

Antígona es una figura, un tanto profética —del profetismo griego—, de esta pasión. Su sacrificio por ser obra de amor abarca los tres mundos en toda su extensión. El de los muertos, a los que su piedad la lleva; una piedad-amor-razón que le dice que ha de estar entre ellos más que entre los vivos, como si su vida sobre la tierra se le apareciese como una efímera primavera; como si ella fuera una Perséfone sin esposo que ha obtenido únicamente una estación: una primavera que no puede ser reiterada. El mundo propiamente terrestre donde ha nacido en el laberinto de unas entrañas como sierpes; en el laberinto de la guerra civil y de la tiranía subsiguiente, es decir: en el doble laberinto de la familia y de la historia. Y al realizar ella su sacrificio con la lucidez que le descubre la Nueva Ley, que es también la más remota y sagrada, la Ley sin más, llega hasta allí donde una humana sociedad exista. Su pureza se hace claridad y aun sustancia misma de humana conciencia en estado naciente. Es una figura de la aurora de la conciencia.

Por todo ello no podía darse la muerte, ni tampoco morir como el común de los mortales. Ninguna víctima de sacrificio muere tan simplemente. Han de vivir vida y muerte unidas en su trascender. Que este trascender no se da sino en esta unión, en estas nupcias.

Y el suplicio al que Antígona fue condenada parece dado adrede para que tenga tiempo, un tiempo indefinido para vivir su muerte, para apurarla apurando al par su vida, su vida no vivida y con ella, al par de ella, el proceso trágico de su familia y de su ciudad. Y esa última dimensión de su condena, la que caracteriza a la tragedia griega, resplandeciente hasta el extremo en Antígona: el abandono; el abandono total de sus dioses. Pues que en la tragedia Antígona de Sófocles, los dioses no intervienen. Ningún oráculo divino le ha señalado a esta muchacha su destino. Apolo nada le dijo y quizá por ello, ni él ni su hermana Atenea se preocuparon de su suerte. Bien es verdad que Edipo tuvo el anuncio de su destino y ninguna potencia divina bajó en su auxilio a la hora de la desdicha. Tal vez

por eso fuese "el más desdichado de los hombres". Mas la tuvo a ella, a Antígona, y se le dio el tiempo del exilio en su compañía, siendo arrebatado por las potencias terrestres, como lo fue Heracles, como un héroe o un semidiós prometido a superior vida. Mientras que Antígona estuvo sola. Se le dio una tumba. Había de dársele también tiempo. Y más que muerte, tránsito. Tiempo para deshacer el nudo de las entrañas familiares, para apurar el proceso trágico en sus diversas dimensiones. Y un morir, un género de morir conveniente para que dejara algo, la aurora que portaba, y para que saliera purificada de lo que fue al mismo tiempo infierno y purgatorio, hacia su destino ultraterrestre, tal como siglos después dijera alguien de sí mismo: "Puro e disposto a salire alle stelle".

Resplandece en Antígona uno de los más felices hallazgos de la conciencia religiosa griega: la pasión de la hija. No se dice con ello que sea el único lugar donde tal pasión aparezca. Mas en nuestra tradición occidental es la Tragedia griega donde se nos ofrece. Ya que el Islam que podría mostrarnos la figura de Fátima, la hija adolorida del Profeta, sólo bajo el velo del incógnito en tantos casos ha estado presente en la tradición occidental —Fátima "la resplandeciente" a quien sus desventuras de madre llegaron por ser hija, la hija que llegó a "ser madre de su padre", según la expresión del propio padre.

Es en la Tragedia griega donde, naturalmente, la pasión de la hija puede ofrecer el modo propio de este género, donde lo divino se entremezcla a lo humano. En lo solamente humano se da el drama, la comedia, cierto tipo de novela y cierto tipo de historias. Mas en verdad, cuando todo ello alcanza la dignidad suprema de su propia categoría, quedan siempre flotando por oculto que esté Dios, los dioses. Por cerrado que sea el silencio de lo divino, en un remoto horizonte se abre una cierta llamada; un solo punto al que todo el conflicto se remite. Y sucede también que, cuando el silencio es la única respuesta para el humano clamar y la humana alabanza, llega a adquirir consistencia, casi entidad. Y es entonces más, mucho más que un personaje con su voz.

La pasión de Antígona se da en la ausencia y en el silencio de sus dioses. Se diría que bajo la sombra del Dios Desconocido

a quien los atenienses no descuidaron de erigir un ara. Como se sabe, San Pablo al pie de ella anunció la resurrección ante el silencio de los atenienses. La vertiginosa promesa creó un silencio en vez de una ciega precipitación, de las muchas en que se engendra la historia apócrifa —no por ello menos cierta— que recubre la verdadera.

Y así la historia apócrifa asfixia casi constantemente a la verdadera, esa que la razón filosófica se afana en revelar y establecer y la razón poética en rescatar. Entre las dos, como entre dos maderos que se cruzan, sufren su suplicio las víctimas propiciatorias de la humana historia. Ya que en el símbolo de la cruz podemos encontrar el eje vertical que señala la tensión de lo terrestre hacia el cielo, como la línea más directa de influjo del cielo sobre la tierra, eje igualmente de la figura de la humana atención en su extremada vigilia, y de la decisión en su firmeza. Y en el eje horizontal la dirección paralela al suelo terrestre en que el mismo suelo se alza y aprisiona los brazos abiertos, signo de la total entrega del mediador; de esa entrega completa de su ser y de su presencia, en virtud de la cual el ave puede ser capturada, supliciada. (V. René Guenin, *Le symbolisme de la Croix.*)

Y la historia misma apócrifa se encarga de que tal figura sin dejar de ser una cruz se desfigure y sea un aspa. Pues que en la cruz aspada los dos ejes aparecen con el mismo valor y se ha abolido, además, la dirección vertical que es la que a los servidores de la historia apócrifa más les desasosiega. Y a la víctima fijada en ella se le hace girar, ir recorriendo todas las posibles posiciones según el viento que corre, según las intenciones y conveniencias de quienes disponen de ella. Y el movimiento tanto puede ser de izquierda a derecha como de derecha a izquierda. Y si se queda quieta, el aspa tiene la figura de una equis, de una incógnita.

Pues que todo parece indicar que los lugares precedan a las funciones que desde ellos se cumplen. Y así la función de mediador se encuentra hoy sin lugar adecuado alguno para ejercerse, y el llamado a ese oficio sin medio alguno de visibilidad. Y así, la acción primera, originaria y primordial de los primeros mediadores y, huelga decirlo, del Mediador sobre todos, ha

debido de consistir en abrir espacio, el espacio propio, cualificado donde su función divina en un caso, humana mas siempre bajo el peso de lo divino en algún modo, se verifica. La ambigüedad en la actitud y el gesto; el equívoco, la tergiversación en la palabra es la primera barrera que circunda el espacio donde la acción y la figura del mediador aparecen.

La Tragedia griega es un espacio privilegiado para que la figura de una cierta especie de mediador aparezca. Un mediador que cumple o ha de cumplir una hazaña fuera de lo común; un robo a los dioses en favor del hombre, una serie —zodiacal— de fatigas por las que monstruos ambiguos y amenazadores quedan vencidos; crímenes obligados, realizados bajo un mandato irresistible depositado en la conciencia del actor o bajo ella. El protagonista, en su acción llevada a cabo en una verdadera pasión, es ya un actor y con él todos los que le rodean, salvo el adivino y el coro, que saben y profieren un juicio ya moral y a veces moralista, que el protagonista, poseído por su pasión, no puede tomar en cuenta. Pues que la moral está en otro plano que a él no le toca. La moral, la razón viene después y sólo después que él ha apurado su padecer activamente. Diríamos que la moral es la herencia que el padecer del protagonista deja, gracias precisamente a esa "ybris" que le reprochan. Pues que sin ella, sin el delirio correspondiente, las acciones extraordinarias, entre los dioses y los hombres, entre el destino y la naciente libertad, no se cumpliría. Dioses y hombres necesitan de esas máscaras bajo las cuales lo humano y lo divino se entremezclan para después dividirse según una medida justa o a lo menos válida para la posibilidad de lo humano. Los dioses se agotan en la lucha antes de dejar la herencia a su heredero, y procuran devorar al protagonista, al portador de esa profecía llamada hombre, tal como entre sí hicieron. Urano mantenía encerrados dentro del seno de la madre Gea a sus propios hijos. Cronos, mediador primero entre los dioses, los libera. Libera y oculta, tal como el tiempo ya humano seguirá siempre haciendo, y devora y restituye tal como la historia rehacía a los humanos designios y prosigue haciendo ante nuestros ojos. Zeus, padre de todos, parece traer la estabilidad simbolizada por la piedra provocadora depositada al pie del monte que sirve de morada a los dioses. Piedra que simboliza un término y un comienzo,

un límite por tanto, la primera piedra del cerco que circunscribe lo humano; ara de un posible y necesario pacto. Pues que sólo un pacto que señala un límite entre el ilimitado empuje de los dioses y la no menos ilimitada pasión de ser del hombre puede aportar la estabilidad —la siempre amenazada y exigua estabilidad de las humanas construcciones.

Mas la avaricia y el temor de Zeus —este padre que parece traer la estabilidad— harán pagar a Prometeo su “crimen” en favor de los mortales a los que solamente algo proveniente de los dioses y de su mundo —fuego, artes— puede mantener en su mortal vida aquí sobre la madre Tierra. Pues parece que la pasión de estos dioses fuese que sus propios hijos, dioses también, quedaran sepultados en el seno de la madre, o bien ocultos en el pecho del padre, y la no menos enconada de que el hombre no acabase de nacer. A esta luz, el error de Edipo se aparece como un paso más en la procesión que Hesíodo nos da a ver en su Teogonía. Y la pasión de Antígona, la pasión de una hija, era ineluctable, porque lo era igualmente el que los varones herederos fueran dos y muriesen, entremuriéndose tanto como entrematándose. La doble culpa de Edipo como padre y como rey había de repartirse entre su prole, aunque no como repetición del hecho culposo, sino simplemente como ceguera, la ceguera propia del que está naciendo, que le impide ver el límite —sacro en este caso—. Sobre ellos, varones, cayó en verdad la herencia del rey, de aquel ímpetu primero que cegó a Edipo en ansia de querer coronarse sin mirar; sin detenerse a mirar siquiera el modo que el destino tan fácilmente le ofrecía —sin sospechar siquiera que bajo la naturalidad con que el destino ofrece un don se agazapa, paradójicamente, la máxima transgresión a la ley natural.

Mas al caer sobre la hija, una sola, Antígona, la herencia de Edipo-hombre más que la de Edipo-rey, cayó sobre ella algo esencial que no puede dividirse y por ello no tenía por qué caer sino de refilón sobre la otra hija, Ismene, que sólo en tanto que hermana tuvo parte en la tragedia. No podía desdoblarse esta esencia en dos contrarios que luchan entre sí. Esta esencia era sustancia, materia prima de sacrificio que el sacrificio solo puede consumir. Mas para que el sacrificio se consume eficazmente hace falta la presencia operante de algo puro, Antígona

en este caso, que por su sacrificio logra no sólo rescatar la culpa familiar sino que por su pureza —su humana pureza— se haga trascendente.

Y mientras, del lado del poder la lucha de los hermanos hace ver la persistencia de un algo que frente a la pureza y a la ley de Antígona se torna en pasado, en pasado a sepultar: la antigua pretensión de poder ciega de los dioses y de los reyes-tiranos que llega siempre desde afuera, o desde adentro y si es así desde muy adentro, para ensanchar la ciudad y adensar el poder sobre ella.

Hoy, desde tan lejos, podemos suponer que el hermano que llegó desde afuera —exógamo— sobre Tebas viniera a rescatarla traído por ese sueño en que se concreta la esperanza de liberar la ciudad del excesivamente denso poder ensombrecido por la endogamia llevada más allá de toda ley. El hermano de Antígona, que la condujo irresistible, fatalmente a la muerte no pudo llegar, según las paradojas de la tragedia, más que en ansia de llevarla a ella y a su ciudad, hacia la vida. Y así, aunque ninguna alusión encontremos en el texto de Sófocles ni, que sepamos, en ninguna leyenda, llega a la mente la idea de un cierto parentesco, de una cierta analogía entre Polinices, el hermano de Antígona que llega sobre Tebas, y Oreste, el hermano de Electra, el hermano absoluto, por así decir, el que llega vengador-liberador para rescatar al par el poder ensombrecido y la hermana víctima de los errores encadenados de todo un linaje. Las diferencias de situación y aun de la acción que se desencadena por la llegada del hermano absoluto son tan evidentes que no se hace necesario el señalarlas. Lo que sí salta a la vista por el contraste entre las dos trágicas situaciones es que se trata de la fraternidad: de una fraternidad que se debate bajo la fatalidad sombría: que es la fraternidad la verdadera protagonista entre las tinieblas legadas por el reino del padre y de la madre —de la madre que no supo ver en el caso de Yocasta lo que Edipo no veía, sustraerse al mal que los excesos de Agamenón le aportaron hiriéndola en su condición de madre y de mujer, en el caso de la oscura, entrañable Clitemnestra.

Es la fraternidad, sin duda alguna, lo que aflora, lo que se presenta como naciente protagonista, como necesario protago-

nista redentor: lo que va a desatar el nudo del mal; es la relación entre una hermana sufriente, fiel, esclava y un hermano que regresa portador de la libertad, heredero sin duda, al menos en su pretensión, de la autoridad del padre según una nueva ley nacida de la luz que se insinúa. Mas de la luz que exige lo incomprensible, en el caso de Oreste de un modo inapelable y manifiesto. Y se nos aparece así esta relación fraternal como crucificada entre la sombra heredada, la maldición que se arrastra en las tinieblas, y la luz que se anuncia: la luz prometida.

Emerge intermitentemente esta relación de la pura fraternidad, como el voto secreto del hombre que se debate en el laberinto de los lazos de la sangre atraída por el poder o, más bien, por el anhelo de poder que ciega y enajena. Sólo después de una cadena de culpas, de errores, de delirios llega el instante del reconocimiento, de la identificación: el protagonista se reconoce como sujeto de su culpa; se libra con ello de ser el objeto, el simple objeto sobre el que ha caído el favor o la condenación del destino que planea sobre los hombres y sobre los dioses.

Y así, en este instante que viene a ser como un punto, la balanza señala la equidad: dioses y hombres aparecen igualados. Igualados también el privilegio y la culpa, y el ser y no-ser de la condición humana se revela inversamente al ser y no-ser de los dioses. En el hombre el ser sujeto de culpa produce un exceso, un cierto exceso que bien podría llamarse trascendencia que le sitúa como protagonista absoluto, por encima de los mismos dioses; se hace en torno suyo un vacío hasta entonces desconocido; la ciudad no lo acoge; no encuentra lugar alguno ni entre los vivos ni entre los muertos; se le revela su soledad. Una soledad que únicamente el Dios desconocido, mudo, recoge. Paradójicamente, el fruto de la fraternidad es esta soledad, lo que aparece con evidencia en el caso de Antígona —la misma hermana, la hermana absoluta “autoadelfa”, como dice el texto de Sófocles. Es en ella, en Antígona, en la que se cumple hasta el fin el proceso de la “anagnórisis”, en que una humana criatura sin culpa propia, singular, se convierte en sujeto puro, diríamos, de profética soledad. Abandonada por los dioses, aun por aquella Atenea muchacha como ella, como ella hija del padre:

atención desvelada en que la conciencia se revela, claridad que comienza a desprenderse del combate entre la luz y las sombras: aurora. Mas Atenea no compareció, según hace para asistir a Oreste manchado por la culpa que Apolo provocó y que su luz no podía desvanecer. Bien es verdad que Oreste había bajado ya al último de los abismos cuando Atenea interviene, más que para salvarle, para establecer la sagrada asamblea, el Areópago, balanza de los mismos dioses obligados a pesar y a medir, a pesarse y a medirse ellos mismos, saliendo así ellos mismos del dominio del destino para hacerse responsables en obediencia a la ley. Y si Oreste hubiera quedado entregado a las furias de venganza inacabable, todo habría quedado ahí, en la venganza que no cesa y que por lo mismo, como toda venganza que no cesa, no alcanza a ser historia. Pues que la historia, ella, ha de pasar también por su "anagnórisis"; ha de identificarse en la ley para no despeñarse en una simple historia de perdición, o en la historia de una perdición.

Mientras que Antígona sin mancha manifiesta la misma ley, la ley siempre nueva, siempre reveladora; la ley sepultada que ha de ser resucitada por obra de alguien humanamente sin culpa. Es la ley dejada atrás, caída en olvido, sepultada a veces: el perenne principio más allá, por encima no sólo de los dioses —de aquellos dioses— y de los hombres, sino del mismo destino que parecía planear sobre ellos, mudo, incognoscible. La ley en que el destino se configura y, por ello mismo, se rescata. Pues que la hazaña ha de ser ésa: rescatar la fatalidad.

La fraternidad ha quedado sacrificada, casi desvanecida. En su lugar lo que aparece es la soledad humana. Mas ¿podía quedar ahí la cuestión para Antígona?, ¿podía ella venir a ser simplemente la victoriosa Antígona? Una nueva tragedia se le abría al entrar en su tumba todavía viva; viva sin hermano y sin nupcias.

Se presenta entonces la tragedia propia de ella, de Antígona en este su segundo nacimiento que coincide no con su muerte, sino con ser enterrada viva —perfecta contraposición de aquel su destierro cuando se abría a la vida. Un segundo nacimiento que le ofrece, como a todos los que a esto sucede, la revelación de su ser en todas sus dimensiones; segundo nacimiento que es

vida y visión en el "speculum justitiae". Y Antígona, la doncella, se conoce, y aun antes se siente como lo que es: un ser íntegro, una muchacha enteramente virginal. Lo que se le presenta como lo que era; como una promesa de perfectas bodas y ya no las tendrá; es lo que ella ve, pues que es la finalidad no alcanzada lo que al inocente condenado se le revela, lo que a la víctima verdadera de sacrificio se le aparece. Víctima digna de sacrificio es al modo humano, quien no ha andado en busca de ello, quien no ha dispuesto de su propio ser y de su propia vida yendo en busca de sacrificio, tan frecuente en los tiempos modernos que, en esto al menos, sí parece que estén ya pasando. Este tiempo aún palpitante, poblado de víctimas en busca de sacrificio, por no saber qué hacer del ser y de la vida, por vértigo del tiempo, por espanto de ese "tienes frente a ti toda la vida" —que al adolescente angustiado se le repite— desconociendo que es eso justamente lo que le espanta: tener frente a sí toda la vida, toda como una esfera compacta, inaccesible como un absoluto del vivir instante a instante. Por anhelo también de realizar el ser inasible, de ver el rostro verdadero que cada hombre siente escondido y por ver, a lo menos en algunos casos, el rostro resplandeciente, la verdadera y santa faz, la única. Mas Antígona, aurora de la humana conciencia, no la tuvo tan siquiera de su sacrificio. Por ello no tuvo que usar la ironía como no pudo por menos de hacer Sócrates. La conciencia en ella refleja un rayo de luz a la que enteramente se remite sin sufrir por un instante la tentación de querer verse a sí misma. Camina a tientas en la luz como si no fuese, como suelen los mortales, acompañada de su sombra movediza —y precedida de su imagen.

Como si nunca se hubiese mirado en espejo alguno entró en su tumba. Tenía todo su ser con ella. Lloró por sus bodas, esas sus bodas en las que no parecía haber reparado nunca anteriormente; por el tiempo que se le quitaba, inevitablemente por ella misma, porque en ese instante se sentía y veía por primera vez. Nacía así entrando en la cueva oscura, teniendo que ir consumiéndose sola, entrándose en sus propias entrañas. A la que objetiva, impasible declaraba la verdadera ley sobre la pasión, se le impuso muerte por entrañamiento. Diáfana, sin sombra y sin imagen, se la hacía entrañarse, morir como si se suicidara desde

adentro y mientras se consuma, verse, estar frente a su imagen por primera vez. ¿Iría a aceptarlo? Sófocles no podía admitirlo, no podía dejarla morir de este modo. Halló para ello el recurso del suicidio desde fuera, de ese suicidio que consiste en matarse por librarse del otro, del tenerse que ir muriendo, entrándose en las propias entrañas hasta encontrar el punto donde la boca de la muerte se abre y deslizarse en su angostura hasta ser por ella bebida, tal como la víbora, su tótem tebano, hace al embeberse en la tierra.

No era posible que Antígona, que había trascendido la ley de su propia ciudad y la misma familia y sus dioses, tuviera que seguir en su modo de morir el paradigma del tótem ancestral del terruño natal; el sólo haber andado en el destierro le dispensaba de morir así, según la mandaban. Mas tampoco podía darse la muerte, según Sófocles dice. En verdad no podía morir de ninguna manera Antígona. A no ser que se acepte un modo de muerte que es tránsito; ir dejándose aquí la vida y llevándose el ser, mas no tan simplemente. Pues que en criatura de tan lograda unidad ser y vida no pueden separarse ni por la muerte. La vida lo es de un ser afectado sin duda, por la muerte. Un modo de muerte que lo revela y con ello le da una nueva vida. Pues que la muerte oculta a ciertos "seres" cuando les llega y revela a otros revelando la vida inextinguible: en la historia y más allá, en un horizonte sin término. Un trascender revelador al que es preferible llamar tránsito, cuya imagen más fiel es el adormirse.

La ocultación se produce de otra manera en esta clase de seres —personajes y excepcionalmente humanas criaturas—: una tumba cuando se les da y un tiempo de olvido, de ausencia como en el sueño. Con este olvido se les da tiempo. El tiempo que se les debe, que coincide con el tiempo que los humanos necesitan para recibir esa revelación, claros que se abren en el bosque de la historia.

Ya que el bosque, dicho sea de paso, se configura más que por los senderos que se le pierden, por los claros que en su espesura se abren, aljibes de claridad y de silencio. Templos. Cuando el hombre quiera saber de estos claros en lugar de seguir el imperativo de recorrer sus senderos, la historia, el pensamiento,

comenzará a desenmarañarse. Los claros que se abren en el bosque, gotas de desierto, son como silencios de la revelación.

La ocultación es tiempo nocturno del que todos los seres vivos de acá necesitan para seguir viviendo. La discontinuidad dentro del dominio del simple vivir prefigura la discontinuidad de la historia. Tiempo de germinación en la oscuridad debido, más que a nadie, a quienes actualizan de algún modo la promesa de la resurrección, como individuos, y a la ley de la reaparición que modula la historia. Sin discontinuidad la historia quizá no existiría, o sería muy diferente: acumulación o duración sobrepuesta a la vida.

La tumba en que Antígona fue encerrada viva la guardó durante un tiempo —el que se le debía— viva, consumiéndose en la última etapa de su vida —una vida en que gracias a un ser sacrificado se recapitula la historia de un linaje, de una ciudad en forma de que el trascender a modo del humo del sacrificio se eleve y al elevarse haga visible y asequible su sentido universalmente, para todo linaje y aun más todavía para toda ciudad. Un sacrificio vivificante, como todos los de verdad. En este caso gracias a la palabra poética, virginal también ella.

Y así aparece la muchacha Antígona imposibilitada también de darse muerte ante todo y aun de morir al modo común, como suele suceder a los personajes en quienes la verdad encarna hasta hacerse profecía. Bien es cierto que la verdad es siempre profecía y que por ello resulta tan indecible, por inefable o por dicha antes, del tiempo en que no cuesta ya el decirla. Y por inagotable.

Corre la verdad la suerte de sus mantenedores; con ellos desaparece en un instante de entre las cosas visibles y entra con ellos en la tumba, lugar entre todos apropiado para la germinación.

Aquí, en la historia, lo que en estas tumbas de la verdad germina y trasciende no es visible sino en ciertos momentos, en otros no se ve y nunca acaba de verse. Nunca puede ser apresada en un concepto, ni en una idea, como toda verdad en estado naciente. Y la humana criatura que la mantiene al par que ostenta una indestructible unidad, ofrece variaciones en su forma

que, ciertamente, no la alteran. Como la aurora, como la fragancia de la flor recién abierta, como ellas se trasfunde sin perderse. Y su única manera de ceder es desaparecer nuevamente, creando con ello una angustia y una mudez que se van anudando conforme dura el tiempo de la ocultación.

Es una estirpe la que Antígona funda o a lo menos nos da a ver. En el lenguaje de hoy, un arquetipo. Hace reconocibles a personajes poéticos y a humanas criaturas conduciéndolas, como ella se conduce, más allá y por encima de sí misma. Es la estirpe de los enmurados no solamente vivos, sino vivientes. En lugares señalados o en medio de la ciudad entre los hombres indiferentes, dentro de una muerte parcial que les deja un tiempo que los envuelve en una especie de gruta que puede esconder un prado o en un jardín donde se les ofrece un fruto puro y un agua viva que les sostiene ocultamente: sueño, cárcel a veces, silencios impenetrables, enfermedad, enajenación. Muertes aparentes. Lugares reales y al par modos con que la conciencia elude y alude, se conduce ante estas criaturas. Y ellas se ocultan y reaparecen según números desconocidos. Vuelven en una aparición que progresa al modo de la aurora. Trescientos años durmieron en su caverna los siete Santos Durmientes hasta resucitar visiblemente, cayendo luego en definitiva muerte. En Efeso, se despiertan cíclicamente en las conciencias devotas, según el muy eminente Louis Massignon, al despertarlos ahora, nos cuenta.

Simplicidad, pureza, nitidez sellan a estas figuras haciéndolas reconocibles. Lo que en ellas se afirma y resplandece es su condición de criatura —figuras, palabras del primer Poema; memoria despierta del “Fiat Lux”, al que se les ha dado responder con el “Fiat mihi” de la criatura primera, sin que ellas siempre lo sepan. Criaturas virginales de larga vida, pues que cuando se les acorta, se les da un tiempo propio, inalienable. Dice Dilthey a propósito de Hölderlin: “Existe la vieja creencia de que los dioses se manifiestan y revelan el porvenir de las cosas en las almas vírgenes. En este estado de pureza de alma y de impoluta belleza de su ser, piadosamente guardado vivía Hölderlin”. Profetas pues, estas almas, mas no sólo y no tanto de las cosas del porvenir, sino del ser del hombre que en ellas resplandece como una profecía.

Lo más humano del hombre, al menos como se nos sigue apareciendo hoy, es la conciencia. Y es la conciencia la que alumbró Antígona, la aurora que reitera en cada una de sus reapariciones. Sin duda esta Tragedia de Sófocles es entre todas las que de este autor y de todos los demás conocemos la más cercana a la filosofía, aunque no haya sido por motivos estrictamente filosóficos por los que haya atraído a Kierkegaard; él era a su modo de la especie "Antígona por su destino de hijo, por su búsqueda, ya que el filósofo ha de buscar siempre del estado inicial en que se es sin más criatura; por su apetencia de fraternidad —su conflicto había de resolverse en el mundo de los hermanos, en el del Hijo—; por su soledad insalvable. Tampoco ha atraído a poetas como Hölderlin por la acabada poesía en que su ser diáfano se logra. La vocación de Antígona —o la vocación "Antígona"— precede a la diversificación entre filosofía y poesía, ésta antes del cruce en que el filósofo y el poeta con tanto desgarramiento en algunos se separan. Cuánto esfuerzo para no volver la vista atrás. Inútil esfuerzo en ciertas etapas de la historia, ya que en ellas este pasado se revela como el principio, como el origen asimilable a la patria primera del hombre ya en la Tierra.

Mas lo que el sacrificio de Antígona ofrece es la conciencia, sí. Una conciencia en estado naciente que se desprende del sacrificio de un alma, de un ser más bien, en su integridad. Una conciencia que más tarde en la filosofía aparecerá como nacida de un sujeto restringido, de un Yo que por ella cobra existencia. El sujeto llegará a ser el sujeto puro, mas sin que se haya purificado como convendría o, al menos, sin que se nos haya enseñado cómo se ha ido purificando. Y nada tiene de extraño el que desde esta pureza el "Yo" en la conciencia a él confiada se haya ido haciendo cada vez menos puro y más Yo, se haya ido hundiéndose hasta coincidir con el "Yo empírico" hoy llamado Ego, y aun más abajo. Así va el hombre hoy, aunque justo es decirlo, no sin avidez a veces exasperada de "anagnórisis", de reconocerse en un nítido espejo, que no le arroje su condena.

Mientras que la conciencia en "estas almas vírgenes" no depende de ningún yo. El sujeto es todo el ser que se ha ofrecido más allá de la vida y de la muerte, que ha dado su respuesta única, en un "fiat" que en un solo instante ha tomado para sí

todo el tiempo. La conciencia nacida así es claridad profética que la aurora inexorablemente nos tiende, un humano "Speculum Justitiae" en que la historia se mira. Sería mortal riesgo mirarse en el "Speculum Justitiae", si no viniera del sacrificio. Si no fuese al par que profético, vivificante.

A Antígona pues, le fue dado y exigido al par un tiempo entre la vida y la muerte en su tumba. Un tiempo de múltiples funciones, pues que en él tenía ella que apurar aunque en mínima medida su vida no vivida y más que en la imaginación —a ella tan extraña— ofreciendo a todos los personajes envueltos por el lazo trágico, a todos los encerrados en el círculo mágico de la fatalidad, —destino el tiempo de la luz, el tiempo de que la luz necesaria penetrase en sus entrañas. Ya que el círculo mágico era el cerco de un laberinto; del laberinto de las entrañas familiares vueltas sobre sí, y de la revuelta constitución de la ciudad. Más bien, de los cimientos de la ciudad, sus inferos.

Antígona en su tumba es una presencia. En la vida común la persona, en el mejor de los casos, llega a hacer esa su máscara un tanto transparente y al par animada, pues que no hay que olvidar que de luz de vida estamos tratando. Mas en la vida de una persona humana, por dada que sea a la luz, hay siempre una oscuridad y en ella algo que se esconde; la persona resiste a la luz en los mejores casos tanto como la busca. Sólo por el sacrificio se deshace esta resistencia —sacrificio no visible en muchos casos y en otros cumplido en instante violenta y visiblemente, mas incubado desde un principio.

Y así, la persona nunca está del todo presente ni para su propia conciencia y a veces para ella menos aún que para la de ajenos ojos. La presencia íntegra la logra sólo el desposeído de ese núcleo de oscuridad reacio a hacerse visible. El desposeído que es también el desenajenado. Y poco importa que a quien esto ha llegado le sigan doliendo sus heridas y sienta que se le abre y ensancha esa herida formada por la juntura imposible de su ser y de su no-ser; de lo que ha sido y de lo que podría haber sido, de su posibilidad y de la realidad impuesta. La visión de la vida no vivida atormenta a la víctima en trance de desposesión o de desenajenación. Pues que solamente la libertad, cuando se acerca, hace visible la esclavitud; únicamente cuando la identidad del ser que nació humanamente se aproxi-

ma, la enajenación en que vivió se apura, se consume dándose a ver.

Antígona entró en su tumba, según Sófocles, lamentando sus nupcias no habidas. Entra delirando. Y sólo entonces vislumbra, aunque el poeta no lo manifieste, que no le fue consentido tener esposo para que en ella, por su total sacrificio, se deshiciera el nudo familiar y quedase para siempre de manifiesto la diferencia entre la ley de los hombres, la de los dioses y la ley verdadera que se cierne sobre ellas: la ley por encima de los dioses y de los hombres, más antigua que ellos, y de la que ellos solamente son profecía diáfana, como en Antígona, o en deformada imagen como en toda forma de poder que a ella no se pliegue. Supo entonces que no se le habían consentido las humanas nupcias porque había sido, desde que nació, devorada por el abismo de la familia, por los inferos de la ciudad. Y entonces se desatan al par su llanto y su delirio. Lloro la muchacha —como lloró Juana camino de la hoguera, como han llorado sin ser oídas las enterradas vidas en sepulcro de piedra o en soledad bajo el tiempo. Y el delirio brota de estas vidas, de estos seres vivientes en la última etapa de su logro, en el último tiempo en que su voz puede ser oída. Y su presencia se hace una, una presencia inviolable; una conciencia intangible, una voz que surge una y otra vez. Mientras la historia que devoró a la muchacha Antígona prosiga, esa historia que pide sacrificio, Antígona seguirá delirando. Mientras la historia familiar, la de las entrañas, exija sacrificio, mientras la ciudad y su ley no se rindan, ellas, a la luz vivificante. Y no será extraño así que alguien escuche este delirio y lo transcriba lo más fielmente posible.



EDME aquí dices, aquí estoy, hermano. ¿No me esperabas? ¿He de caer aún más bajo? Sí, he de seguir descendiendo para encontrarte. Aquí es todavía sobre la tierra. Y ese rayo de luz que se desliza como una sierpe, esa luz que me busca, será mi tataratar mayor. No pida ni aun aquí libramiento de ti, oh luz, luz del Sol, del Sol de la Tierra.

¿No hay un Sol de la Tierra? He de perseguirme hasta aquí, Sol de la Tierra. Noche, si es día; si el Sol va a romper, si se está hundiendo por fin el Mar; he de estar siempre. Eso yo lo había pensado.

Y mientras te veía, yo, Antígona, estaba sola, sí, sola y por ese Sol de los viejos, guiada por ti, luz de los ojos que sólo a ti y a mí misma estaba.

Y ¿qué me dices cuando amaneceres iba a tu casa, rosa, roja a veces, era y sólo me dabas el silencio; de aquel silencio palabra. Te encendía sólo por el Sol... sólo por el Sol.



*Detalle de un vaso funerario
(fines del siglo v a. de C.)*

Y ahora ¿vienes a oyese, si me dieras al fondo de mi corazón, allí donde, ahora lo sé, ninguna palabra, ni la de mi juez, ni la de mi hermana, ni la del amor, nunca ha llegado; donde no entró palabra alguna, ni llanto ni gemido, donde ni siquiera llegaron los ojos del hermano pensando por sepultura, ni voz alguna de criatura viviente: ni el rugido del toro, ni el canto de la sirena, ni el poderoso arrullo del mar llegó nunca, ni nada de la vida. Te palabra, luz, sin que yo la entienda, dámala, luz que no me dejes. La palabra caída en ti, y no ese Sol.



VEDME aquí dioses, aquí estoy, hermano. ¿No me esperabas? ¿He de caer aún más bajo? Sí, he de seguir descendiendo para encontrarte. Aquí es todavía sobre la tierra. Y ese rayo de luz que se desliza como una sierpe, esa luz que me busca, será mi tortura mayor. No poder ni aun aquí librarme de ti, oh luz, luz del Sol, del Sol de la Tierra.

¿No hay un Sol de los muertos? Has de perseguirme hasta aquí, Sol de la Tierra, he de saber por ti si es noche, si es día; si el Sol va a romper, avasallando la Aurora, si se está hundiendo por fin el Mar, he de seguir sabiéndolo... siempre. Eso yo no lo había pensado.

Y mientras te vea, luz del Sol, me seguiré viendo y sabré que yo, Antígona, estoy aquí todavía, al estar aquí, y al estar todavía sola, sí, sola en el silencio, en la tiniebla, perseguida aún por ese Sol de los vivos que todavía no me deja. Sola y perseguida por ti, luz de los vivos, la de mis propios ojos que sólo a ti y a mí misma estarán viendo.

Y ¿qué me dices tú, luz del Sol? Sí, ahora lo sé, todos los amaneceres iba a tu encuentro, luz pura de la mañana, te ponías rosa, roja a veces, eras la Aurora. Yo esperaba de ti la palabra, y sólo me dabas el Sol, días tras día, el Sol. Nunca llegué a oírte; de aquel silencio tan blanco de tu ser nunca vi nacer la palabra. Te encendías, no para darla, te encendías sólo por el Sol..., sólo por el Sol te encendías, sólo el Sol me dabas.

Y ahora ¿vienes a decirme algo, luz del Sol? Si al fin te oyese, si me dieras esa palabra, una sola, que viniera derecha al fondo de mi corazón, allí donde, ahora lo sé, ninguna palabra, ni la de mi juez, ni la de mi hermana, ni la del amor, nunca ha llegado; donde no entró palabra alguna, ni llanto ni gemido, donde ni siquiera llegaron los ayes del hermano penando por sepultura, ni voz alguna de criatura viviente: ni el mugido del toro, ni el canto de la alondra, ni el poderoso arrullo del mar llegó nunca, ni nada de la vida. Tu palabra, luz, sin que yo la entienda, dámela, luz que no me dejas. La palabra nacida en ti, y no ese Sol.

Pero ahora que abro los ojos, Aurora, que cerré para invocarte, ya no estás; ni tampoco tú, la sierpe del Sol poniente. Luz cambiante ¿me oyes, me has oído y huiste? ¿Eres tú así? ¿Así eres tú?

Ahora sí, en la tiniebla completa y ya sin sombra, al menos. Pero arriba, sobre la tierra y no dentro de ella estoy; yo creía que iba a entrar en el pueblo de los muertos, mi patria. Pero no, estoy fuera, afuera. No en el corazón de la noche sintiendo el latir del corazón de la eterna madre tierra. Allí bebería del agua, de la raíz oscura del agua. Pero no, seca la garganta, el corazón hueco como un cántaro de sed, estoy aquí en la tiniebla.

Porque ahora conozco mi condena: "Antígona, enterrada viva, no morirás, seguirás así, ni en la vida ni en la muerte, ni en la vida ni en la muerte..."

LA NOCHE



CUANTO rumor en el silencio, noche, cuánta vida en mi muerte, cuánta sangre en mis venas aún, cuánto calor en estas piedras.

Y mi corazón, como siempre, corre al encuentro de la sombra, como en la vida. Entonces, durante el día, anhelaba la noche, respiraba hacia ella. Sólo la mañana era para mí el presente, un ancho, hermoso presente, como el centro de un río; sólo en ella el latir del tiempo se acordaba con el de mis sienes, estas sienes que me avisaban con su latido el galopar del infortunio que llegaba.

La desgracia golpeó con su martillo mis sienes hasta pulirlas como el interior de una caracola, hasta que fueron como dos oídos que sentían los pasos blandos de la desdicha, su presencia; esos pasos blandos con que la desdicha mucho antes de

desatarse entra en nuestra cámara y viola el recinto del sueño sin mirarnos siquiera. Se presenta y está ahí fija, se queda exhalando terror, un terror que llega a ser como una túnica, ésta, ésta que me pusieron ya de niña, y que ha ido creciendo conmigo hasta ser como mi propia piel.

Ni el agua lustral, ni la corriente del río, fueron bastante potentes para arrancarme esta piel de terror. Nunca estuve desnuda; mi piel fue deshojada por este parásito. Un día me vi de repente y me dio sobresalto. ¿Era yo esa larva sin cuerpo, sin más espesor que el necesario para ser visible? Impalpable como las figuras de los sueños, como un recuerdo. Y era ése mi cuerpo, sustraído desde siempre al despertar.

No, tumba mía, no voy a golpearte. No voy a estrellar contra ti mi cabeza. No me arrojaré sobre ti como si fueras tú la culpable. Una cuna eres; un nido. Mi casa. Y sé que te abrirás. Y mientras tanto, quizá me dejes oír tu música, porque en las piedras blancas hay siempre una canción.

Quise oírla siempre, la voz de la piedra, la voz y el eco, esos dos hermanos que son la voz y el eco; hermana y hermano, sí. Mas las humanas voces no me dejan oírlas. Porque no escuchan, los hombres. A ellos, lo que menos les gusta hacer es eso: escuchar. Pero yo, mientras muero, quiero oírte a ti, mi tumba, quiero oíros a vosotras, piedras de esta tumba mía blanca como la boca del alba.

Y tampoco a ti, puerta de mi destino, te golpearé, ni te pediré que te abras. Estás ahí, obedece: obedece como yo. Como yo, sé infranqueable.

Ni a ti, muerte, te diré de venir. La muerte que entró en mí al escuchar mi condena no está aquí ahora. Y a la muerte de verdad nada le digo. Mucho hablé de la muerte yo, mucho de los muertos, ¿dónde están ahora? Estoy aquí sola con toda la vida. Pero no te llamaré, muerte, no te llamaré. Seguiré sola con toda la vida, como si hubiera de nacer, como si estuviese naciendo en esta tumba.

O acaso ¿no nací dentro de ella, y todo me ha sucedido dentro de la tumba que me tenía prisionera? Dentro siempre de la

familia: padre, madre, hermana, hermano y hermano, siempre, siempre así.

¿Dónde está mi amor? Ahora es de noche —Mi amor, mi amor ¿adónde? ¿Adónde, mi amor, adónde?

Nací para ti, amor; me devora la piedad de piedra.

La piedad sin dioses —¿Dónde los dioses, dónde? ¿Adónde se fue el amor, y los dioses, adónde?—. Y ahora es de noche, la noche. Ahora es la noche.

Iré a nacer aquí, ahora. Me han devuelto a la prisión de donde no había salido nunca, prisionera yo de nacimiento.

¿Cómo iba yo a nacer, a nacer como todo el mundo, hija de mis padres? ¿Podían ellos engendrar hijos más que en una tumba?

¿Cómo iba yo a ser novia; eso: una novia, la novia?

En la muerte y sin tierra. Nunca se me dieron juntas, como es sabido. Pude enterrar a mi madre, eso sí, y me dio mucha confianza. A mi padre, vivo aún, lo devoró la tierra; se abrió aquella cueva. ¿Gime todavía vivo como yo, o era acaso un pobre dios burlado por la condición humana? ¿A quién volver los ojos, a vosotros dioses que me dejasteis sola con la piedad?

Y ahora no siento ya piedad alguna, no siento nada, como si no hubiese ni tan siquiera comenzado a revolverme en el vientre de mi madre.

Sombra de mi vida, sombra mía. Una muchacha yo, nada más que eso. Y ¿lo fui? ¿He sido alguna vez solamente eso, una muchacha? ¿Por qué veo esa sombra?, ¿es la mía? ¿Hay luz de nuevo aquí? No, no es de ahora, no puedo ser esa muchacha de quien es la sombra; ligera, alta, fragante. No lo fui nunca. Y ahora hay otra sombra. ¿Eres tú, hermano mío, que más dichoso que yo, recibido por la tierra al fin, vienes a buscarme? ¿Me traes el agua, los aromas, me darás tu mano para llevarme del otro lado?

Eres tú, mi hermano. ¿Mas cuál, cuál de los dos, cuál hermano?



NO estabas allí ni aquí, Ismene, mi hermana. Estabas conmigo. Y era esta tumba; pero no, ya no era una tumba. Estábamos, sí, apartadas; podíamos salir, faltaba todo un muro, y una grande claridad se derramaba dentro, y una luz blanca afuera, que no era en verdad afuera, sino un lugar abierto que seguía.

Aquí, de este lado (*señalando a un lugar*), un corredor estrecho, y allá, al fondo, una escalerita.

Algunos hombres, no sé quiénes, pasaban por ahí sin entrar sabiéndonos aquí, juntas y aparte, vestidas de blanco las dos. Algo nos había sucedido. Estábamos como entregadas, como habiéndolo reconocido todo, un todo que nos pedían reconociésemos; pero algo más pusimos por nuestra cuenta, algo que nadie sabía: nuestro secreto.

Porque, hermana, nosotras tenemos nuestro secreto, lo tuvimos siempre. De niñas, cuando jugábamos, y cuando nos peleábamos —“no quiero jugar ya más contigo”— ese secreto estaba entendido.

Nuestro secreto. Todos sabían que lo teníamos. Pero nosotras nunca aludíamos a él. Y ahora, yo no sabría tampoco decírtelo. No es de decir. Eso es. Era de jugar, de jugar nuestro juego interminable. Después era de hacer, de hacer eso que yo sola hice: acompañar a nuestro padre; después ir a lavar a nuestro hermano maldecido. Y tú no viniste; y después, sí, ya me acuerdo: tú quisiste morir conmigo.

Pero yo no te dejé. Y él, el hombre ese del poder, el que mandaba —¿Todavía está ahí mandando?—. El que manda para condenar pareció obedecer a mi voluntad —pues que en algo me tenía que obedecer él a mí—. Y no te condeno a muerte, quiero decir: te condeno a vivir sin mí —él condena siempre— y con la angustia de haber perdido el secreto, como un anillo que se rompe y ya no le sirve a nadie.

Pero no, Ismene, no, hermana. Tú no tenías que venir conmigo a lavar a nuestro hermano sin honra, porque mira, ya está claro, la lavandera soy yo.

Esto debía de estar dentro del secreto sin que lo supiéramos.

Porque un secreto de verdad es un secreto para todo el mundo, y más todavía para aquellos a quienes liga. No, nosotras no sabíamos y sabíamos, sentíamos nuestro secreto, el de nosotras solas, solitas. Un secreto nuestro de hermanas solas. Hermanas siempre, Ismene, ya lo ves. Yo fui, tú no fuiste. Pero eso estaba en el juego, ¿te acuerdas? En el juego yo era la que pisaba más veces raya y siempre perdía, por eso, por eso sólo. En todo lo demás era avisada, pero pisaba siempre raya, y siempre estaba yendo y viniendo. Ana, nuestra Ana, me lo decía: "Niña, niña, que no vayas y vengas tanto, que eso no está bien". Yo pasé la raya y la traspasé, la volví a pasar y a repasar, yendo y viniendo a la tierra prohibida. Le hubieras visto, hermana. Estaba sobre una roca, roja de su sangre, la sangre hecha ya piedra, y yo derramé mucha agua, toda la que pude sobre ella, para lavarla, a ella, a la sangre, y que corriera. Porque la sangre no debe quedarse dura como piedra. No, que corra como lo que es la sangre, una fuente, un riachuelo que se traga la tierra. La sangre no es para quedarse hecha piedra, atrayendo a los pájaros de mal agüero, auras tiñosas que vienen a ensuciarse los picos. La sangre así, trae sangre, llama sangre porque tiene sed, la sangre muerta tiene sed, y luego vienen las condenas, más muertos, todavía más en una procesión sin fin. Eché agua, toda la que pude, para calmar su sed, para darle vida y que corriera viva hasta que se empapara la tierra, hasta embeberse en la tierra. Porque de la tierra luego brota. Que la sangre quiere brotar. Brota en un manantial, en una fuente donde los pájaros, también los de mal agüero, beben y se lavan el pico, y con él se alisan las plumas y entonces se vuelven buenos. Lo rojo de la sangre, la tierra se lo queda para dárselo a las flores, esas que nacen porque sí, las azulinas, las violetas, las amapolas que nacen donde menos se las espera. La Tierra lo arregla todo, lo distribuye todo. Bueno, quiero decir estas cosas, si la dejan. Pero no la dejan, no. No la dejan nunca ellos, los que mandan. ¿La dejarán alguna vez que haga su trabajo en paz? Le sus-traen los muertos, o se los echan con una maldición atada al

cuello. Y luego, ¿me ves aquí?, le echan criaturas vivas, vivas como yo lo estoy, más viva que nunca, viviente de verdad.

Pero, oye hermana, tú que estás todavía arriba sobre la tierra, óyeme: ¿Me dirás cuándo la pelusa de la primavera nace sobre esta tumba? Dime: ¿Cuando nazca algo, dime si me lo vendrás a decir? Estoy aquí, en las entrañas de piedra, ahora lo sé, condenada a que nada nazca de mí. Virgen era, me trajeron no a la tierra, a las piedras, para que de mí ni viva ni muerta nazca nada. Pero yo estoy aquí delirando, tengo voz, tengo voz...

Es abril, sigue siendo abril, el toro celeste marcha por el cielo y envía la lluvia. La tierra se esponja, hasta aquí huele a tierra mojada. Ahora no luce ya el Sol, y comienza a estar claro, tan claro.

Qué claridad sin brillo, mejor así, el Sol no deja ver, ahoga la claridad. Ahora es como si comenzara a ver, se está poniendo todo tan claro. Y ahora que se está poniendo claro, vete. Me tenderé aquí como si estuviese ya muerta para ver, a ver...

¿Hay una estrella aquí? Lo parecía, pero no. El Sol de la noche, ése que no me dejaba, ¿vuelve?

El que me desvelaba haciéndome esperar la llegada de alguien, de alguien, de él, haciéndome sentir, saber, al mismo tiempo, que no llegaría nunca.

Pero esta luz brilla, hay una vida aquí dentro, una vida más fuerte que la mía.

Un dios, ¿eres un dios? Te esperaba. Pero, ¿cómo te atreves? No tienes sangre, ya lo veo. Ni aun así, serás tu tampoco puro. Porque sangre, mírame, a mí me queda ya poca, siempre fui pálida. Y tú nunca la tuviste. ¿Eres por eso puro?

Pero mi historia es sangrienta. Toda, toda la historia está hecha con sangre, toda historia es de sangre, y las lágrimas no se ven. El llanto es como el agua, lava y no deja rastro. El tiempo, ¿qué importa? ¿No estoy yo aquí sin tiempo ya, y casi sin sangre, pero en virtud de una historia, enredada en una historia? Puede pasarse el tiempo, y la sangre no correr ya, pero si sangre hubo y corrió, sigue la historia deteniendo el tiempo, enredándolo, condenándolo. Condenándolo. Por eso no me mue-

ro, no me puedo morir hasta que no se me dé la razón de esta sangre y se vaya la historia, dejando vivir a la vida. Sólo viviendo se puede morir.

EDIPO



H, ¿entonces eres un dios?, más pareces un hombre ¿eres un hombre? ¿Eres tú, tú, el hombre?

EDIPO: Antígona, Antígona, niña...

ANTÍGONA: Niña... ¿entonces eres mi padre? Creí que eras un dios.

EDIPO: No. No lo sé, soy Edipo.

ANTÍGONA: ¿Se te ha borrado ya que eres mi padre? Pero me ves, me ves, ¿sí? Ahora ya ves.

EDIPO: Sí, ahora ya veo. Y te veo a ti, aquí sola. Lo veo todo ahora y no sé nada. Veo y no sé. Empiezo a verme a mí mismo.

ANTÍGONA: Ah padre, sí eres tú, te reconozco, siempre preocupado contigo mismo, viéndote a ti mismo solo, solamente. Tan solo que estuviste siempre, padre.

EDIPO: No; allá en Colonna y aun antes, en verdad desde que me quedé ciego y me cogiste de tu mano, no estuve solo. Tú me llevabas, y yo me dejaba conducir por ti. Entonces comencé a ver que no había hecho sino correr sin moverme del mismo sitio; que no me había movido ni un solo paso. Quise ascender, subir, trepar como la yedra. Una raíz que trepa, eso fui yo.

No me casé en verdad. Siempre me olvidaba de ella. Ella...

ANTÍGONA: Tengo también que escucharte esto, que me hables de ella, de ella. Ella, ¿no lo sabes? Era mi madre, y lo será

siempre. ¿O es que me quieres dejar sola? Sola para que sólo sea tu hija. Porque eso sí. Siempre fue así. Me tratabas como si solamente fuera yo hija tuya. Sola, sí, me querías. Pero entonces sola de verdad, si yo me quedara sola de verdad, sería Antígona.

EDIPO: Pero es que ella...

ANTÍGONA: Sí; me hablabas siempre de ella, aunque no la nombraras. Ella, siempre ella. Pero ella no era mi madre. De mi madre, la mía, nunca me hablabas. Siempre era ella, la tuya. De ella me hablabas siempre.

EDIPO: Eres cruel, Antígona, desde niña lo fuiste.

ANTÍGONA: Así es como me reconoces mi existencia; cuando dices que soy cruel, entonces me llamas Antígona. Pero es que sale de mí la verdad una vez más sin culpa mía. Ella, la verdad, se me adelanta. Y yo me la encuentro de vuelta, cayendo sobre mí. La verdad cae siempre sobre mí.

EDIPO: Sí, hija, tienes que cargar con ella.

ANTÍGONA: ¿Con cuál, con cuál ella, con tu madre y la mía, con la verdad? La verdad para ti sigue siendo ella.

EDIPO: Con todas, Antígona, con las dos. Por eso estás aquí todavía. Ahora que ya veo, veo que únicamente contigo no me equivoqué.

ANTÍGONA: ¿Cómo puedes decir eso? Hija soy del error. A solas estoy aquí bajo el peso del cielo y sin tierra. ¿Hasta cuándo? No puedo vivir sin vida, ni puedo morir sin muerte. ¿Cómo me engendraste, dime, ya que has venido aquí? No sabes quién soy, no lo sabes. Y es el padre quien ha de decirnos quiénes somos. O quizá no, quizá sería el esposo, el esposo mío, quien me habría de decir quién soy. El que se queda solo, peor aún, sola, bajo el cielo y fuera de la tierra, como una sierpe, ésa, sí, tendría que tener un padre, un padre de verdad. O quizá un hermano, uno que le diera su nombre. Un hermano, y yo tengo dos...

EDIPO: Hija, no lo sé. Me haces desesperar de lo que nunca creí poder tener que desesperarme: de ti, mi única verdad, rosa a la luz más allá de la vergüenza. Eras tú mi cumplimiento, tú mi corona. Sin ti no tengo ni siquiera infierno.

Porque tú naciste, sí, de mi pensamiento.

Tú eres mi razón.

Mira, hija, yo era sólo una nube, una nube blanda, cálida, llevada por el viento. Y tuve que ser hombre.

ANTÍGONA: Un error.

EDIPO: Siempre un error. De yerro en yerro toda mi vida fui, y también ahora en mi muerte. ¿Será todo errar en el hombre; ni una brizna de razón habrá en mí? Hija, yo te veía crecer y, casi sin saberlo, te esperaba para que tú cumplieras mi promesa, porque tú eras, eres, sí, mi promesa. Y si...

ANTÍGONA: Si... ¿Cómo sabes? ¿Qué es lo que sabes?

EDIPO: Que eres tú, que tú eres mi palabra sin error. Tú el espejo donde un hombre puede mirarse, y no ella, aquélla, la Quimera. Iba yo sin poder todavía andar, con estos pies blandos que nunca me sostuvieron. Sufría al andar con ellos sobre la tierra. Dura es la Tierra para el hombre recién nacido; de repente se encuentra enredado en su raíz, despedido de la madre Tierra.

Tierra, Madre, ¿qué haces conmigo, con el hombre? Lo dejas salir, al aire habría de ser; pero no, lo retienes al mismo tiempo que lo expulsas, tú, su cueva, donde vivía sin ver envuelto en tus entrañas, sus raíces, en la oscuridad del paraíso primero, tu niebla.

Un hombre, un hombre tuve que ser. Y yo era como un sueño. Yo era apenas el despertar de una luciérnaga, el parpadear de una llama, un poco de aliento, un palpitar de un corazón pálido. Yo no era casi nada. Era casi, era apenas, y tuve que ser eso: un hombre. Así era, y tú me hablas de la verdad, me dices la verdad. No ves que no había nacido y me obligaron a ser. Acompáñame, Antígona, hija, no me dejes todavía. Condúceme, asísteme aunque ahora vea, no puedo quedarme solo.

ANTÍGONA: Ahora veo yo un poco también.

EDIPO: Así fue, y tuve que seguir como una nube de esas que se quedan olvidadas después de una tormenta, cuando ya brilla el Sol, al que ofenden como una objeción a su victoria. Y no,

no era eso. Era yo el olvidado, el dejado ahí sin acabar de ser, y sin ver apenas nada. Estaba yo hecho de olvido. Un hombre o un dios acaso. No sé. No me acuerdo...

ANTÍGONA: No te acuerdas siquiera de si ibas a ser sólo un hombre, o si un dios te dejó ahí, como su sombra.

EDIPO: No, ni siquiera ahora sé quién soy, quién iba a ser, si un hombre o un dios. Mi padre me abandonó. Y fue el pastor quien se compadeció de mí y cambió mi suerte, mi condena a muerte en condena a vivir abandonado. Y yo iba, como una nube suelta, olvidado de mi padre. Y así, dejado, ¿qué iba yo a hacer? Si hubiera sabido, no habría hecho nada, lo que se dice nada, antes de volver a mi casa, a encontrarme con mi padre. Eso, ahora, tan tarde ya, es cuando lo sé.

Porque no hay que hacer nada sin haber vuelto a la casa del padre.

ANTÍGONA: Pero yo, padre, yo que nunca me fui de tu casa...

EDIPO: Saliste de la casa, acompañándome como un cordero, y me alegrabas en mi destierro, desterrada ya tan niña, y sin culpa alguna, tú.

ANTÍGONA: Y ahora me han dado tierra, aunque estoy enterrada. Esto es...

EDIPO: Oh, Antígona, tengo yo que decirte dónde estás, cuando es tan claro; todo esto es tan claro. Estás en el lugar donde se nace del todo. Todos venimos a ti, por eso. Ayúdame, hija, Antígona, no me dejes en el olvido errando. Ayúdame ahora que ya voy sabiendo, ayúdame, hija, a nacer.

ANTÍGONA: ¿Cómo voy a poder yo? ¿Cómo voy a poder hacerlos nacer a todos? Pero sí, yo, yo sí estoy dispuesta. Por mí, sí; por mí, sí. A través de mí.



ANTÍGONA: Ahora me he quedado yo sin ver, es como si nunca hubiera visto nada. No hay luz fuera de mí, ni dentro, ni más allá.

¿Eres tú, muerte? ¿Eres eso, ésa?

ANA: Niña, mi Niña, ya ves cómo vengo y te traigo un poquito de agua en tu cantarillo. Y una ramita de albahaca.

ANTÍGONA: Ana, ¿de dónde vienes?, dime, dímelo de dónde vienes. Te perdí de vista entonces. Desde aquello, ya no te vi más. Y nadie me dijo de ti nada, y yo no sabía si...

ANA: Yo, Niña, tú sabes, soy una de esas personas de las que nadie sabe nada, de las que nadie puede saber ni dar ninguna noticia. Yo nunca fui a ninguna parte: ni salí, ni entré, y pocos fueron los que me vieron. Ni siquiera cuando me tenían delante de los ojos me veían. Aun de mocita era así, no sé si por mi culpa. Como yo estaba cierta de que no me veían, ¿a qué me iba a hacer presente? Cuando hablaba o canturreaba un poco me escuchaban, entonces sí. Me escuchaban y hasta se hacía corrillo cuando cantaba un poco más alto y seguido, sin darme cuenta, y cuando hablaba más largo. Yo decía lo que tenía que decir sin detenerme más que lo preciso. Mira, no te preocupes por mí, si estoy viva o muerta. Estuve siempre junto a ti, sin que tú me vieras y sin poder nada, viéndote sin descanso. Viéndote a ti sin descansar nunca tú, porque yo no tengo de qué descansar ni dónde tampoco, ni podrá hacerlo mientras tú, Niña, no descanses de todas tus fatigas. Que no vas a descansar tan pronto. Porque a ti te espera otra cosa, otra cosa mejor que el descanso.

ANTÍGONA: ¿Qué me dices, ¿Ana? Tú, que siempre me distraías. Oyéndote se me iban las horas, se me iba el sueño, cuando tú lo que querías era adormirme. Pero el sueño se iba de mí y yo me quedaba como un caballito del diablo sobre una hoja o debajo de la hoja, verde como ella y sin peso, cerca del agua al borde de la acequia o del cántaro.

ANA: Sí, Niña, así estabas siempre pegada al agua y luego con el cantarillo, siempre a vueltas con el agua como si fueras del agua y no de la tierra; del agua, del aire. Y luego te volvías callada y apenas se te veía; desaparecías como si te metieras por una rendijilla entre las piedras, aquellas tan blancas, tan lavaditas, cómo te gustaba. Se veía que tú, por delgada que fueses, no podías escurrirte entreaquellas piedras, pero sucedía así. Y por la arena blanca también te escurrías y luego se te volvía a ver, y venías oscura, negruzca, gris, yo qué sé. Yo no sé nada. Pero te veía, te he ido viendo siempre sin descanso. Te metías entre los juncos de la acequia, te encaramabas al borde del cantarillo...

ANTÍGONA: Ana, Ana, eres la de siempre.

ANA: Pues claro está que soy siempre, siempre igual. Porque nunca fui nadie, nada.

ANTÍGONA: Ana, tú eres el único ser que he conocido, iba a decir: la única diosa.

ANA: ¿Cómo se te ocurre? Eres tú, que siempre te vi así, a vueltas con los dioses, por eso te ibas al agua, te querías ir de aquí, de donde estamos todos los mortales. Y por ese pensamiento no has podido nunca descansar. Ese pensamiento te ha hecho penar más que todo lo que te pasaba, que lo que te pasa.

ANTÍGONA: Pero a mí, entonces, ¿qué me pasaba?

ANA: Entonces, entonces nada. Eres así tú también, somos las dos de esa gente a la que nunca les pasa nada, nada más que lo que les está pasando a los demás, libres como el agua, encadenados por el amor y por la pena de verlos sufrir y equivocarse día tras día. Y eso es todo lo que nos ha pasado a las dos: estar viendo, lo que se dice viendo sin poder remediarlo, lo que está pasando, lo que va a pasar; lo que les está pasando ya sin que ellos lo sepan, ni quieran.

ANTÍGONA: Pero yo no sabía nada de lo que les pasaba a ellos. Yo sentía sólo aquel peso, esta oscuridad, este encierro ya desde entonces. Eras tú quien lo sabía todo por mí, y por eso no me dejabas ni un instante.

ANA: Nunca pude nada por ti, ni siquiera ahora que te he

podido traer tan sólo ese cántaro con un poco de agua a la que ya no te asomas, ni la bebes.

ANTÍGONA: Esa agua, de la fuente que viene, ya no es para mí. Ana mía.

ANA: ¿Y tú que sabes de qué fuente viene esta agua; de qué fuente viene el agua? Te lo decía, te lo decía yo: Niña no quieras saber, bebe. Bebe ahora. Duérmete ahora. Yo pude llegar hasta ti y ahora tengo ya que irme.

ANTÍGONA: Y, como siempre, sin responderme a lo que te pregunto, sin contarme el cuento; el cuento que nunca me acabaste de contar del todo. Era así como ahora, empezabas y a mí se me iba el sueño, la sed y a ti se te iba el cuento.

ANA: Y luego tu hermana te decía: "Cuéntame el cuento de Ana, que a mí ella no me cuenta nada". Y era al revés. Porque yo a tu hermana sí que le contaba cuentos y hasta le cantaba. Era ella la que luego no se acordaba, mientras que tú tenías que acordarte de lo que no te decía, de lo que no te contaba. Y yo bien sabía la historia, la historia que te esperaba a ti, a ti solita, Niña. ¿Cómo te la iba yo a contar?

ANTÍGONA: Pero no, Ana, la historia no me esperaba a mí sola. También la aguardaba a ella, a mi hermana.

ANA: La historia, niña Antígona, te esperaba a ti, a ti. Por eso estás aquí, tan sola. Por la historia.

ANTÍGONA: La historia, ¿cuál?, ¿la de mis padres, la de mis hermanos, la de la Guerra o por la de un principio?

Dime, Ana, dímelo, respóndeme, ¿me has oído? ¿Por qué historias estoy aquí: por la de mis padres entre ellos, por la historia del Reino, por la guerra entre mis hermanos? O por la historia del Mundo, la Guerra del Mundo, por los dioses, por Dios...

Dime, Ana, respóndeme, me oyes acaso... Ahora se me presenta esta pregunta, nunca se me había presentado, parecía que todo, tan monstruoso, fuese tan natural. Y ahora necesito saber el porqué de tanta monstruosa historia. Contigo me olvidé de estar aquí, y me limpié de todo. Ana, sin tocar tu agua, tú

me has lavado. Estoy limpia, limpia. Tú me has lavado. Y ahora necesito lavar.

ANA: Limpia siempre lo fuiste.

ANTÍGONA: Lo fui, limpia, ya lo sé, pero no estaba limpia. Todos los que me rodeaban, mi hermana, ella, no, estaban tan manchados o se fueron manchando, de sombra mis padres, de sangre mis hermanos, que yo no podía estar limpia. Y ahora... Y no me respondes. No me respondes, Ana. Tú, sólo tú, podrías hacerlo. Me hace falta saber. Habiendo hecho lo que hice, viendo todo lo que vi y todo lo que veo...

ANA: Eso es, que cuando se ve tanto no se puede saber.

ANTÍGONA: Me dejas sola con mi memoria, como la araña. A ella le sirve para hacer su tela. Esta tumba es mi telar. No saldré de ella, no se me abrirá hasta que yo acabe, hasta que yo haya acabado mi tela.

Ana, ¿te fuiste, te fuiste ya? Ah, sí; me dijiste, o como si me lo hubieras dicho, que me esperabas junto a la fuente.

LA SOMBRA DE LA MADRE



Y, eres tú, Madre, vuelves. Vuelves aquí también.

No has encontrado reposo.

Olvida. Si pudieras volver a ser niña, muchacha sin casamiento, sin saber de novio. Vuelve a ser niña, doncella, y no te cases. No, a eso no vuelvas, ni a tener hijos.

Ah, sí, ya veo. Ansías que yo sea tu hija, solamente y del todo. Pues que, tal como ha sido, es como si fuese tu hija a medias y doblemente a la vez; hija dos veces y sin padre. Era así, aunque aun tú no lo supieras, como si fuéramos tus hijos

inacabablemente y como si nuestro padre estuviese siempre yéndose de su sitio, del lugar del Padre. Lo mirábamos, nos empujabas tú a mirarlo como a un hermano, un hermano que llegó no se sabe cómo.

Nos hacías sentir que nuestro Padre era un hombre que había llegado un día, que se te había presentado: que no era nuestro Padre desde siempre, desde un principio, como ha de ser el Padre. No le conducías a su puesto, al trono del Padre, mientras que lo izabas al trono del Rey. Y así nunca conocimos la cólera del Padre ni esa densa ternura que la envuelve y embebe. No le dejabas, rey como era, ceñirse la corona propia del Padre, cuando la justicia recorre la casa y se pasea por todos los rincones y escondrijos; cuando en la casa no hay nada escondido, sólo el misterio de la cámara nupcial, donde los padres penetran silenciosamente como el sacerdote que porta la espiga de Eleusis. Y los niños no nos preguntábamos, qué es lo que pasa allí dentro. Es el viaje misterioso de los Padres, los vemos partir más allá de todo, hacia más allá de los confines de la vida, sabiendo que volverán, que volverán con nosotros siempre y que nos traerán algo precioso, que nosotros no tendríamos si ellos no se fueran tan lejos.

Has venido, sí, yo sé, porque tienes esa costumbre y porque lo necesitas. Eras así. Mira, una Madre, porque tú ya eres para siempre una Madre, tenías que haberte refugiado cuando supiste ya sin velos, en esa tu majestad, majestad de Madre, aun con su mancha. Y ¿es que hay alguna Madre pura del todo, alguna mujer pura del todo que sea madre? Tú sabes que no. Esa pureza de la Madre es el sueño del hijo. Y el hijo, a fuerza de amar su oscuro misterio, la lava. Y ella se va purificando con tierra, pues que de la tierra es y a ella se parece. Y la Tierra es negra y tiene en sus adentros, en sus entrañas, luz. Tiene entrañas de luz la Tierra. Y en la Madre de vida, de vida nuestra, por negra que sea la mancha que haya caído sobre ella, por caída que ella misma esté, cuando ya no puede hundirse más abajo, como tú, que tocaste el fondo de la negrura y del peso, entonces se quiebra y deja ver y da, da algo a la luz. No es como decía antes; no tiene la Madre entrañas de luz, aunque algún día de algún modo alguna haya de tenerlas. Hasta ahora todas han sido por dentro oscuras también, como tú. Pero

dan algo, algo vivo a la luz. Dan vida a la luz. Eso. Y eso tú, madre nuestra, lo hiciste.

Vete ahora tranquila. Húndete en la tierra, ya que te la dieron, vete al encuentro de las Madres que te esperan, que te acogerán, que lavarán en la inmensidad de su Manto tu mancha y tu infortunio.

Ellas, las Madres, te recibirán.

Y Ella, la Madre-fuerza, la de los Dioses, te abrirá su firmamento, ese abismo. Y el Mar y los Infiernos de la maternidad no tendrán secretos para ti, porque en ellos encontrarás al fin tu secreto desplegado, la razón sin nombre de la Vida.

Pues que todas las cavidades de la Tierra, del Cielo y de los Mares, aun sin nombre, donde están los seres sin nacer y los muertos, reposan en el seno de la Grande Madre. Su regazo abraza todo lo que ha nacido, bien o mal, por eso. Sólo porque nació. Y luego, sí, así lo creo, luego lo dejará nacer otra vez. Se los entregará a la luz. Mas antes, tenemos que volver a Ella, otra vez. Allá abajo en la Tierra.

Vete, Madre, a tu Reino, criatura, hija también tú. Ahora que ya te he llamado Madre y también hija, sabiéndolo todo.

Si al saberlo todo tú nos hubieses llamado hijos, hijos míos, no se te abría enredado a tu cuello el cordón resbaladizo de la muerte. Porque no fuiste tú, tú no fuiste; fue ella, la serpiente la que se te enroscó. Ahora ya no está a tu lado. Te librarás del todo yéndote para no volver por estas tierras de dolor ya estériles para ti, para todos nosotros; tierras de sal.

Vete, Madre, hija tú también, tú también nacida de la Madre inmensa, negra como tú.

Ay, Madre, inmensa sombra...

Ay, Luz, señora nuestra. ¿Irás a ser algún día tú, nuestra Madre? Postrada estoy aquí ante las dos, sola entre la Vida y la Muerte, postrada ante ti, Sombra, y ante ti, Luz.

¿Cuándo?, decidme, dime tú, Luz, ¿cuándo seréis las dos una sola?

La sombra de mi Madre entró dentro de mí, y yo doncella he sentido el peso de ser madre. Tendré que ir de sombra en sombra, recorriéndolas todas hasta llegar a ti, Luz entera.

Y ahora, ahora no sé qué me aguarda. Purificada por la sombra de mi Madre, atravesada en mí, sigo estando aquí todavía.

LA HARPIA



HARPIA: No me miras tan siquiera, niña. Ya nos hemos visto una vez, por lo menos. Yo, sí, te he visto a ti. Tú a mí, no me miraste siquiera.

ANTÍGONA: Mirarte... no eres cosa de mirar, tú.

HARPÍA: ¿Tanto te repugno?

ANTÍGONA: Eres de las que buscan ser oídas, de las que se deslizan por los laberintos, cuchicheando.

HARPÍA: Pero si tú me hubieras oído en tu laberinto. Ahora que estás encerrada en él, óyeme, aunque no me veas. Nadie me quiere ver. Pero me sueñan. En eso soy como la belleza, que es lo que cuenta. Me sueñan como a ti. ¿Eres tú el sueño de alguien? ¿No te has pasado la vida soñando, soñando a alguien sin reconocerlo? Y ahora, aquí, ¿sabes si contigo sueña alguien?

ANTÍGONA: Quieres decirme que nadie me ama, ni me teme. En cambio a ti...

HARPÍA: A mí, me temen. A ti, alguien te ama. Es lo mismo.

ANTÍGONA: No, es todo lo contrario. La Ley del Amor es muy distinta de la Ley del Terror y ni siquiera se puede decir que sean todo lo contrario.

HARPÍA: Hablas en vez de oírme. Y si me hubieras oído cuando eras joven, cuando estabas viva.

Las muchachas no me quieren ver. Por eso me acerco tanto, pegándome a sus oídos o hablándoles desde un rincón descuidado de su alma, pues que hay tan pocas que mantengan aseados todos los rincones.

ANTIGONA: Como una araña. Ah vieja, ya te conozco.

HARPÍA: Porque al fin eres prudente, como una araña tú también.

ANTÍGONA: Eres el primer ser, la primera voz que me lo dice. Prudente yo, yo prudente, como una araña. ¿Y mi hilo? ¿Y la tela? ¿Yo, tejedora?

HARPÍA: Sí. Tú, tejedora, yendo y viniendo de una tierra a otra tierra. Yendo y viniendo de los vivos a los muertos. De esa Ley de Amor, que tú sola conoces, a la del Terror que todos, míralo, sábelo, acatan. Y ahora ¿qué tienes ya por tejer?

ANTÍGONA: Ahora, ahora sólo tengo que morirme.

HARPÍA: Pero no puedes. Me has llamado vieja, dándome mi nombre y no como insulto según hacen otras que se exasperan, cuando al fin me miran y se ven en mí como en un espejo. Me acerco a las muchachas cuando todavía es tiempo, no soy tan mala yo, cuando están en flor para que me oigan y, más aún, para que me sientan y me entiendan. Voy a prevenirlas.

ANTÍGONA: Pero yo, amiga, no tendré vejez. Creo que no tuve nunca ese fantasma. Soy ahora lo que fui siempre; una muchacha sin futuro. Y ¿podrías tú decirme si estoy todavía en la vida, o dónde estoy, ya que no puedo morir?

HARPÍA: Pues, eso, es que nadie lo sabe. Te viniste aquí, fuiste tú la que inventaste esa historia, esa condena...

ANTÍGONA: Cómo te equivocas, vieja harpía. Nunca he inventado nada yo. Todo me lo fueron dando, me lo dieron ya desde el principio. No he venido aquí, ni fui por los caminos, peregrina, de tierra en tierra, inventando historias. Fui con mi Padre, con él, por él. Por él y por sus hijos, mis hermanos. Oyelo bien, desde el principio.

HARPÍA: Y si tan segura estás de ese principio, como tú lo llamas —porque tienes tú, tu lenguaje—. Si es que no te viniste

aquí, no hiciste nada para que no te trajeran, tan fácil que te hubiera sido: una palabra tuya, una sola a tu Juez, y ya estaba. O haberte callado, y haberte puesto a llorar, según es uso de mujeres. El estaba deseando, porque al fin eres su sobrina, y la novia de su hijo, y una muchacha, ¿sabes? Y los hombres son hombres siempre.

ANTÍGONA: Los hombres... Yo de eso sí que no sé nada, los hombres frente a una niña, quieres decir.

HARPÍA: Sí; frente a una niña y frente a una mujer también, si es joven.

ANTÍGONA: No había nada que hacer, ni yo tenía que hacer nada. El Juez tenía que condenarme pues que su Ley es ésa, condenar. Y yo lo sabía cuando hice lo que hice.

HARPÍA: ¿Por qué lo hiciste, entonces, si lo sabías?

ANTÍGONA: Ya lo dije. Porque hay otra Ley, la Ley que está por encima de los hombres y de la niña que llora, como yo cuando lloré.

HARPÍA: Lloraste tarde, tenías que haber llorado antes.

ANTÍGONA: No, tú lo ves todo al revés; todo lo tuerces, tú. Lloré cuando me acordé de mí, cuando me vi, cuando me sentí.

HARPÍA: Y ¿cómo no te sentiste antes? Mira, yo lo sé todo, os conozco a las muchachas. Sé que os da miedo la boda, miedo el hombre, así, sin nada por en medio. Sí, no tienes que recordármelo. Yo te oí cuando te lamentabas. Pero a mí no me engañas tú, ni ninguna otra.

Si tú hubieras querido boda, la tuya, tu boda, no habrías hecho aquello, librándote así de esa historia. Si le hubieses amado, a él, a tu novio. Ibas a su lado con el pensamiento en vuelo. O ¿era él quien no supo? Era tan pálido.

ANTÍGONA: Cállate, vete, déjame.

HARPÍA: Uy, uy, He puesto el dedo en la llaga. No me quieres oír. Porque tú eres como yo, de las que hablan, de las que son —como me decías— no para ver, sino para oír. Tu belleza pasaba desapercibida mientras no hablabas. Esa inteligencia que por castigo pusieron en tu cabecita, tan redonda, tan cerrada que tienes, ese talento para una muchacha es un castigo. Eso ha sido tu condena. Si en lugar de darte a pensar, si en lugar de ponerte a pensar...

ANTÍGONA: No, no, vieja, amiga, araña, lo que seas, yo no me he dado a pensar.

HARPÍA: No, te diste a ver. El pensar te lo dieron.

ANTÍGONA: En eso dices algo cierto. Mas no me di a ver, a que me vieran. Y si me di a hablar es porque me encontré en ello, teniendo que hacerlo. Pero darme, lo que se dice darme, no me he dado a nadie, a nada.

HARPÍA: Eso te digo, que no quisiste darte a nadie y por eso bajaste aquí sin esposo. Y él, ¿no lo sabe?

ANTÍGONA: El, él estuvo lejos de donde yo estaba en mi hora.

HARPÍA: Ah, no sabes. El vino tras de ti, te siguió hasta la misma puerta; no le dejaron franquearla y se lo llevaron muerto. El mismo se dio la muerte para ir a encontrarte en ella. Y mientras, tú, aquí, viva. Los dos aquí tan cerca, sólo esa puerta os separa. Igual que allá arriba, siempre una puerta de por medio. Dime ahora, si te atreves, que no es verdad, tú que te has pasado la vida con ella a vueltas, con la verdad, sin amor.

Y ahora estás aquí abandonada del amor. Y es justo, tú, la de la justicia.

Porque no fue tu vida lo que diste por la verdad y por la justicia; diste tu amor. Y el suyo, el de ese hombre, ese muchacho, pálido porque hiciste de él tu sombra; te seguía como una sombra sin encontrarte nunca; siempre estabas en otra parte. Y ahora él te busca entre los muertos y estás aquí todavía, viva. Sí, estás todavía viva.

ANTÍGONA: Vete, razonadora. Eres Ella, la Diosa de las Razones disfrazada. La araña del cerebro. Tejedora de razones, vete con ellas. Vete, que la verdad, la verdad de verdad viva, tú no la sabrás, nunca. El amor no puede abandonarme porque él me movió siempre, y sin que yo lo buscara. Vino él a mí y me condujo.

HARPÍA: No, te movió la piedad. Son dos cosas.

ANTÍGONA: Dos cosas, eso es lo que tú querías, te llamo ahora por tu nombre, enredadora, razonante Harpía. Vete, que en mí no puedes entrar.

HARPÍA: Sí. Ahí te dejo con tu vida y tu verdad.

ANTÍGONA: Sí, sí, sí. Yo creo. Seguiré viva entre los muertos hasta que el Amor y la Piedad, uno sólo, lo quiera.



ANTIGONA: La verdad, la verdad a solas. Todavía.

ETÉOCLES: La verdad, dices, Antígona, mientras ¿qué? ¿Cómo íbamos a saberla entonces? Si nos deteníamos a buscarla, entonces, ¿quién iba a gobernar, a poner orden, a vivir? Y teníamos que vivir. Si nos paramos a mirar las cosas como son, entonces se nos van de la mano.

POLINICES: Tal pienso, tal pensaba yo también: que las cosas se nos iban de las manos.

ANTÍGONA: Se os fueron las manos.

ETÉOCLES Y POLINICES: ¿Qué íbamos a hacer? Se nos iba la vida; nos iba la vida.

ANTÍGONA: ¿Y ahora? ¿En qué vida estáis? Si queríais de verdad vivir, había que dejarle un instante, aunque fuera uno solo, a la verdad, a la verdad de la vida. Un poco de tiempo.

ETÉOCLES Y POLINICES: La vida no deja ese tiempo. Teníamos...

ANTÍGONA: Sí, teníais que morir y que mataros. Los mortales tienen que matar, creen que no son hombres si no matan. Los inician así, primero con los animales y con el tiempo y con ese grano de pureza que llevan dentro. Y en seguida con otros hombres. Siempre hay enemigos, patrias, pretextos.

Creen que matando van a ser los Señores de la Muerte. El Rey no lo es si no ha matado, si no mata, si no sigue matando. Y luego el Juez que no mata... pero él no, manda matar porque él está ya en el reino de la razón pura, la ley.

Y no basta. Hay que matarse por el poder, por el amor. Hay que matarse entre hermanos por amor, por el bien de todos. Por todo. Hay que matar, matarse en uno mismo y en otro. Suicidarse en otro y en sí con la esperanza de ser perdonado por tanto crimen, por tanta muerte expandida.

El Señor de la Muerte tiene que matarse al fin, si algo tiene dentro vivo en la esperanza del perdón.

Para eso hay tiempo, todo el que haga falta. Para vivir no hay tiempo.

POLINICES: Hermana, hermana mía, mi única hermana, ¿por qué nos dejaste? ¿Por qué no nos destruiste a tiempo?, tú que sabías, tú que veías, tú, hija del Tiempo, hermana desde antes, desde siempre hermana, hermana...

Creo lo que dices, todo, creo en ti, en ti. Entenderte, no sé, no; aquí, en el corazón, sí te entiendo, pero no veo. Tus palabras, tu presencia, tu voz me deslumbran.

ETÉOCLES: ¿Crees que ella es solamente hermana tuya y mía no?, yo que he venido aquí a buscarla, como tú, y me la quieres arrebatarse como hiciste siempre. Ella, tu hermana, la tuya única hermana.

ANTÍGONA: ¿No podéis querer alguna cosa sin dividirla queriéndosla llevar toda, sin dejarle nada al otro?

ETÉOCLES: Es él, él.

POLINICES: Eres tú, hiciste siempre lo mismo. Y por eso nunca pude entenderme contigo, cuando tanto lo quería.

ANTÍGONA: Y yo, sí, soy hermana vuestra, de los dos como he probado.

ETÉOCLES: No, Antígona, eso no. Que tú estás aquí bajo tierra consumiéndote como hermana suya. Como hermana mía irías cubierta de gloria en el carro de mi victoria.

ANTÍGONA: ¿Cuál victoria? No puede ser llamada con ese nombre la destrucción de la Patria, su caída. Ya no existe Tebas, ¿lo sabes? Tebas es sólo la tierra suya, propiedad de él, el que os venció a los dos y a todos, sin ser por ello victorioso.

Sí, yo sé que todas las victorias se alzan sobre el llanto, y que la sangre, por mucho que sea su caudal, no ablanda los corazones de los vencedores. Vencedores solamente, pues que tan pocos son los victoriosos en las historias que nos cuentan.

La Victoria tiene alas, según la vemos. No han de ser hijos suyos quienes se las quitan, y la asientan sobre los cráneos de los muertos y sobre las cabezas de los vivos, y le ofrecen como ex voto un corazón de piedra, mientras el corazón de carne, ése que palpita como una mariposa, pierde sus alas. Y su voz y su palabra.

Todo se vuelve pesado bajo los vencedores, todo se convierte en culpa, en losa de sepulcro. Todos vienen a ser sepultados vivos, los que han seguido vivos, los que no se han vuelto, tal como ellos decretan, de piedra.

POLINICES: Pero nosotros teníamos que ganar.

ANTÍGONA: ¿Por qué no hicisteis, si tan justa era, de vuestra ganancia una gloria?

Y de haber sido así, si la gloria resplandeciera sobre la ciudad, aunque yo estuviese aquí, sería diferente. Yo estaría aquí caída al pie de mis hermanos más altos que yo, erguidos sobre su muerte.

Como aquella violeta que se me cayó de las manos una tarde que cogía flores; la violeta se escurrió nada más cortarla y se quedó tendida al pie de sus hermanas. La dejé allí, y me la quedé mirando, sintiendo, comprendiendo, pues que es en esas cosas en las que yo he estudiado. Y me supe yo así, pero no dejan, mis hermanos sin gloria, caídos al pie de nada. Y más infortunados que yo errantes, sin centro adonde encaminarse.

Oh, Muerte no vengas todavía, hasta que no se pacifiquen, hasta que yo sepa dónde llevarlos, si es que no vamos al mismo sitio.

Sí, yo soy vuestra hermana. Pero vosotros dos ¿sois hermanos míos?

¿Sois hermanos de alguien? ¿Le habéis permitido a la hermandad que inunde vuestro pecho deshaciendo el rencor, lavando la muerte, esa que ahora tenéis, y que cuando llegue la otra, venga limpia, de acuerdo con la ley de los Dioses?

ETÉOCLES Y POLINICES: Es que, Antígona, todo viene de nuestro Padre. Nuestro Padre...

ETÉOCLES: El nos maldijo. Acuérdate.

POLINICES: Malditos del Padre. Cuando no hacía falta, lo estábamos ya de nacimiento.

ETÉOCLES: Y por eso, todo lo que nos ha pasado ha sido a causa de nuestro Padre, de él y nada más que de él.

ANTÍGONA: En eso no os equivocáis, pues que sin padre no hubiésemos nacido.

ETÉOCLES: Mas pudo ser él de otra manera; no haberse equivocado tanto, no haber caído tanto, no haber sido tan ciego.

ANTÍGONA: Y si no se equivoca, si no se ciega, no seríamos hijos de su madre. No seríamos. Queréis el poder, el trono que os venía de él, de ella, ése sí lo quisisteis; el poder sí, mientras que del ser renegáis.

POLINICES: El ser estaba maldito.

ANTÍGONA: ¿Y el poder no lo estaba, no lo está?

ETÉOCLES: El poder es siempre necesario, debe de haberlo. Y este poder era mío, me correspondía de hecho y de derecho.

POLINICES: ¿Tuyo solo? ¿Y yo? ¿Ves, Antígona, lo ves? Me desposeyó desde el principio. El poder era todo para él.

ETÉOCLES: Tú siempre mirabas hacia afuera, por encima de las fronteras de la patria. Los muros de la casa te oprimían.

Criticabas, juzgabas los actos de nuestro padre, el Rey. Tenías pensamientos encerrados en tu frente; pensabas. Se te veía. Tenías ideas. Ideas que nacían y crecían dentro de tu pecho. Andabas siempre pensando. No lo niegues. Mientras que yo no. Yo no pensaba. Yo era el orden, el de nuestro padre, el de su trono. Yo era la Patria. Yo, la Patria...

POLINICES: Tú eras la Patria. Pero ¿la Patria no estaba devastada? ¿No había peste en la ciudad, no se hacían invocaciones a los Dioses inútilmente? Todo era vano, las ofrendas, los sacrificios y el agua que había de purificarnos estaba maldita también. Maldito el aire, la tierra, el fuego, los Dioses.

ETÉOCLES: No te permitiré...

ANTÍGONA: No. Ahora ya no. Ahora a él, como a ti, como a mí, nada nos está permitido. Ya nada tenemos que hacer que no sea mirar, mirarnos, mirarlo todo. Yo no me acuerdo de nada, no me hace falta, porque todo, lo que se dice todo, aquello que viví y lo que pude vivir también, todas mis vidas, están presentes ante mis ojos.

ETÉOCLES Y POLINICES: Pero hay que hacer algo. Tenemos que hacer algo para salir de aquí.

POLINICES: Salir, salir de aquí. Pero yo vine para entrar y quedarme aquí hasta llevármela a ella, a la hermana mía. Sin

ella no puedo irme. Vine para llevármela conmigo. Cállate, Etéocles, que tú no sabes de eso. Vine para llevármela de esta tierra maldita y por eso peleé, y ahora, muerto, es así con mayor fuerza de razón.

Vengo a buscarte, vine a buscarte, Antígona hermana, para irnos a una tierra nueva, libre de maldición; a una tierra fragante como tú, para empezar la vida de nuevo. Ojalá nos hubiésemos ido los dos cuando éramos todavía niños, cuando no había pasado todavía nada. Antes de que hubiera caído sobre nosotros la ceguera de nuestro padre, la locura de nuestra madre. Ella ¿desde cuándo se había vuelto loca? Y él, ya antes de cegarse estaba sordo. Era así. El padre sordo, la madre enloquecida hablando sola por las galerías, por los patios, por los rincones, delirando. Aparecía por todas las puertas, en ningún lugar, a ninguna hora del día o de la noche estábamos seguros de no verla aparecer, llena de cólera por nada, o desfalleciente pidiendo auxilio sin dirigirse siquiera a uno. Pedía auxilio como si nadie hubiera, como si estuviese sola, aunque bien sabía que uno, yo, el más perseguido por ella, estaba allí. Y hasta allí había llegado buscándome. Pero no se dirigía a mí. Pregonaba sus quejas como los oradores del pueblo en la plaza pública. Hacía de todo pública protesta. Y protestaba sin haber sacrificado a los Dioses del cielo, y sin haber invocado siquiera a los Dioses de la sangre. Pero yo no recuerdo que en nuestra casa, en el palacio del Rey, sacrificase nadie a los Dioses, hasta que llegó la peste.

ANTÍGONA: No se podía ya sacrificar. Los Dioses no se satisfacen con sacrificios, en algunas ocasiones. Los sacrificios no bastan a la hora de la verdad, cuando ha de lucir la verdad.

ETÉOCLES Y POLINICES: La verdad...

POLINICES: La verdad no es una Diosa.

ANTÍGONA: La verdad es a la que nos arrojan los dioses cuando nos abandonan. Es el don de su abandono. Una luz que está por encima y más allá y que al caer sobre nosotros, los mortales, nos hiere. Y nos marca para siempre. Aquellos sobre quienes cae la verdad, son como un cordero con el sello de su amo.

ETÉOCLES: Oh, Antígona, siempre con esos discursos. Mejor habría sido que, como en otros tiempos, se hubieran contentado

los Dioses con el sacrificio y que todo hubiera permanecido oculto. Mejor habría sido sacrificar a media ciudad con todos sus habitantes. Yo mismo lo hubiese hecho; sí, yo mismo: para que todo siguiera en orden y que la verdad no se diera a conocer.

Y yo digo que nuestro padre fue débil, que faltó, pues que de haber ofrecido el sacrificio que digo yo, todo estaría como estaba, en orden y sin verdad.

POLINICES: ¿Ves ahora, hermana, cómo la única salida era, es, la mía? ¿Por qué no nos fuimos nosotros dos? A éste le dejábamos con el poder, con el que tú y yo no tenemos que ver nada. Ya que el orden que él dice, con el orden de verdad no tiene que ver nada. Se trata solamente de que no salten ciertas verdades. Y a ella, a Ismene, le habría quedado el amor, el amor de mujer. Y tú y yo hermana y hermanos del todo y para siempre.

ANTÍGONA: Polinices, hermano, fuiste tú el que se fue, me dejaste sola, sola, sí.

POLINICES: Porque tú no querías dejarlos solos. Te respeté. Como él, tu novio; tampoco él te llevó consigo. No te casaste...

ANTÍGONA: Sí, yo tenía que quedarme.

ETÉOCLES: Ella tenía que quedarse para saber. Era todo lo que quería: saber.

ANTÍGONA: ¿A qué llamas tú saber? Dices saber como si fuera posible no saber. Yo no elegí, sabedlo: no elegí.

Dices "saber" como si no costara nada. Ese saber que no busqué se paga. Cada gota de esa luz, de ésta que venís a beber ahora ya muertos, cuesta sangre. A mí también me la llevaron, la sangre. Mi sangre fue, todavía más que la vuestra, sacrificada: a ese poco de saber, a esa brizna de luz.

POLINICES: Antígona, yo no te he dicho nada de eso. Siempre le contestas a él. A mí no me has contestado. Yo quería, quise sacarte de allí para irnos a otra tierra: a una tierra virgen y fundar la ciudad nueva, los dos.

No me respondes, hermana. He venido ahora a buscarte. Ahora, no tardarás ya mucho en salir de aquí. Porque aquí no

puedes quedarte. Esto no es tu casa, es sólo la tumba donde te han arrojado viva. Y viva no puedes seguir aquí; vendrás ya libre, mírame, mírame, a esta vida en la que yo estoy. Y ahora, sí, en una tierra nunca vista por nadie, fundaremos la ciudad de los hermanos, la ciudad nueva, donde no habrá ni hijos ni padres. Y los hermanos vendrán a reunirse con nosotros. Nos olvidaremos allí de esta tierra donde siempre hay alguien que manda desde antes, sin saber. Allí acabaremos de nacer, nos dejarán nacer del todo. Yo siempre supe de esa tierra. No la soñé, estuve en ella, moraba en ella contigo, cuando se creía ése que yo estaba pensando.

En ella no hay sacrificio, y el amor, hermana, no está cercado por la muerte.

Allí el amor no hay que hacerlo, porque se vive en él. No hay más que amor.

Nadie nace allí, es verdad, como aquí de este modo. Allí van los ya nacidos, los salvados del nacimiento y de la muerte. Y ni siquiera hay un Sol; la claridad es perenne. Y las plantas están despiertas, no en su sueño como están aquí; se siente lo que sienten. Y uno piensa, sin darse cuenta, sin ir de una cosa a otra, de un pensamiento a otro. Todo pasa dentro de un corazón sin tinieblas. Hay claridad porque ninguna luz deslumbra ni acuchilla, como aquí, como ahí fuera.

ETÉOCLES: Si era eso lo que llevabas en tu frente, ¿por qué te casaste, di? Y ¿por qué volviste a la ciudad vieja a disputarme el gobierno, mi gobierno? ¿Y tu esposa?

POLINICES: Es que yo también me equivoqué, hijo de mi padre al fin. Volví a causa de Antígona, ella estaba en la ciudad vieja del Padre. Ella, la hermana, hermana entre todas, me llamaba. Todas las noches en el entresueño oía su voz, su voz me llamaba: "Polinices, Polinices". Y entonces, eso sólo bastaba, oír mi nombre en la voz de mi hermana, para que todo lo que me rodeaba se me borrara. Ella me llamaba por mi nombre de verdad. Y con ella al lado, si tú me hubieras dejado entrar, en la ciudad vieja, aquí en la tierra, aquí en nuestra tierra, hubiéramos edificado la ciudad nueva: la de los hermanos.

ETÉOCLES: Pero tenías que haber contado conmigo, o ¿es que yo acaso no soy vuestro hermano? Y con la otra, también.

ANTÍGONA: ¿La otra?

ETÉOCLES: Ismene, tu hermana, nuestra hermana. Ella es la única que no está aquí. ¿Por qué no viene?

ANTÍGONA: Ella es la única de nosotros que tendrá su propia vida. Y, por lo demás, ella está siempre conmigo; irá conmigo donde yo vaya.

LLEGA HEMON



HEMON: Héme aquí yo también. Mas veo que conmigo no cuenta nadie. Empezó mi padre por no contar conmigo al condenarte, Antígona, y ni siquiera tú misma, cuando te decidiste a todo, y tampoco ahora. Sí, ya sé que lloraste viniendo hacia aquí nuestras frustradas bodas. Pero no sé si sabes que yo soy, entre todos tus muertos, el único que ha muerto por ti, por tu amor. Los demás, éstos también, han ido a la muerte por otra cosa, por sus sueños o por sus principios, sin ver a la muchacha Antígona, a la que han devorado. Y yo te amaba a ti, a esa muchacha. No sé si me maté o si es que no pude seguir sin ti viviendo.

ANTÍGONA: ¿Vienes también tú, por tu parte?

HEMÓN: Vengo por ti, por ti toda entera, como hace el esposo.

ANTÍGONA: Como hace el esposo... Tengo que ser toda para el esposo. Pero es que yo toda, yo únicamente para el esposo...

HEMÓN: ¿No eres, pues, una muchacha, una virgen que nace al mismo tiempo que su esposo, esposa de nacimiento?

ANTÍGONA: Yo soy, yo era una muchacha nacida para el amor de mi esposo, a cuya casa iría saliendo de la casa de mi padre. Y me devoraron no ellos, sino la Piedad; soy ya la ceniza de aquella muchacha. Me deshojé. Y ahora...

HEMÓN: Y ahora más blanca que nunca, luz de tu propia luz, ahora que naces, ven conmigo que estoy junto a ti desde el nacimiento; ven a nacer juntamente conmigo que me estoy todavía muriendo. Ellos son sólo muertos que vuelven para llevarte con los muertos.

ETÉOCLES: Eres tú quien nos quiere del todo muertos. Pero no es así, vivos estamos porque nuestra guerra no se acaba.

HEMÓN: Ah, ¿pero no estabais ya de acuerdo?

ETÉOCLES: Nunca, mientras él, ella, todos no se me sometan. Y tú también, si la quieres; pues que sólo yo puedo dártela. Ella misma lo ha dicho; tiene que ir a ti desde la casa del Padre.

POLINICES: Pero tú, hermano, tú que no quieres ser nuestro hermano, no eres por eso nuestro padre.

ANTÍGONA: ¿Cuándo le daréis paz? Dejadlo ya, a nuestro padre. Se fue de aquí, él también vino y yo le escuché. Y desapareció llevándose consigo su sombra. No lo volveréis a ver ya más. Esa historia ya se ha acabado, por lo menos ésa, sí.

ETÉOCLES: Eso es lo que yo quise siempre. Tú dices las cosas mejor. Lo que yo quería, quiero, es que toda la historia se acabe y que comience la vida, la vida sin historia en la ciudad de los hermanos, Hemón: para ti hay lugar en ella. Hemón, ayúdame, deja esa historia del esposo y vente a ser nuestro hermano.

HEMÓN: Antígona, seré tu esposo-hermano, ¿no era eso lo que querías?

ETÉOCLES: ¿Y yo, y yo? ¿Y tu hermana Ismene? ¿Estás cierta de que la historia se ha acabado ya? Mientras la haya, tú, Antígona, serás su prisionera. Te rebelaste contra ella y mira dónde estás, cómo estás, condenada a vida. A mi lado habrías sido reina, más aún, consejera de mi poder. Si en tu demencia te queda un rayo de razón, estás a tiempo todavía, porque oigo que Creón se acerca; viene a buscarte. Déjalos a estos dos. Entra en razón. Yo estaré siempre con Creón, éste o el que sea. Y tú, mujer al fin, serás mi delegada.

ANTÍGONA: Iros, dejadme sola. Ha de ser así. Yo iré, iré, cuando pueda a reunirme con vosotros, en esa ciudad que dices, hermano. Esposo mío; espera todavía, espérame.

CREÓN



ANTIGONA: ¿También tú, tampoco puedes pasar-te sin venir a esta tumba?

CREÓN: No temas, Antígona. ¿No ves la puerta abierta?

ANTIGONA: Será para ti. Yo no volveré a pasar nunca por esa puerta.

CREÓN: Como siempre, te adelantas: antes a mi justicia, ahora a mi clemencia. Vengo a sacarte de esta tumba. La muerte de mi hijo, precipitado como tú, me impidió sacarte de aquí a tiempo para que celebrarais vuestras nupcias. Yo quería sólo darte una lección.

ANTIGONA: Ah... ¿No era la ley, que yo bajara aquí para desvivirme a solas como un reptil entre las piedras?

CREÓN: Ya empiezas, Antígona, haces que se me olvide lo que venía a decirte. Sí; se me va de la cabeza. Pero mi decisión es mi decisión y la mantengo por encima de tus palabras. La puerta está ahí, mírala, abierta. Vamos Antígona. Ve delante de mí. Sube tú antes que yo, sube tú, primero.

ANTIGONA: He subido ya, aunque me encuentras aquí, tan abajo. Siempre estuvimos todos nosotros debajo de ti. Pues eres de esos que para estar arriba necesitan echar a los demás a lo más bajo, bajo tierra si no se dejan. Confórmate con eso, Creón. ¿Qué otra cosa quieres?

CREÓN: Quiero, ahora ya no sé lo que quiero. Lo que no quiero es oírte: que te vayas.

ANTIGONA: Pues ya me estoy yendo.

CREÓN: Que te vayas de aquí, arriba, arriba.

ANTIGONA: Arriba, arriba. ¿Tú sabes dónde es arriba?

CREÓN: La tierra de los vivos, y conmigo a lo alto, al poder. Pues que yo, como es justo, he de seguir reinando.

ANTIGONA: Ya no pertenezco a tu reino.

CREÓN: Pues a otro reino, si no quieres estar en el mío.

ANTÍGONA: Estoy ya entrando en un reino. Voy ya de camino, estoy más allá de donde a un alma humana le es dado el volver.

CREÓN: No te obstines, Antígona. Quizá crees que ha pasado mucho tiempo. Pero no. Mira, ¿no lo ves? El Sol no se ha puesto todavía, está ahí como ayer cuando bajaste. Sólo te ha faltado el Sol un día, sólo has dejado un día de verlo. Un día. Vamos Antígona, arriba, arriba.

ANTÍGONA: No.

CREÓN: ¿Y qué diré a tu hermana que te espera?

ANTÍGONA: Dile, si te acuerdas bien, dile —no cambies mis palabras— que viva por mí, que viva lo que a mí me fue negado: que sea esposa, madre, amor. Que envejezca dulcemente, que muera cuando le llegue la hora. Que me sienta llegar con la violeta inmortal, en cada mes de abril, cuando las dos nacimos.

CREÓN: ¿Y cómo yo voy a poder decirle todo eso? Eso son cosas tuyas.

ANTÍGONA: Y cómo voy a decir cosas no mías y a mi hermana, a lo único que de mí dejó en esa vida. Pero no es necesario que se lo digas. Yo sé que será así.

CREÓN: ¿Y a los que te lloran, qué les diré? Creerán que no he cumplido mi palabra. Pero no, ya lo ven. Creerán que no quieres volver con ellos.

ANTÍGONA: Ay, Creón, en qué cosas te paras ahora. Me dejarán de llorar, y es bueno que me lloren algún tiempo; eso les lavará. A mí me ha cogido muchas veces la lluvia en el campo cuando iba con mi padre y no teníamos dónde guarecernos. Y era buena esa lluvia, era bueno, aunque duro ir al descampado. Gracias al destierro conocimos la tierra.

CREÓN: No te puedo entender. Pero, óyeme, por última vez te lo digo.

ANTÍGONA: No.

CREÓN: Oyeme, niña. Antígona, óyeme. No te vayas así sin mirarme siquiera, como si no estuvieras ya aquí. Escúchame, Antígona. Soy el primero que te invoca.

Dime: ¿Qué es lo que tengo que hacer? Te oiré, te, oh no, iba a decirte: te obedeceré. Y eso no es posible.

ANTÍGONA: A mí no hay que obedecerme. Sigue a quien yo sigo.

CREÓN: El Sol ya se ha ido, Antígona, tengo que irme.

Antígona, tienes tiempo aún, mira, mira el Sol: se está yendo.

ANTÍGONA: Ese Sol no es ya el mío. Síguele tú.

ANTIGONA



PODIA haber cerrado la puerta, sabiendo, como sabe, que yo ni la he de cerrar, ni la he de abrir; esa puerta de mi condena seguirá así, como la han dejado.

Pues que no es la condena, es la ley que la engendra, lo que mi alma rechaza. Pero veo que comienzo a hablar de mi alma.

Y él, claro, él venía a que colaborase con él, y que sea yo su cómplice por huir de la condena, y lo ayude a saltarse la ley sin cambiarla, claro.

Porque ha caído sobre él la desgracia y el oprobio. Y aún espera, sin saberlo, que si yo salgo de aquí todavía viva, su hijo, su hijo, vaya a resucitar. Mas no se resucita así a los muertos.

Venía a ascenderme. Eso. Por esa escala. Y yo no sé qué va a ser de mí, pero bien cierta estoy de que no es ésa la escala de mi ascensión y de que nadie, ninguno de los que están ahí arriba, ni de los que por aquí han venido, ávidos de seguir viviendo, me pueden resucitar, si es que al fin muero, o llevarme hacia la luz, ésa que nunca he visto, pero que siento según me voy volviendo ciega.

Oh Sol: estás todavía aquí como un reproche, como un remordimiento que se arrastra, como una insidia. Ya sé que te veo por última vez, Sol de la Tierra, y que cuando te vayas, mis ojos, éstos de la tierra, dejarán de ver, pues que no se abrieron solos, tú los abriste como una herida. Esa herida de la luz en el rostro de los mortales. Sé que yéndote tú, Sol, se cerrarán estas llagas.

Y yo me quedaré aquí como una lámpara que se enciende en la oscuridad. Tendría que ir todavía más abajo y hundirme hasta el centro mismo de las tinieblas, que muchas han de ser, para encenderme dentro de ellas. Pues que sólo me fío de esa luz que se enciende dentro de lo más oscuro y hace de ello un corazón. Allí donde nunca llegó la luz del Sol que nos alumbraba. Sí; una luz sin ocaso en el centro de la eterna noche.

Aún luces, aún me hieres con tu reverberar; estoy todavía viva: veo, respiro y toco y, como nadie me llama, no sé si podría oír.

Pues que si el del poder hubiera bajado aquí de otro modo, como únicamente debía haberse atrevido a venir, con la Ley Nueva, y aquí mismo hubiese reducido a cenizas la vieja ley, entonces sí, yo habría salido con él, a su lado, llevando la Ley Nueva en alto sobre mi cabeza. Entonces, sí. Pero él ni lo soñó siquiera, ni nadie allá arriba lo sueña.

Con sólo que él lo hubiera soñado, me tendría al lado suyo para vigilar su sueño, para alimentarlo. Porque un sueño así consume y se consume, si no lo cuidan. La vida está iluminada tan sólo por esos sueños como lámparas que alumbran desde adentro, que guían los pasos del hombre, siempre errante sobre la Tierra. Como yo, en exilio todos sin darse cuenta, fundando una ciudad y otra. Ninguna ciudad ha nacido como un árbol. Todas han sido fundadas un día por alguien que viene de lejos. Un rey quizá, un rey-mendigo arrojado de su patria y que ninguna otra patria quiere, como iba mi padre, conducido por mis ojos que miraban y miraban sin descubrir la ciudad del destino, donde estaba nuestro hueco esperándonos. Y yo sabía ya, al entrar en una ciudad, por muy piadosos que fueran sus habitantes, por muy benévola la sonrisa de su rey, sabía yo bien que no nos darían la llave de nuestra casa. Nunca nadie se acercó

diciéndonos, "ésta es la llave de vuestra casa, no tenéis más que entrar". Hubo gentes que nos abrieron su puerta y nos sentaron a su mesa, y nos ofrecieron agasajo, y aún más. Eramos huéspedes, invitados. Ni siquiera fuimos acogidos en ninguna de ellas como lo que éramos, mendigos, náufragos que la tempestad arroja a una playa como un desecho, que es a la vez un tesoro. Nadie quiso saber que íbamos pidiendo. Creían que íbamos pidiendo porque nos daban muchas cosas, nos colmaban de dones, nos cubrían, como para no vernos, con su generosidad. Pero nosotros no pedíamos eso, pedíamos que nos dejaran dar. Porque llevábamos algo que allí, allá, donde fuera, no tenían; algo que no tienen los habitantes de ninguna ciudad, los establecidos; algo que solamente tiene el que ha sido arrancado de raíz, el errante, el que se encuentra un día sin nada bajo el cielo y sin tierra; el que ha sentido el peso del cielo sin tierra que lo sostenga.

En nuestra casa crecemos como las plantas, como los árboles; nuestra niñez está allí, no se ha ido, pero se olvida. En nuestra casa, en nuestro jardín, no necesitamos tenerlo todo presente, todo el día, y nuestra alma toda en vilo, en vilo todo nuestro ser. No; en ella olvidamos, nos olvidamos. La patria, la casa propia es ante todo el lugar donde se puede olvidar. Porque no se pierde lo que se ha depositado en un rincón. Y basta que un día brille la claridad de una cierta manera para que algo que parecía para siempre borrado se presente, como saliendo del mar, purificado y pleno de vida. Y si es un pesar, se encuentra alivio, dejándolo en algún lugar apartado para ir a buscarlo cuando se tenga alma para soportarlo.

Porque los silencios de la casa y el rumor, ese zumbido de abejas que van y vienen, purifica y acompaña. Y ese tiempo inacabable y renaciente, como el Mar.

Así es la Patria, Mar que recoge el río de la muchedumbre. Esa muchedumbre en la que uno va sin mancharse, sin perderse, el Pueblo, andando al mismo paso con los vivos, con los muertos.

Y al salirse de ese mar, de ese río, sólo entre cielo y tierra, hay que recogerse a sí mismo y cargar con el propio peso; hay que juntar toda la vida pasada que se vuelve presente y sostenerla en vilo para que no se arrastre. No hay que arrastrar el

pasado, ni el ahora; el día que acaba de pasar hay que llevarlo hacia arriba, juntarlo con todos los demás, sostenerlo. Hay que subir siempre. Eso es el destierro, una cuesta, aunque sea en el desierto. Esa cuesta que sube siempre y, por ancho que sea el espacio a la vista, es siempre estrecha. Y hay que mirar, claro, a todas partes, atender a todo como un centinela en el último confín de la tierra conocida. Pero hay que tener el corazón en lo alto, hay que izarlo para que no se hunda, para que no se nos vaya. Y para no ir uno, uno mismo haciéndose pedazos.

Tú, Padre mío, no te hiciste pedazos por esos caminos. Te sostuve, te fui sacando de las cuevas donde te metías. Ibas siempre a hundirte en las entrañas de la tierra. Y yo no te dejaba ni siquiera entrar en algunas de esas bocas oscuras que se abren en la tierra como las de una madre ávida. Ibamos andando a la claridad de las estrellas, hacia el alba, hacia el alba siempre. Hacia la aurora, Padre. Y una noche clara y sin estrellas, apareció una, una sola estrella en la bóveda del cielo, en medio. Entonces por primera vez vi un astro, ese Astro que el sol, la luna y las estrellas todas reflejan y encubren, el Astro al que todas las luces remiten, el Astro solo. Y después apareció como naciendo, reluciente y pálida, la Estrella de la Mañana, la mía. Pues que ni el Sol ni la Luna me han guiado apenas; sólo la Estrella. Y ahora está ahí, aquí. La puerta se quedó abierta para que entrara hasta aquí. Ahora esta mi tumba ya está en medio del cielo y de la tierra.

Sin cerrar los ojos, la siento sobre mí y en mí, en medio del cielo y de la tierra señoreando la noche del mundo. Dondequiera que esté, ella es el centro; lo hace sentir y ver, lo establece. Y cerrando los ojos, la veo aún con mayor vida. Un rayo de vida que consume mis vidas todas: la vida que cayó sobre mí, la que surgía cuando me dejaban sola; las vidas que me tendían como una cinta, como un hilo, cada uno de mis hermanos. Pues que yo bien sabía que el uno me quería para que reinase a su lado, aunque se casara, y que el otro, al que yo más amaba, vendría un día a buscarme para irnos lejos a realizar algo hermoso y nunca visto, aunque se hubiera casado ya. Nemón, el novio, estaba siempre ahí, a la espera, ofreciéndome la vida, la vida que corre sin dificultad para todas las muchachas y que para mí estaba más allá, al otro lado de un torrente. Y él, desde la

otra orilla, no podía ni siquiera llamarme, pues que sabía que no me era posible atravesarlo. Y a él, algo le impedía arrojarse a él, y atravesarlo, y llegar donde estaba yo y volver a atravesar el torrente conmigo. Allí, del otro lado, estaba nuestra vida, nuestras bodas. Y yo me quería dar aliento diciéndome: "Antígona, tienes novio, estás prometida; celebrarás un día tus bodas". Pero luego se me desvanecía la imagen. Y la vida prometida se me volvía a aparecer sin nombre y sin figura alguna, como un espacio claro. Como un horizonte y como una tierra diferente sin huellas de humanas plantas. La soñaba y entonces la veía. Desierta la sentía, como una llamada que me hacía ir obstinadamente hacia un punto invisible, por senderos que no llevan a ninguna parte. En sueños tenía siempre, para llegar a esa claridad prometida, que atravesar un dintel, como ése; que subir tres escalones, como éstos. Pero me quedaba quieta como ahora. Otras veces, tenía que atravesar de parte a parte una estancia muy clara, llena de grandes vasos de vidrio muy diáfanos que apenas se veían. Y era obligado el pasar entre ellos sin quebrar ninguno, sin hacerlos temblar. Y así lo hacía. Nunca quebré ningún vaso, ni atravesé el umbral estando la puerta abierta. Siempre fue así, en mi sueño y en la realidad. Cuando pasé la raya para ir a lavar el cadáver de mi hermano, el cántaro tampoco se me rompió. Y a la tierra aquella donde mi hermano estaba, se podía ir, era tierra de ésta, de los hombres. No era la tierra prometida, la que se extiende más allá de lo que alumbra el Sol. La Tierra del Astro único que se nos aparece sólo una vez. Y allí todo será como un solo pensamiento. Uno solo. En esta tierra que está bajo el Sol no es posible. Porque todo lo que desciende del Sol es doble: luz y sombra; día y noche; sueño y vigilia; hermanos que viven uno de la muerte del otro. Hermano y esposo que no pueden juntarse y ser uno solo. Amor dividido. Y no hay un lugar donde el corazón pueda ponerse entero. Y hay que irlo a buscar, porque se pierde. Y se cae también el corazón, y hay que alzarlo sin que descanse. No se le puede dejar al corazón que descanse, ni que se aduerma. No hay que permitir que nos deje, ni que se vaya en la noche por su cuenta. Hay que esconderlo a veces, eso sí. Y dejarlo que ayune para que reciba su secreto alimento.

Y seguirlo cuando la oscuridad lo envuelve, entrarse con él en lo más denso de las sombras, reducirse hasta llegar con él a la secreta cámara donde la luz se enciende.

Ahora sí, ha de ser la hora ya. Ahora que está aquí la estrella.

LOS DESCONOCIDOS



DESCONOCIDO PRIMERO: Antígona, despiértate; aún es tiempo.

DESCONOCIDO SEGUNDO: ¿Adónde quieres llevarla? La puerta ha estado y sigue estando abierta. De no ser así, tú no habrías entrado, pues que no eres de aquellos que se filtran por las paredes.

DESCONOCIDO PRIMERO: ¿Y tú, tú?

DESCONOCIDO SEGUNDO: ¿No me reconoces por qué vengo de este modo? ¿Por qué no me muestran y nadie ha gritado mi nombre? ¿No me has visto alguna vez? Suelo pasar muy de prisa, ando atareado: me mandan, me piden.

DESCONOCIDO PRIMERO: Nunca te encontré por mis caminos. Veo que no eres un simple hombre como los demás, ni tampoco como yo. Pareces una aparición, una figura de esos sueños que luego nos acompañan. No sé quién eres. Mas si eres más que un hombre, has de saber a lo que vengo a este lugar. Todavía estamos a tiempo. Y yo vengo de otro modo, de un modo muy distinto al que han venido todos los que hasta aquí bajaron, todos los que se filtraron, como tú has dicho, por las paredes. Yo no puedo. Pero a cambio de esa imposibilidad puedo bajar a los pozos de la muerte y del gemido y puedo subir; entro en el laberinto y salgo. Y siempre de estos lugares de encierro saco a alguien que gime y me lo llevo conmigo. Y lo pongo arriba

en medio de las gentes, a que cuente su historia en voz alta. Porque los que claman han de ser oídos. Y vistos. Déjamela. Porque veo que ya es tuya.

DESCONOCIDO SEGUNDO: No. No me pertenece a mí tampoco. Fue vuestra y la dejasteis sola. Apenas unos cuantos la siguieron hasta aquí cuando se lamentaba en voz alta, cuando clamaba. Y antes, cuando partió, niña sola guiando a su padre, el más desdichado de los hombres. Los dejasteis partir creyendo que con ello ya seríais dichosos y que la ciudad quedaba libre de culpa.

Entonces, en la desgracia, era vuestra, como vuestro era el padre en la culpa. Sois así. Rechazáis al inocente en su caída y luego os disputáis su tumba.

DESCONOCIDO PRIMERO: Pero yo, yo me acerco y aun bajo a las tumbas de otro modo. Ya te lo he dicho. Pero, escúchame.

DESCONOCIDO SEGUNDO: Te escucho.

DESCONOCIDO PRIMERO: No; no es así como tendrías que escucharme. Tendrías que darme aliento. Tendrías que darme la palabra.

DESCONOCIDO SEGUNDO: No sabes, entonces...

DESCONOCIDO PRIMERO: Poco sé, ahora. Porque he venido aquí en modo diferente a como he bajado a otros lugares como éste. Querría, quería llevármela viva, a ella, no a su sombra. Que conociera la vida antes de morir.

DESCONOCIDO SEGUNDO: No sabes quién es todavía. La amas desde cerca. Tienes que alejarte. Por esta vez te volverás solo. Tienes que esperarla.

DESCONOCIDO PRIMERO: ¿Tengo que irme así? ¿Sin ella, sin acabar de entender tus palabras y sin que me escuches? Tengo tantas palabras aquí en el pecho, agolpándose en mi garganta.

DESCONOCIDO SEGUNDO: ¿Temes por tus palabras? ¿Temes por Antígona? Por tus palabras no temas, pues que las tienes que dar todas; no son tuyas más que para darlas. Y por Antígona no penes ya más. Todo ha pasado ya para ella. ¿No la ves? Ha tocado esa parte de la vida de donde, aunque todavía se respire,

no se puede ya volver. Mas nunca se irá, nunca se os irá del todo.

DESCONOCIDO PRIMERO: Hablas por enigmas. ¿Quieres decir que va a seguir aquí sola, hablando en alta voz, muerta hablando a viva voz para que todos la oigamos? ¿Es que va a tener vida, y voz?

DESCONOCIDO SEGUNDO: Sí; vida y voz tendrá mientras siga la historia.

DESCONOCIDO PRIMERO: Mientras haya hombres.

DESCONOCIDO SEGUNDO: Mientras haya hombres hablará sin descanso, como la ves ahora, en el confín de la vida con la muerte. ¿Has entendido?

DESCONOCIDO PRIMERO: Sí, no; no del todo. Vendré aquí, me acercaré por la noche para recoger su palabra en el silencio.

DESCONOCIDO SEGUNDO: No es eso; no será así. La oirás más claramente de lejos, aunque estés sumergido en otros asuntos. Pues que tú la oirás el primero. Y esas palabras que se aglomeran ahora en tu garganta, saldrán sin que lo notes. Su voz desatará tu lengua. Vete ahora.

DESCONOCIDO PRIMERO: No encuentro nada que decirte. Me voy con tu palabra.

DESCONOCIDO SEGUNDO: Antígona: ven, vamos, vamos.

ANTÍGONA: Ah, sí. ¿Dónde? ¿Adónde? Sí, Amor. Amor tierra prometida.

Marcà Zambrano

INDICE

PROLOGO	25
ANTIGONA	45
LA NOCHE	46
SUEÑO DE LA HERMANA	49
EDIPO	52
ANA, LA NODRIZA	56
LA SOMBRA DE LA MADRE	59
LA HARPIA	62
LOS HERMANOS	66
LLEGA HEMON	73
CREON	75
ANTIGONA	77
LOS DESCONOCIDOS	82

11

no se puede... de la vida...

Disconocido... Habla por enigmas... que va a seguir... vida, y voz?

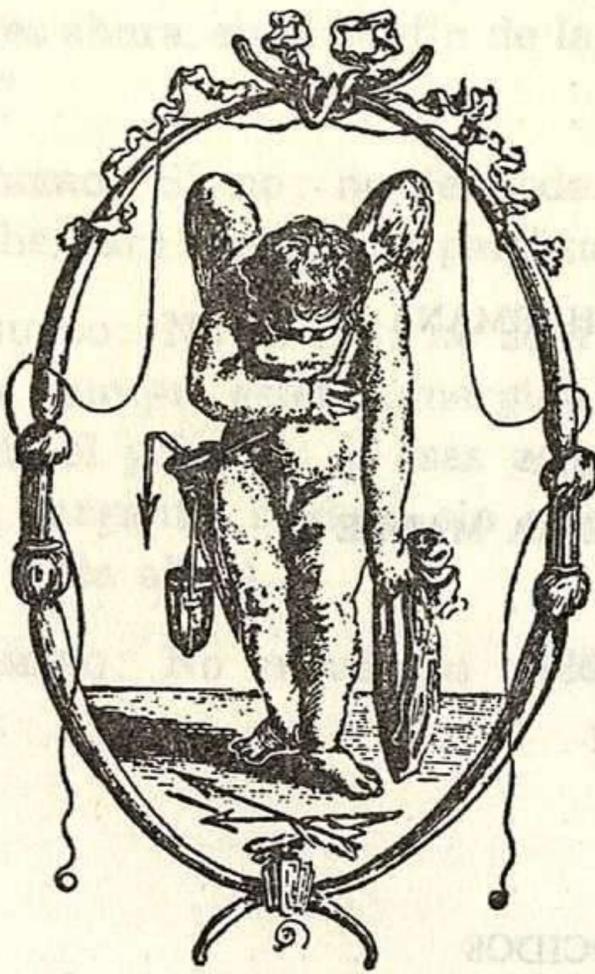
Disconocido... la historia.

Disconocido... INDICE

Disconocido... PROLOGO

Disconocido... LA HABLA

Disconocido... LA LINGÜÍSTICA



[Faint handwritten signature]



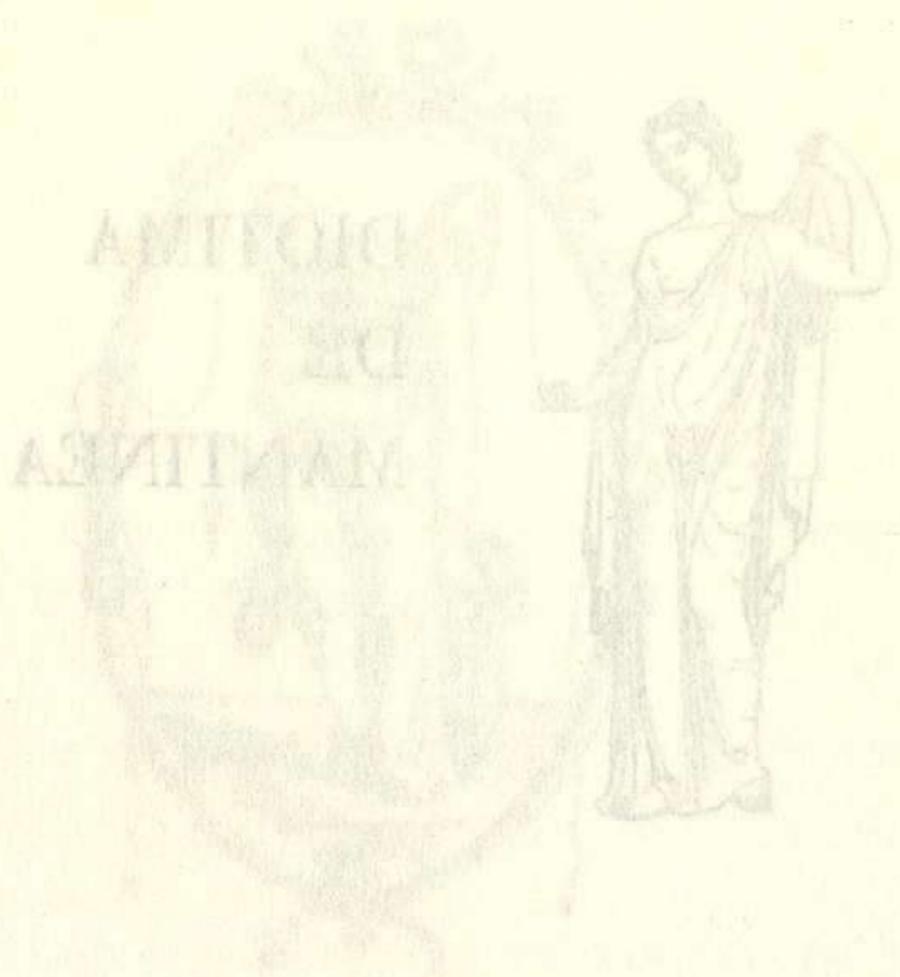
**DIOTIMA
DE
MANTINEA**

EN septiembre de 1979 me dirigí a María Zambrano solicitando su colaboración como colaboradora en el inicio de un proyecto literario. Ella me respondió que no podía colaborar por su edad y que debía esperar un tiempo. El 29 de diciembre de ese año recibí una carta de ella en la que me decía: "En seguida le envío una respuesta a su petición aunque sea un tanto diferente. Su obra es de una gran importancia. Es un tanto largo para la revista que le hace indicaciones acerca de las partes que, por razones de espacio, podrían omitirse. Se lo envío de corazón".

La respuesta que le envié la acogió con mucho gusto y me llenó de orgullo. La obra que me había enviado no sólo me llenó de orgullo, sino que además suponía una participación de indiscutible importancia en una pequeña empresa literaria de provincias. Y así el 30 de enero de 1980 recibí el envío de Diótima con una nota adjunta en la que me confesaba María desde Ginebra: "Por feliz coincidencia, Joaquín Aguilar llegó aquí y ella misma me copió mi casi nueva versión —aunque un poco— que he hecho y no me pizca a una reducción del texto. Está tranquilo que ni una sola palabra he borrado por esa consideración".

Tras la imposibilidad de dar comienzo a la proyectada revista, el texto quedó en mi biblioteca, junto al resto de su obra guardado en la transparencia ineluctable de lo inédito. Hasta hoy que se ofrece aquí con la admiración de aquello que es necesario.

P. V. R.





EN septiembre de 1979 me dirigí a María Zambrano solicitándole un texto como colaboración en el inicio de un proyecto literario que, al poco y por causas ajenas, dejó de ser tal para convertirse sólo en un sueño. El 29 de diciembre de ese año recibía una bella tarjeta de Navidad en la que me decía: “En seguida le enviaré un texto mío que creo responde a su petición aunque no es exactamente Claros del bosque. Es un tanto diferente. Su título: Diótima de Mantinea. Creo sea demasiado largo para la revista. Así que le hace indicaciones acerca de las partes que, únicamente por eso, podrían omitirse. Se lo envío de corazón”.

Lector asiduo de su obra, la acogida que deparó a mi petición no sólo me llenaba de gozo, sino que además suponía una participación de indiscutible importancia en una pequeña empresa literaria de provincias. Y así el 30 de enero de 1980 recibí el envío de Diótima con una nota adjunta en la que me confesaba María desde Ginebra: “Por feliz coincidencia, Joaquina Aguilar llegó aquí y ella misma ha copiado mi casi nueva versión —exagero un poco— que he hecho y no en vistas a una reducción del texto. Esté tranquilo que ni una sola palabra he borrado por esa consideración”.

Tras la imposibilidad de dar comienzo a la proyectada revista, el texto quedó en mi biblioteca, junto al resto de su obra, guardado en la transparente inocencia de lo inédito. Hasta hoy que se ofrece aquí con la admiración de aquello que es necesario.

F. V. R.



En septiembre de 1979 me dirigí a María Zambrano solicitándole un texto como colaboración en el número de un proyecto literario que, al poco y por causas ajenas, dejó de ser tal para convertirse sólo en un escrito. El 29 de diciembre de ese año recibí una bella tarjeta de Noticia en la que me decía: "En seguida le enviaré un texto más que creo responde a su petición aunque no es exactamente Clara del bosque. Es un texto diferente. Su título: Dicción de Manizales. Creo sea demasiado largo para la revista. Así que le hace indicaciones acerca de las partes que, únicamente por eso, podría omitirse. Se lo envío de corazón".

Lector asiduo de su obra, la recibida que depuso a mi petición no sólo me llenaba de gozo, sino que además suponía una participación de indiscutible importancia en una pequeña empresa literaria de provincias. Y así el 30 de enero de 1980 recibí el envío de Dicción con una nota adjunta en la que me conferaba María desde Ginebra: "Por feliz coincidencia, Joaquina Aguilar llegó aquí y ella misma ha copiado mi casi nueva versión —esta vez un poco— que he hecho y no se vistas a una reducción del texto. Está tranquilo que si una sola palabra he borrado por esa consideración".

Tras la imposibilidad de dar comienzo a la proyectada revista, el texto quedó en mi biblioteca, junto al resto de su obra, guardado en la transparente inocencia de lo inédito. Hasta hoy que se ofrece aquí con la admisión de aquello que es necesario.

F. V. R.

INTRODUCCION

por

FIDEL VILLAR RIBOT



A primera noticia de Diótima se la debemos a Platón, o mejor dicho a Sócrates, pues es éste quien, en el séptimo capítulo del diálogo platónico el *Banquete*, confiesa a los comensales “unas palabras que acerca del Amor oí en cierta ocasión de boca de una mujer mantinea”. En realidad Diótima fue una persona inexistente aunque sí un personaje real, en cuanto que real pueda ser la identificación verificable del mito. A pesar de que Sócrates nos refiere que con sus ritos logró retardar la epidemia de peste que se propagó en el año 430 a. C. —cobrándose, entre otras, la vida de Pericles— no parece ser sino un recurso estrictamente literario en orden a lograr en los oyentes —y a su vez Platón en el lector de su diálogo— una verdad convincente. Sea cual fuere el hecho, mítico o real, Platón ha logrado instaurar un personaje al que, cuando menos, la ficción nos conviene a nosotros tanto como a Sócrates.

Esta especie de sacerdotisa del amor es un ser que encarna la idea platónica de la trascendencia amorosa hacia una belleza ideal, capaz, en un proceso dialéctico, de verificar la Esencia del mundo más allá de la mera ordenación del Cosmos.

No se olvide que estamos en un momento filosófico —Diótima es maestra de Sócrates y, por lo tanto, es una epígona del presocratismo— en el que ya empieza a salvarse la cosmogonía órfica en aras de un mayor personalismo humano con base racionalista. Esto es, pasar del mero hecho mítico a la incorporación del logos. En tal sentido, acaso uno de los mejores modelos sea el personaje de Diótima quien transgrede los límites de lo

ingenuamente literario —el mito como narración— para convertirse en una total categorización, en este caso acerca del amor.

Según el testimonio socrático, Diótima parte de un sentido daemónico del Amor al considerarlo entre lo divino y lo mortal. Antes que negativo, el Amor tiene un carácter mediador “por interpretar y conducir hasta los dioses las cosas de los hombres y hasta los hombres las de los dioses, de los hombres las súplicas y los sacrificios, de los dioses los mandatos y el trueque de los sacrificios”. Así, pues, es complemento de la divinidad e intermediario de lo humano en una posición entre ambos que goza del privilegio de los mensajeros.

Tras discernir un curioso origen del Amor, Diótima nos lo retrata desde la perspectiva de su acción sobre el hombre de un sutil modo alegórico: “De natural no es ni mortal ni inmortal; a veces, cuando le salen bien las cosas, en un día florece y vive; y otras veces en un día se muere”.

Es importante reseñar que para esta “extranjera de bellas palabras” el Amor es necesariamente filosófico —en el estricto sentido etimológico— dado que es sabiduría discerniendo acerca de la Belleza. Ahora bien, el amor de que habla Diótima no es sólo un acto o un hecho, sino un estado que el hombre enrarece cuando lo mediatiza con un afán de posesión, ya que “hemos separado una particular especie del amor y le hemos dado por nombre el mismo de amor, nombre que se da también al todo, mientras que para las demás partes del amor echamos mano de otros nombres”. Hay, pues, que evitar esa dicotomía, buscando la moralidad absoluta del Amor hacia lo bueno y recordar sólo, como fin, que “la obra del amor es engendramiento en belleza, engendramiento según cuerpo y engendramiento según alma”.

Pero llegados a este punto se hace obligado notar el carácter más momentáneamente humano que sale a relucir en Diótima puesto que, tras sustentar una teleología de la Belleza como hecho moral, cae en un relativo paganismo panteísta, pareciendo que el engendramiento según el cuerpo es una necesidad imperiosa, insalvable y pasajera en el hombre —tal una oscura pasión de la fisiología—, de características diferentes al engendramiento según el alma. Llega incluso a unos idealismos apriorísticos, que la vida se encarga en confirmar, tales como

decir que “la belleza que en un cuerpo cualquiera reside es hermana de la que en otra se halle”.

En cualquier caso, para Diótima toda Belleza es un camino hacia la divinidad que el hombre debe recorrer en un proceso dialéctico y vital que consiste “en comenzar por las bellezas de acá y, sirviéndose de ellas como de peldaños, ir ascendiendo, con aquella Beldad por meta, desde un cuerpo bello a dos y desde dos a todos, desde todos los cuerpos bellos a todas las bellas hazañas y desde las hazañas a las bellas enseñanzas, para, desde éstas, terminar en aquella otra Enseñanza que no lo es de otra cosa alguna, sino de aquella otra Belleza en donde, por fin, se conoce lo que es en sí mismo Bello”.

Vemos, pues, que Platón logró crear un personaje tan humano como divino con capacidad de pasar a la historia de la cultura por su enorme valor testimonial. Y así nos ha quedado como un ser en el umbral de la leyenda, ungido por una significación simbólica que raramente podrá olvidarse.

Una nueva representación de Diótima es la que presentamos aquí. Si su nacimiento nos llegó por Platón en boca de Sócrates, el que ahora nos acude nos viene de la escritura de María Zambrano. Para la pensadora malagueña Diótima es una filósofa que, bajo la técnica del apócrifo, nos presenta sus fragmentos, tal como nos han legado los textos de los presocráticos. En sus palabras introductorias María Zambrano nos define a esta mujer mantinea como una voz fecundante, salvada de la realidad o del mito porque “estaba más allá, como la inmensa mayoría está más acá, de la línea justa donde están los que pueden comunicarse y decir, actuar y hacerse visibles”. Diótima es el manantial anónimo del amor que empapa la conciencia de un pueblo, un ser memorable, cargado tanto de misterio como de transparencia. Lo que María Zambrano ha escrito es una recreación filosófica no ya sólo sobre el amor, sino también acerca de una manera de entender el mundo en la que sueño y realidad están unidos por el inasible hilo de la poesía. Esta nueva propuesta de opción por la vida está alejada de todo materialismo. La aseveración, en tal sentido, no puede ser más clara: “La materia lo es porque no tiene un corazón suyo, propio. Y la vida se abre allí donde algo comienza a latir desde sí mismo, a res-

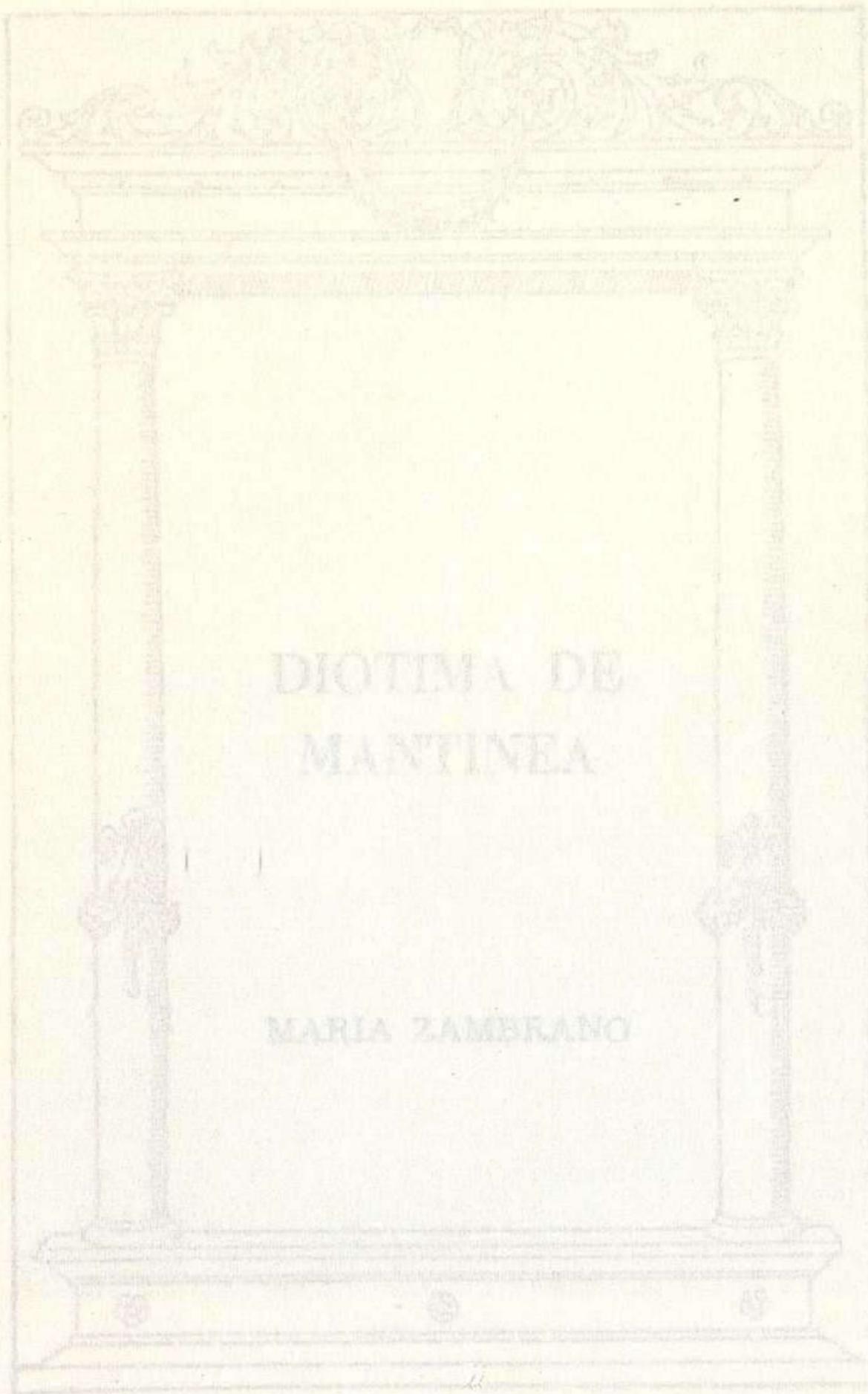
pirar en su propio tiempo, allí donde se dibuja un hueco, una caverna temporal creada por un pequeño corazón, un centro". Y es que nada hay en la materia en sí sino aquello que, por su sentido inmanente de ofrenda, nos libre de la caducidad a la que la muerte siempre ha de citar más o menos intempestivamente. Y esta muerte es también un acto germinal, ya sea la muerte del amor o el acabamiento mismo de la vida. Para representarla Diótima nos propone el mar, en su infinitud, como secreto hallazgo de un final que, a la vez, es origen. Esta creencia forma parte de una perspectiva de la filosofía presocrática, concretamente de Tales de Mileto, quien basaba su cosmogonía en el principio de que "la tierra descansa sobre el agua", concepción que tiene sus orígenes en leyendas cosmogónicas egipcias. Interpretando sucintamente esta filosofía, Diótima nos ofrece una visión del mar —o del agua— como potencia transformadora de la realidad. Incluso llega a ser un símbolo de conocimiento por entero metafísico: "Un día en que me quedé más sola que nunca, hundida en mi oscuridad— mi claridad rechazada— sentí el nacimiento de la música, la música naciente. Es el día en que comencé a morir, oía dentro de mí la vieja canción del agua y vi el fantasma del agua en aquel género de visión que entonces comenzó". Este pensamiento casi mítico es muy importante dado que Diótima nos presenta sus ideas, al igual que Platón, por medio de un conocimiento basado, en primer lugar, en un sentir a priori que ejemplifica las visiones como un mito personal y, en segundo lugar, en una experiencia íntima que, espejada en lo anterior, se convierte en ley e incluso en una teorización de los augurios. El tiempo, por su parte, es otra de las preocupaciones de esta apócrifa pensadora de Mantinea. Partiendo de una condenación racionalista, el tiempo es un infranqueable muro que adivina los límites de la sensibilidad humana: "Llegué entonces a respirar el tiempo; respiraba el tiempo hasta entrarme en el corazón. Insensiblemente, me entraba en su corazón el dentro de la materia. La materia... el polvo lo había sentido siempre como el peso del tiempo; tiempo que se ha quedado detenido para hacerse sensible. Pero en ella, en la más dura materia había sentido el latido oculto del tiempo. El tiempo que descende, se extiende y acalla sin desaparecer nunca de todo lo que vemos. El tiempo solamente amansado en la piedra, dormido en el mármol". Tal concepción del tiem-

po es una suerte de detención en la abstracción de Cronos: no el tiempo originario, sino el tiempo personal, aquel que se hace número o instante y que indefectiblemente ejecuta la liturgia del recuerdo, siendo pues extraño método del destino. Ese raro enigma es el que quiere romper Diótima con su conciencia de sueño como si así superara el obstáculo de la duración a la vez que crea un nuevo estado temporal: "Siempre sentí las cosas lejanas, las que desarrollan en otros tiempos y en otros espacios. Sucesos que ocurren en algún lugar diferente del nuestro, instantes de realidad que aquí se consumen en duraciones como desiertos. Y así he atravesado varios que señalan las verdaderas épocas de mi vida y han ido marcando mi edad".

Con idéntica preocupación, como vemos, aparece la temática del espacio. No hay para Diótima un sentido de libertad en el concepto de espacio aun a pesar de aprehender un contenido metafísico en el sentido de que el espacio es la localización del ser y, si seguimos la afirmación de Demócrito de que "ser, no lo es más Uno que Ninguno", es sensato pensar que la mente humana, unida a la sensibilidad del sentimiento, es capaz de crear lugares que, no por inexistentes en la realidad del mundo, dejan de aparecerse en la realidad individual. A esos lugares de intimidad es a los que recurre Diótima, como celosa guardiana de encuentros, para evocar sus secretos revelados. Además, esos sitios escogidos se hallan cargados de simbologías vitales y poéticas que nos abren el camino de la fantasía precisamente donde comienza una realidad. Y no es cuestión de plantearse la veracidad de esa playa en la que se rememoran encuentros de amor y despedidas. En el fondo, cabría decir con Metrodoro de Kío que "todas las cosas son lo que uno piense de ellas".

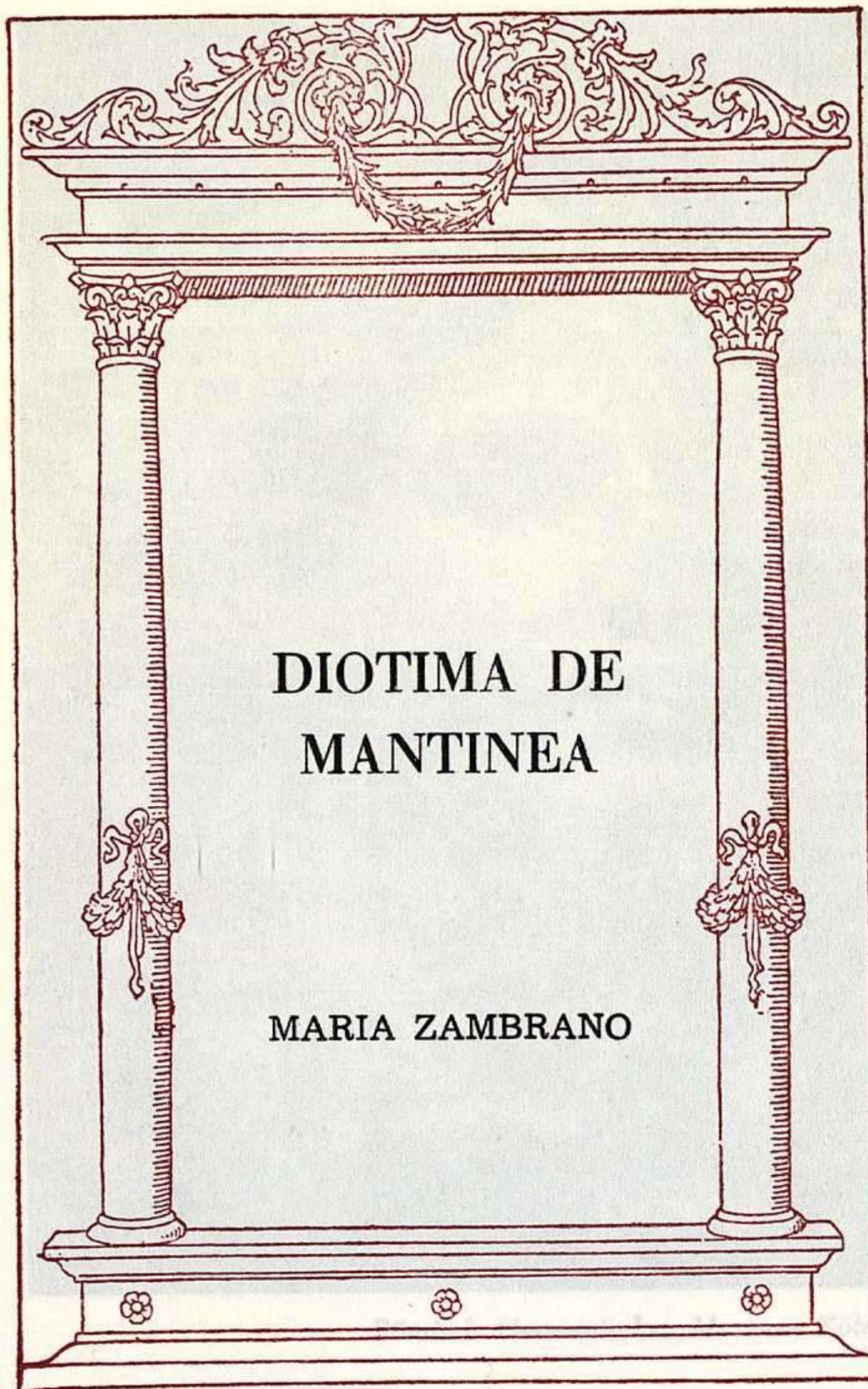
Todo este carácter de relativismo se nos encuadra a la perfección dentro del sistema filosófico presocrático. No en vano el hallazgo de la teoría de Contrarios coadyuva a la conclusión de la ausencia de verdades que sean universales. En cierta manera, ello rompe con la creencia teogónica tradicional hasta entonces y plantea un apunte racionalista que, en su expresión más conceptual, vendría a ser el pitagorismo. Y en algunos pasajes de nuestra apócrifa Diótima aparece tentaciones pitagóricas como la atracción al mundo formal de los números y la

geometría o la armonía de la música, pero no llegan a convertirse en concepciones firmes, ya que mientras Diótima persigue una interiorización del mundo de las ideas y de la realidad, el pitagorismo busca el equilibrio a través de la exteriorización que supone el número como limitación de lo sensible. Esa tal interiorización representa un paso adelante en la interpretación de la realidad, superando la fundamentación física del logos que conllevó la aparición científica del pensamiento presocrático. Siendo así, el proceso de hacer íntimo el mundo supone un estado de sensibilidad que se ve simbolizado en dos signos básicos —luz y oscuridad— que, por otra parte, venían marcando una tradición icónica esencial desde las más antiguas teosofías mitológicas. La luz es recinto donde acude el conocimiento, anverso de la transparencia, mientras que la oscuridad acoge el olvido de los sentimientos y la ausencia del ser. Todo esto, y más, es Diótima de Mantinea según nos la presenta María Zambrano: la renovación de una leyenda necesaria. Aquella misma semidiosa del Amor que, pasando el transcurso del tiempo, llegara en la memoria al Romanticismo y sirviera al poeta alemán Friedrich Hölderlin para denominar a la encarnación inmarcesible de su amor, es ésta que ahora, como siempre, por encima del tiempo histórico y del espacio vital nos llega con los serenos pasos de la meditación donde la palabra es poesía que nos conoce desnudos, recordando permanentemente, con Luis Cernuda, que “No es el amor quien muere, somos nosotros mismos”.



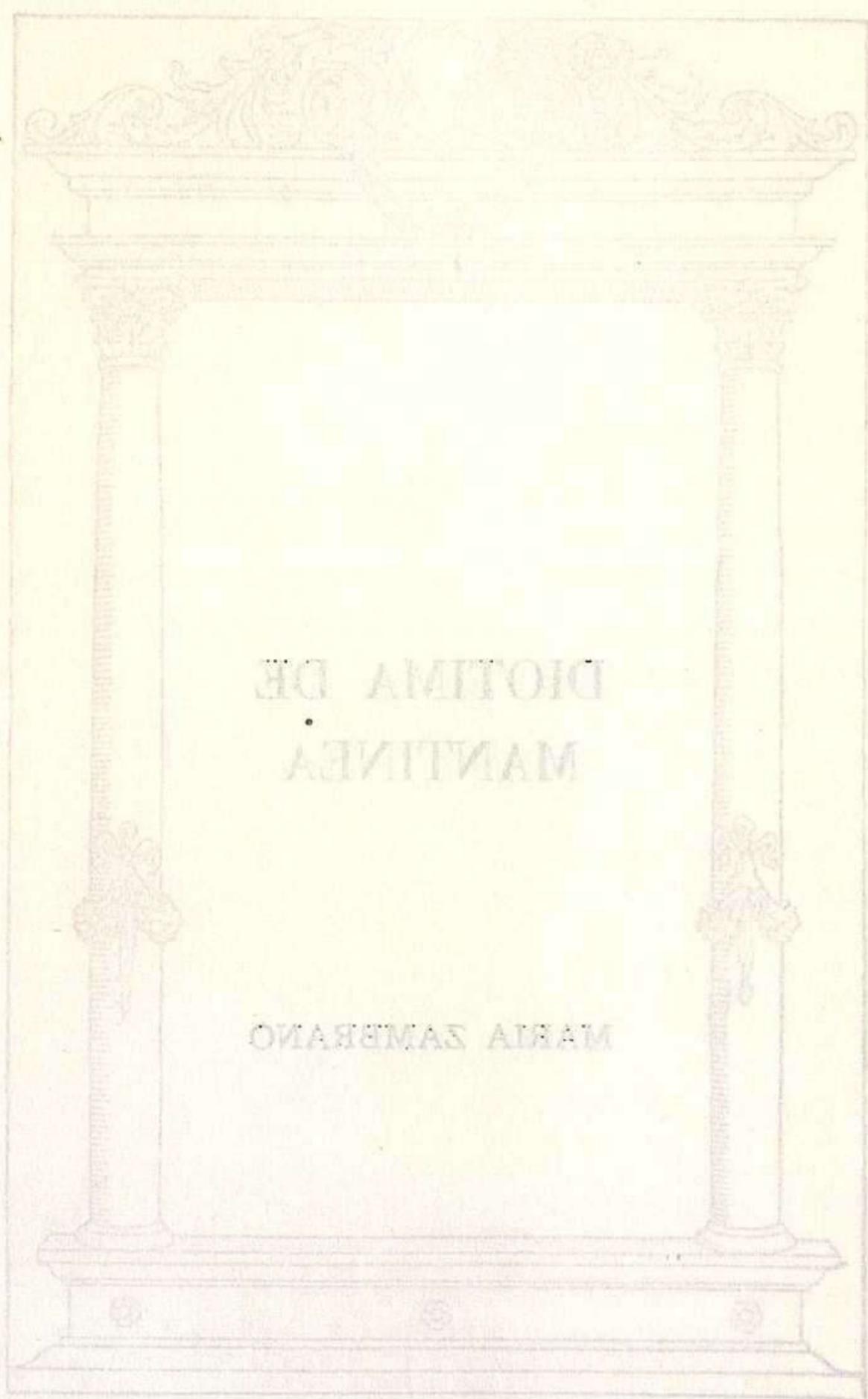
DIOTIMA DE
MANTINEA

MARIA ZAMBRANO



**DIOTIMA DE
MANTINEA**

MARIA ZAMBRANO



DIOTIMA DE
MANTINEA

MARIA ZAMBANO



Römisch Germanisches Museum Köln

Exhib. Ver.



Römisch-Germanisches Museum Köln



OCOS erégidos del "Symposium" han creído en la existencia de Diótima de Mantinea, quizás porque reveló un misterio en la vida; humilde **Para Joaquina Aguilar** nombre, dejándolo a Socrates, que no escribía, retirándose, o no alterarse, sin cambiar de sitio ni de fisonomía. Se la oye decir la memorable revelación con un voz un poco sorda, metálica, infinitamente dulce, con que hablaba siempre. Bajándola un poco, bajándose hacia la tierra, como la mano del que echa la semilla, inclinándose como suya al mismo tiempo sobre la tierra y sobre el corazón del que la escuchaba ocasionalmente. Porque todo era ocasional en su vida. Todo lo que le sucedía, y nada tenía mayor o menor importancia, sobre todo desde que dejó de estar disponible, sin saberlo.

Estaba más allá, como la inmensa mayoría están más acá, de la línea justa donde están los que pueden comunicarse y decir, actuar y hacerse visibles.

La mayor parte de los mortales no alcanzan a entrar, tampoco debes, bajo esa raya de luz que hace visible y fija como para siempre los gestos, las acciones, las palabras. Es una luz un tanto indiscreta y no enteramente justa en apariencia, pues no destaca todo. Funciona de una curiosa manera, ya que, justamente porque no lo destaca todo, puede existir. Si la vida de todos los hombres fuese a quedar fijada para siempre, tendría que ser haciéndose enteramente visible, en todos y en cada uno de sus gestos y, como tal manifestación total no es posible en la tierra, quedan semivisibles. Y cuando se extinguen, se apagan en la sombra. Pues todo en ellos, en los ánimos, es igual-

Para Joaquín Aguirre



DOCOS exégetas del "Symposium" han creído en la existencia de Diótima de Mantinea, quizás porque reveló un misterio en la total humildad, sin apetecer dar su nombre, dejándolo a Sócrates, que no escribía, retirándose, o sin alterarse, sin cambiar de sitio ni de fisonomía. Se la oye decir la memorable revelación con su voz un poco sorda, metálica, infinitamente dulce, con que hablaba siempre. Bajándola un poco, bajándose hacia la tierra, como la mano del que echa la semilla, inclinándose como solía al mismo tiempo sobre la tierra y sobre el corazón del que la escuchaba ocasionalmente. Porque todo era ocasional en su vida. Todo lo que le sucedía, y nada tenía mayor o menor importancia, sobre todo desde que dejó de estar disponible, sin saberlo.

Estaba más allá, como la inmensa mayoría están más acá, de la línea justa donde están los que pueden comunicarse y decir actuar y hacerse visibles.

La mayor parte de los mortales no alcanzan a entrar, tampoco deben, bajo esa raya de luz que hace visible y fija como para siempre los gestos, las acciones, las palabras. Es una luz un tanto indiscreta y no enteramente justa en apariencia, pues no destaca todo. Funciona de una curiosa manera, ya que, justamente porque no lo destaca todo, puede existir. Si la vida de todos los hombres fuese a quedar fijada para siempre, tendría que ser haciéndose enteramente visible, en todos y en cada uno de sus gestos y, como tal manifestación total no es posible en la tierra, quedan semivisibles. Y cuando se extinguen, se apagan en la sombra. Pues todo en ellos, en los anónimos, es igual-

mente importante y no hay razón para que unos gestos o unas palabras sean destacados de los otros. Es cierto que también ellos, los anónimos, tienen sus singularidades —que anidan en el caudal de la tradición, en el saber innominado ese que no se presenta como siendo de un sujeto individual, hazaña de un individuo. Es el pueblo, o es alguien de ese pueblo cuyo nombre autentifica solamente su anonimato.

Pues resulta extraño cómo el nombre unido a ciertas frases, y aun a ciertas acciones, sirve tan sólo como de marca de autenticidad del anonimato, de que alguien como todos los demás lo dijo o lo hizo. Y sólo el conjunto, la totalidad de esos decires o acciones memorables, alcanza esa visibilidad propia del logos; luz, palabra, son dos aspectos tan sólo de una identidad cuya última palabra y luz originaria han sido acción, son aspectos de la eternidad.

Mas en verdad el pueblo, la tradición, no entran en lo memorable, sino que son lo memorable, la memoria permanente, manifestación del logos: palabra, luz: amplia, ancha, generosa y hasta pródiga manifestación. Y los que mueren sin el consuelo de saber que sus gestos y sus palabras quedarían se habrán llevado el resquemor de ello. Vivieron en las cercanías de ese lugar donde las palabras y las acciones quedan intransferibles y no tuvieron lucidez nacida de la aceptación que les hiciera saber, o cuando menos sentir, que sus palabras serían para siempre, vivirían como seres en medio de ese caudal donde todo, absolutamente todo lo que hace el hombre lo es, aunque no quede adscrito a su nombre singular.

Y hay nombres que quedan como figuras, como rostros del anonimato, las modulaciones figuradas que sobresalen de la ondulación de la tierra, al modo de esos rostros gigantescos, misteriosos, que surgen perfectamente modelados de una roca en una montaña; esas ciudades encantadas que surgen de un paisaje o en medio del desierto. Y algunos seres quieren hablar lo que callaron en vida, y otros ansían sedientamente recordar lo que quedó bajo la luz de su memorable revelación, hablar desde su penumbra. Como uno de estos preciosos seres se nos ha presentado Diótima de Mantinea. Sólo unos pocos fragmentos hemos podido intra-oír.

DIOTIMA
(Fragmentos)



ahora, ¿quién deshojará la rosa sobre mí, quién me llorará y, lo que más cuenta, quién alzaré la mano despidiéndome y señalando a mi alma el camino a seguir, deshaciendo ese nudo que une aún a las almas de los recién muertos con el aire de la vida? Así lo hice primero con los míos. Y después, cuando venían a buscar en mi mano el poder de cumplir tales acciones que me fueran haciendo poco a poco sentir y saber que el amor ha de hacerse ley, que las leyes verdaderas son momentos del amor. Y ahora, extranjera, a solas con mi Dios que se me ha vuelto desconocido, a nadie veo a mi alrededor que me asegure ser ayudada al momento de arrancarme de esta tierra de la que más que hija he sido, por lo visto, huésped. Un huésped que se ha detenido demasiado. No me había dado cuenta de que nadie ya me retenía, de que se habían acabado desde hacía tiempo las sonrisas del anfitrión, de que el anfitrión había desaparecido y de que yo misma no acudía ya a la mesa a falta de alguien con quien compartir mi comida.

Me habían llevado a creer que necesitaban oírme, que les fuera trasvasando ese saber que, como agua, se escapa imperceptible de toda mi persona, según decían; no es una mujer, es una fuente. Y yo...

Y ahora recuerdo, la memoria se me va convirtiendo en ley, que yo misma me fui volviendo cada vez más hacia la fuente original de donde mi saber provenía, de donde lo había recibido cayendo gota a gota. Quizás durante tiempos y tiempos estuve casi seca. Y alguien colocó piadosamente una piedra blanca de esas que yo amaba desde siempre, para que la herida en la tierra que es todo manantial que ya no mana, no fuese visible. Y aquel día fui muerta y sepultada, mientras yo, sin apercibirme, atendía inmóvil al rumor lejano de la fuente invisible. Recogida en mí misma, todo mi ser se hizo un caracol marino; un oído; tan sólo oía. Y quizás creía estar hablando, cuando las palabras sonaban tan sólo para mí, ni fuera ni dentro; cuando no eran ya dichas, ni escuchadas, tal como yo había soñado deberían de ser las palabras de la verdad.

Me fui volviendo oído y al volverme para mirar, nadie me escuchaba. Sin recinto sonoro me adentré en el silencio, soy su prisionera, y aunque hubiese aprendido a escribir no podría hacerlo; criatura del sonido y de la voz, de la palabra que llega en un instante y se va a visitar quizás otros nidos de silencio. Había dado por sabido que el escribir es cosa de unos pocos hombres, a no ser que haya una escritura de oído a oído. El hablar en cambio me era natural y, como todas las cosas que se hacen según la naturaleza, tenía sus eclipses, sus interrupciones. La palabra misma es discontinua, pero sólo se hace sensible cuando hay que formarla y entonces ya no es una cosa de la naturaleza, sino eso que unos pocos hombres se esfuerzan en hacer y que llaman pensar.

Pero yo nunca he pensado, hay que decidirse a ello. Y ahora me doy cuenta de que todos mis movimientos han sido naturales, atraídos invisiblemente como las mareas que tanto conozco, por un sol invisible, por una luna apenas señalada, blanca, la luna que nace blanca sobre un cielo zulado continuación del mar; la luna navegante y sola, reina destituida, reina más que Diosa de un mundo que fue y se perdió. Reina convertida en Diosa de los muertos, de los condenados al silencio y de los fríos. Socorredora de los sin patria.



MADRE de las almas... Se hundían en mí cuando se quedaban sin cuerpo. Y padecía yo sus dolores indecibles, aquellos que no habían tenido nombre. Todo su no-ser y lo que habían dejado de sentir y lo que habían dejado vagar fuera de sí mismas. Pues no todas las almas han sostenido la carga del destino que sobre ellas pesaba, ni recogido los dolores de las entrañas que estaban a su cuidado; ni han sido el guía invisible que ligero atrae el pensamiento y da

dictamen en los secretos pasos de la vida. Al separarse de sus cuerpos, caen como un ciego que se hubiese vuelto así de repente, sin la ayuda de nuevos sentidos. Y les duele el cuerpo que dejaron y esa su historia con la que no saben qué hacer, llena de interrupciones y paréntesis, como tela hecha al descuido. Y aquel dolor que no apuraron, y el amor posible y apenas entrevisto en un instante de infinita flaqueza: vagan y revolotean como pájaros. Sin sede aún en el país de los muertos, débiles para atravesar su dintel, desvalidas como en el momento de nacer, venían a mí. Y no me daba cuenta al principio, y hube de soportar los reproches de mi extraño dolor no semejante al de nadie cuando alguien cerca de mí o unido a mí por algún lazo moría.

Extraño, irreductible dolor que no se aplacaba ni hallaba consuelo. Y mientras entonaban la salmodia ritual en que se enumeraban las virtudes que ¡ay! no siempre eran el relato fiel de la verdad, la pobre ánima palpitaba a ciegas, sin reconocerse. Y todo lo más siente el ambiguo consuelo del animal a quien se acaricia un instante antes de ser devuelto a su rincón a sufrir a solas su dolor de bestia extraña a todo. Esos consuelos que el vivo regala para quedarse libre de este lado de la vida, defendiéndose de acercarse al umbral de la muerte, de acompañar al alma desencarnada por algunos instantes siquiera y prestarle un hueco, esa cueva maternal que la misma tierra procura. Pues ante la muerte los vivos se cierran y oponen la resistencia de su tiempo impenetrable, se hacen hostiles y enemigos. Así la muerte penetrará en ellos un día también desde afuera, y no como el mar que inunda y lleva lejos.

Los he llevado, sí, a mis muertos sobre mí, sintiendo su peso, esa torpeza de su nuevo estado; los he retenido mientras no podían marcharse. Y conocí las penas ajenas a mi condición, tan ajenas que a veces yo no podía saber a qué error, a qué debilidad eran debidas, o a qué verdad. Me hundía en mí misma, haciéndome oscura, me llenaba de muerte y los vivos huían de mi lado. Y luego me levantaba y sentía mi alma anónima que sostenía a aquellas almas a medio despertar que ardían ya, con esa luz que sale del alma que comienza a arder en su propio fuego, que comienza a reducirse a su vida indestructible.



TUVE un sueño, no sé si lo fue, creo que sí: una sierpe avanzaba hacia mí: no era mala ni traía quizás ninguna gota de veneno. Pero era una serpiente aunque era casi blanca, blanda y muy sufrida y quería vivir conmigo y yo temí que ya nadie vendría a visitarme. Un hombre la partió de un tajo en dos y yo entonces vi su alma, pequeña, débil, blanquecina, que temblaba como alguien que se ha quedado desnudo de repente y estaba triste; nadie se iba a acercarse a recogerla. Me encontré diciéndole: "alma de la serpiente, estás triste sin tu cuerpo, ven conmigo que yo te llevaré en mi alma", al mismo tiempo que se me apareció una especie de disco blanco sosteniendo muchas almas, que mi alma llevaba a la altura de mi corazón. Y casi me arrepentí de aquellas palabras, de aquel ofrecimiento porque me asaltó el doble temor de no poder con ella también, aunque era débil y pequeña y de que su veneno se me transfiriese y de que fuera yo mala por momentos. Pero la piedad fue más fuerte que el temor de volverme mala y, ya sin palabras, me incliné y ella subió al lado de las otras almas. Despierta, me acordaba de vez en cuando y acechaba mis movimientos, mis pensamientos; no noté nada ajeno.

Por entonces comencé a ver de vez en cuando, en ocasiones dormida y en ocasiones despierta, de un modo diferente. Veía un árbol, es con lo que primero me ocurrió; un árbol que veía constantemente entre las columnas del templo: un pino del mar, alto, con una copa dividida y como derramándose, erguido y sólo entre un grupo de cipreses que lo rodeaba y que no le quitaban el ser protagonista de aquel simbólico bosque. Y lo vi sin mirarlo, en un medio diverso del aire, más transparente y fluido; era el medio propio de la visión, el medio de visibilidad donde las cosas no se nos aparecen nunca. Y la diferencia era tal como si hasta entonces lo hubiese visto sólo de bulto. No era más real por eso, era simplemente verdadero. Era el árbol solo y único, era de verdad y estaba aquí; esto es lo más difícil de poner en palabras. De haber yo podido pensar lo hubiera pensado, pero me tuve que conformar con ver así de vez en cuando. Otra noche vi dormida, pero no en sueños, en ese espacio donde

las cosas son enteramente lo que son, en una claridad sin resto alguno de opacidad, la luna blanca, pura, ensimismada; su luz no irradiaba ni tenía fosforescencia, ni resplandecía ni brillaba, era la luna y su luz quieta. Mas tampoco ésto lo sé poner en palabras porque nunca he podido pensar. Reposo y movimiento en relación con aquello son cosas relativas, estados. Y aunque en el movimiento haya acción o por lo menos actividad y pasividades, sufren las cosas su reposo y su movimiento y por ello no son del todo visibles. Pues, ¿cómo ha de ser visto perfectamente lo que está padeciendo sujeto a alteración, disminuido en el reposo, excediéndose en el movimiento? Mientras que en ese medio de visibilidad ni se mueven ni están quietas, no sufren estado alguno, son. Respiran en la luz, en una luz que no vibra ni por ello está muerta.

Aquella luna blanca dejaba caer su claridad. Y una esfera blanca no sé de qué materia, porque materia no la había, correspondía con ella. Después, al despertarme, miré al cielo y frente a mí la luna estaba en igual posición, igualmente blanca. La había visto. Solamente había inventado yo la esfera blanca. Mas no, no; nada había yo inventado. La esfera blanca era sin duda la del pensamiento, y la del mismo ser en unidad permanente, que sólo se deja ver cuando... pero no, no sé de ello, apenas una nada.

Después vi una escena humana que había sucedido hacía mucho tiempo y que se había perpetuado por un relato en verso. Comprendí que el poeta la había visto así; era un modo de ver distinto, pues se trataba de un suceso histórico que es otra clase de movimiento. Esto lo vi como si estuviera bajo el agua. Y en el agua había zonas de diferente luz y densidad y así la imagen real daba origen a varias imágenes fragmentarias que se desvanecían. Algunas se repetían siempre; otras eran cosa de un instante, ¡cuántos ritmos extraños!

Siempre sentí las cosas lejanas, las que se desarrollan en otros tiempos y en otros espacios. Sucesos que ocurren en algún lugar diferente del nuestro, instantes de realidad que aquí se consumen en duraciones como desiertos. Y así he atravesado varios que señalan las verdaderas épocas de mi vida y han ido marcando mi edad.

Uno de esos desiertos fue el de los sueños. Una noche se me apareció la estrella que tantas veces había visto reinando en el cielo, sola, antes de la salida del Sol. El amor que pone fin a la noche y que alumbra sus primeros pasos. Me sabía ligada a ella. Y la vi en la lucidez de ciertos sueños, bajo la sombra de los anillos de Cronos, oscurecida por ellos. Así mi vida, amor atravesado por el tiempo, partido por el tiempo. Era mi horóscopo que yo nunca quise que me establecieran. Y comencé a comprender: no era un suceso únicamente mío.

El tiempo cubre a las cosas de la tierra y de ellas, sólo el amor lo sobrepasa. El amor atravesado por el tiempo lo atraviesa. La estrella solitaria que abre el día y alumbra el nacimiento de la noche es un umbral y una ley. La sombra de los anillos de Cronos la divide, la hiere. Porque no es sólo sombra, es herida; el tiempo penetra el amor y así el amor engendra siempre.

Durante un tiempo estuve encerrada. Fue mi época de estatua. Alguien me llamó Afrodita Hermética; mi belleza, según él, no era visible para todos; sólo se abría en ciertos momentos. Y un día que me encontraron desnuda, adormilada al borde de la espuma, me confundieron con ella misma; extraña cosa; pero yo me envolví en mi manto violeta y al recogerme los cabellos empapados del agua espesa y amarga, estaban grises.



DEPENDIA yo de mi alma? No; veo ahora que no. Bien pronto me fue arrebatada y llevada lejos. Ahora que me asiste, casi visible, lo sé.



ahora me veo así, tal como era: una presencia casi pura para todo el que venía a buscarme. No entendía después el no ser yo, yo misma, la buscada. Pero sin entender apenas cosa alguna, seguía brotando de mí una presencia inagotable y cada vez más pura. Era algo que de mí se desprendía, mientras yo quedaba detrás y encerrada en mi oscuridad de herida; tal el manantial en quien todos beben y se refrescan y se vuelven puros y blandos. Y nadie entra en la hondura de donde mana la linfa oculta del manantial. Y así también ocurre a lo que ha de haber detrás de una voz que se oye a lo lejos. Había sido por lo visto así siempre desde muy muchacha.

La muchacha que llora enterrada viva. Antígona viva en su sepulcro impenetrable. Y su llanto es agua; llanto de una herida que nadie descubre, sobre la que nadie se inclina sino a beber; la vida misma en su presencia primera; el agua.

Un sabio, oí decir, había hablado de que todas las cosas son agua. No se me figura que sea así. Yo no entiendo de eso; ni sé lo que son las cosas ni si las hay. En todas las cosas hay agua, eso sí. Y a unas las hieren para que brote y se vuelven madres de vida. Otras se deshacen por el fuego en agua.

Pues la vida fue mar y luego fue raptada; la vida fue robada y hecha prisionera primero. Y hay quien la restituye y hay quien no. Y siempre brota de una herida. Es el amor. Hay una vida, amor aprisionado en todo, pero hay quien lo retiene: teme, si vive, morir.

Y un día en que me quedé más sola que nunca, hundida en mi oscuridad —mi claridad rechazada— sentí el nacimiento de la música, la música naciente. Es el día en que comencé a morir, oía dentro de mí la vieja canción del agua y vi el fantasma del agua en aquel género de visión que entonces comenzó. Comencé a cantar entre dientes por obedecer en la oscuridad absoluta que no había hasta entonces conocido, la vieja canción del agua todavía no nacida, confundida con el gemido de la que nace; el gemido de la madre que da a luz una y otra vez para

acabar de nacer ella misma, entremezclado con el vagido de lo que nace, la vida parturiente. Me sentí acunada por este lloro que era también canto tan de lejos y en mí, porque nunca nada era mío del todo. ¿No tendría yo dueño tampoco?

La música no tiene dueño. Pues los que van a ella no la poseen nunca. Han sido por ella primero poseídos, después iniciados. Yo no sabía que una persona pudiera ser así, al modo de la música, que posee porque penetra mientras se desprende de su fuente, también en una herida. Se abre la música sólo en algunos lugares inesperadamente, cuando errante el alma sola, se siente desfallecer sin dueño. En esta soledad nadie aparece, nadie aparecía cuando me asenté en mi soledad última; el amado sin nombre siquiera. Alguien me había enamorado allá en la noche, en una noche sola, en una única noche hasta el alba. Nunca más apareció. Ya nadie más pudo encontrarme.

Y me quedé al borde del alba. El, el amado sin nombre, me condujo hasta ella, hasta el borde mismo del alba. Y allí quedé temblando de frío. Un olor de violetas me envolvía; me acompañaba siempre y era huella impalpable de su paso. Se desvanecía por mucho tiempo, pero volvía y hasta alguien lo percibió una vez y vino hacia mí, se me acercó cuando ya nadie me venía a buscar. Era como si me hubiese reconocido. Pero él era para mí perfectamente opaco. Ya no importaba tampoco esto. Era un hombre color de tierra y me dio confianza. Había hecho una guerra y quería lavarse ahí en la fuente. Lo dejé solo mucho tiempo y después hablamos hasta el amanecer. No recuerdo lo que le dije. Y me dejó inquieta y bebía este hombre tan ávido, sediento en todos sus poros; bebía mis palabras, y parecía llevárselas consigo, pues tampoco él sabía escribir.

Ya no hablé más, creo. Después llegó aquel niño que un día se fue cuando dejaba de ser rubio. Y después ya solo la cabra inocente como una constelación no descubierta, amiga.

Asistida por mi alma antigua, por mi alma primera al fin recobrada, y por tanto tiempo perdida. Ella, la perdidiza, al fin volvió por mí. Y entonces comprendí que ella había sido la enamorada. Y yo había pasado por la vida tan solo de paso, lejana de mí misma. Y de ella venían las palabras sin dueño que todos bebían sin dejarme apenas nada a cambio. Yo era la

voz de esa mi antigua alma. Y ella, a medida que consumaba su amor, allá, donde yo no podía verla, me iba iniciando a través del dolor del abandono. Por eso nadie podía amarme mientras yo iba sabiendo del amor. Y yo misma tampoco amaba. Sólo una noche hasta el alba. Y allí quedé esperando. Me despertaba con la aurora, si es que había dormido. Y creía que ya había llegado, yo, ella, él... Salía el Sol y el día caía como una condena sobre mí. No, no todavía.

Llegué entonces a respirar en el tiempo; respiraba el tiempo hasta entrarme en su corazón. Insensiblemente, me entraba en su corazón el dentro de la materia. La materia... el polvo lo había sentido siempre como el poso del tiempo; tiempo que se ha quedado detenido para hacerse sensible. Pero en ella, en la más dura materia había sentido el latido oculto del tiempo. El tiempo que descende, se extiende y acalla sin desaparecer nunca de todo lo que vemos. El tiempo solamente amansado en la piedra, dormido en el mármol. Todo respira.

No hay cuerpo, no hay materia alguna enteramente desprendida del tiempo. Y todo cuanto se destruye va a dar a su corazón.

Porque sólo la materia lo es porque no tiene un corazón suyo, propio. Y la vida se abre allí donde algo comienza a latir desde sí mismo, a respirar en su propio tiempo, allí donde se dibuja un hueco, una caverna temporal creada por un pequeño corazón, un centro. Pero hay pulso en todo; la noche lo descubre.



ME llamaban la pálida; no me sentía apenas el cuerpo y mis ojos grises, verdes, azules, debían de parecer de ciega, sobre todo cuando me quedaba mirándome las manos que siempre me fueron un misterio.

Nunca pude sujetarme bien el pelo oscuro que me pesaba tanto. Era tan rara que pasaba como invisible.



ESCOGI la oscuridad como parte. Quise hacer como la tiniebla que da a luz la claridad que la hace sucumbir, desvanecerse.

Una constante ausencia, el hueco de alguien, ha llenado mi vida más que ningún otro suceso. La ausencia era como plana cuando yo era joven y se ensanchaba en las interminables tardes en que prefería hundirme en algún rincón solitario negándome a ver y a ser vista de nadie. Así me fui apartando de las muchachas de mi edad, hasta que ya nadie se acordaba de mí para las fiestas. Mi juventud sin empleo se fue hacia adentro, como un río absorbido por la arena. De repente ya no tuve edad. Y no era ya nadie.

Entonces comencé a contar inacabablemente y a trazar líneas con la esperanza de que por sí mismas se encontraran y formasen una figura. Me fijaba en las distancias, en las posiciones de algunos astros que conocía mientras pasaba por los cambios de tiempo y lugar sin querer advertirlos. Y algo de rencor hacia el tiempo comencé a sentir porque llegaba antes que yo, y no me permitía fijar aquellas distancias, realizar aquellos cálculos que comenzaban a iniciarse en mi mente con tanta lentitud. Me había quedado fuera del tiempo en un lugar intermedio. Toda figura geométrica me atraía, y todo número, como si fuesen pequeños trozos visibles de una patria donde fuera yo a entrar. La ausencia esa tan constante se me confundía con una blancura donde en un aire más sutil la justeza de los números se revelaba por sí misma. Y no me conmovía nada de la tierra ni de mí misma que no pudiera relacionar con ese mapa de los astros y de los números. Esperaba que las matemáticas se hicie-

ran vida: la vida en que se descifra esa confusión que tan inaceptable me resulta, ese esbozo que me encontraba siendo yo misma. Y la opacidad.

Me entré al fin dentro de algo: caverna, nido, corazón. En sueños sin imágenes, en vigilia sin conciencia. Primero era el silencio y un vacío mayor que el horizonte. Desaparecían las imágenes en aquella inmovilidad, como si el que haya imagen dependa de un cierto género de movimiento y de un tiempo semiinfernal. Con sólo un paso más de este caer del tiempo, las presencias quedarían sin su imagen en el puro sufrimiento. Este infierno de lo que sufre sin rostro ni figura lo conozco; está bajo la quietud y también ante el umbral del nacimiento.

Y el silencio se ahondaba aún más y se abría en sus adentros. Comienzan así a sentirse las puras vibraciones del corazón de los astros, de las plantas y de las bestias y del corazón sagrado de la materia que sólo es inerte porque se presta a ser domada hasta el no-ser para servir. Y también el tiempo primero que cae y desciende rescatado de cada cosa. El mar sin límite de las vibraciones de la vida y su corazón primero. Un cáliz donde toda vibración se transforma y la materia es redimida de su servidumbre, donde el tiempo es consumido y se hace instante, como si ese Dios desconocido de que me han hablado llamara hacia sí irresistiblemente, abismo donde toda vibración, todo latido, entra para pasar a ser vida. Cáliz y abismo donde el instante deja de ser grano de arena; es germen, fuego, luz. Suceso que no pasa.



MIRABA el mar tardes enteras hasta que me di cuenta, por haberlo entrevisto confusamente, que alguien aguardaba y llamaba calladamente. Alguien que habría de venir, un hombre quizás, desde los abismos de las aguas.

Siempre me entendí bien con los pescadores y con los que habían surcado el mar tantas veces que era ya su patria, y hasta se les había olvidado apoyar los pies sobre la tierra. Alguien habría de venir sobre las aguas, y cuando la claridad de la primera alba se fundía con el mar dejando oscura la tierra, salía de mis sueños violentamente creyendo que podía venir en ese silencio en que la tierra se retira, se borra. Antes de la luz de la aurora. Antes de la aurora me despertaba. Con el rosa de la aurora resucita la tierra, el mundo de la sangre, del fuego, de la sequedad del deseo y de las cosas opacas. Aparecía ya la sangre en esa luz ni siquiera blanca, unas gotas de sangre celeste diluidas en la aurora y comenzaba el día y la historia, el hombre de la tierra hijo de esa herida celeste. Mientras que el que me despertaba llegaría caído de la luz, nacido de la luz en las profundidades de las aguas. Tan sólo un instante haría vibrar el aire. Un pájaro, extendidas las alas inmensas, por un instante se detuvo suspendido, un ave desconocida y que volví a ver. Pero yo salía de mi sueño por el rumor de sus alas, antes del día y de su luz.



al fin lo vi venir desde el horizonte, caminando sobre las aguas, sobre el mar encrespado que se amansaba en círculos alrededor. Mis rodillas se hundían en la arena hincadas como raíces mientras mis brazos desfallecían. Iba a su encuentro sin poder desprenderme. En ese instante me supe encadenada. No puedo decir que se marchara ni que se desvaneciera ni que se hundió. Estaba en otro tiempo y aquel círculo en el mar pareció la impronta de un futuro innaccesible que nunca sería para mí presente tal como en algunos sueños aparece la claridad única, negada y ofrecida. Y a la par, me levantaba esa aurora que en sueños sólo me visita.

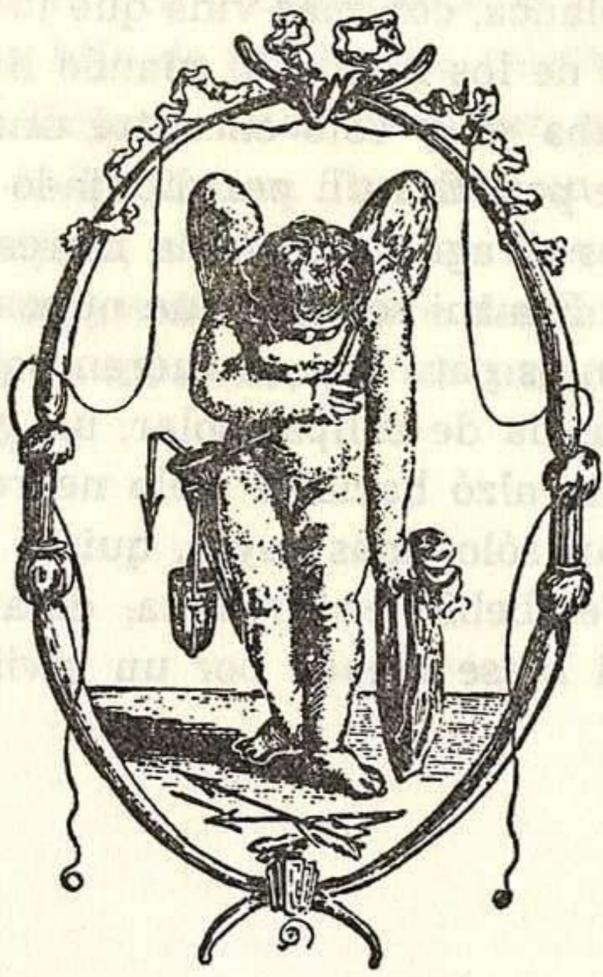
Y de este modo yo viví más allá, en el fondo secreto y más allá de la puerta donde acaban todas las galerías por donde descendo con mi lámpara que, cuando me vengo a dar cuenta, la he perdido y me he perdido yo, y una claridad que hiere sale sin que yo sepa su punto visible de nacimiento. Luz de un amanecer que sólo cuando he perdido toda la luz aparece. Y hay rocas de cristal en la noche, montañas, ríos escondidos y aire espeso como de cámara nupcial, cuando un niño nace esperado y desconocido dentro y más allá de ella. Allí, no, no sé dónde.

Un día, una tarde, tras de muchos días sin sol, lo sentí más que vi en la playa. Como una herida ancha, reluciente al sol en medio de su agua blanca, con más vida que la del mar. Un agua que salía del fondo de los mares. Y cuando llegué a donde creí que estaría no estaba ya y sólo encontré una huella, una impronta en forma de pez. Era un pez dibujado que se quedó allí mucho tiempo, pues el agua que en la marea lo cubría, lo dejaba con más vida. Era mi secreto, que nunca a nadie revelé y distraía a los visitantes para que no fueran por aquella parte de la orilla. Luego, un día de eclipse solar, un viento fuerte arremolinó la arena y la alzó hacia el cielo negro. Y donde estaba el pez quedaron tan sólo unas rayas, quizás una palabra, que luego también se embebió en el agua, dejando una oquedad cambiante, como si fuese creada por un invisible animal.



así me he ido quedando a la orilla. Abandonada de la palabra, llorando interminablemente como si del mar subiera el llanto, sin más signo de vida que el latir del corazón y el palpitar del tiempo en mis sienes, en la indestructible noche de la vida. Noche yo misma.

Y de este modo yo voy más allá en el tiempo, y más allá en el espacio, y más allá en el mundo, y más allá en el universo, y más allá en el infinito. Y de este modo yo voy más allá en el tiempo, y más allá en el espacio, y más allá en el mundo, y más allá en el universo, y más allá en el infinito.

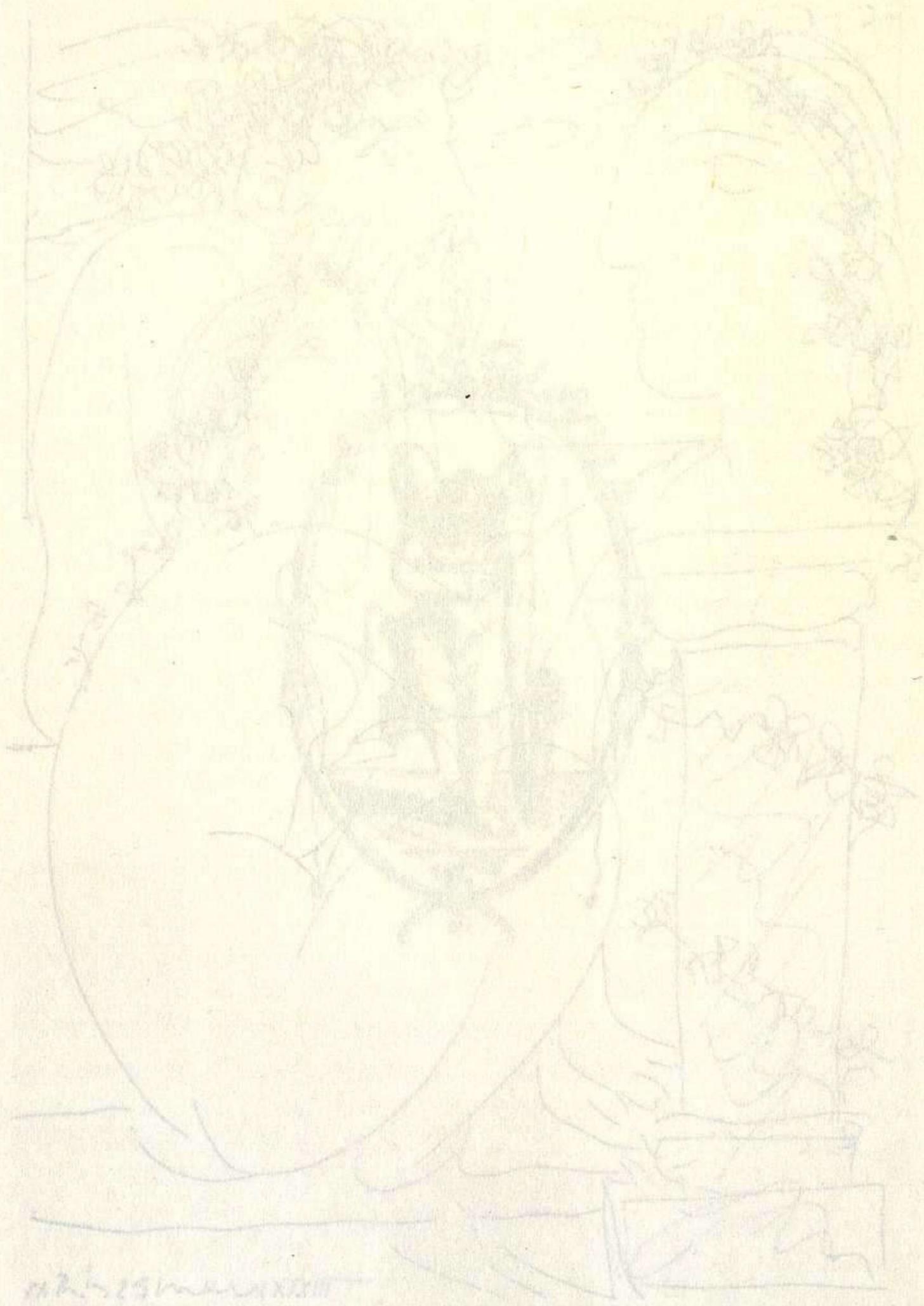


Y de este modo yo voy más allá en el tiempo, y más allá en el espacio, y más allá en el mundo, y más allá en el universo, y más allá en el infinito. Y de este modo yo voy más allá en el tiempo, y más allá en el espacio, y más allá en el mundo, y más allá en el universo, y más allá en el infinito.

INDICE



ANTONIO COLINAS - CESAR ANTONIO MOLINA - JACINTO LUIS
GUBRENA - MARIA NAVARRO - SALVADOR LÓPEZ BÉCERRA - LO-
RENZO SAVAI - JOSÉ MARIA ARMADO



INDICE

COLOFON

TOMO I

María Zambrano por José María Prieto	5
Introducción por Carmen Saval Prados	7
La Antígona de María Zambrano por Julia Castillo	9
LA TUMBA DE ANTIGONA	17
Prólogo	25
Índice	85
DIOTIMA DE MANTINEA	87
Nota a la edición por F.V.R.	89
Introducción por Fidel Villar Ribot	91
Dibujo de Pablo Picasso	121

TOMO II

MARIA ZAMBRANO

PAPELES PARA UNA POETICA DEL SER

COLABORAN :

ANTONI MARI - JESUS MORENO - JOSE ANTONIO ANTON - HECTOR
CIOCCHINI - AMPARO AMOROS - JOSE ANGEL VALENTE - SERAFIN
SENOSIAIN - ANTONIO DOBLAS BRAVO - JOSE ROJO - JORGE GUILLEN
JOSE LUIS L. ARANGUREN - ANA BASUALDO - ENRIQUE AZCOAGA
ANA MARTINEZ ARANCON - AURELIO TORRENTE LARROSA - JUAN
FERNANDO ORTEGA MUÑOZ - JOSE LUIS JOVER - FANNY RUBIO
ANTONIO L. BOUZA - SALVADOR VALDES - JOSE SALINERO PORTERO
CINTIO VITIER - ANTONIO JIMENEZ MILLAN - CONCHA MENDEZ
ANTONIO COLINAS - CESAR ANTONIO MOLINA - JACINTO LUIS
GUEREÑA - MARIA NAVARRO - SALVADOR LOPEZ BECERRA - LO-
RENZO SAVAL - JOSE MARIA AMADO.

INDICE

TOMO I

5	Nota a la edición por José María Zambrano
7	Introducción por Carmen Savalet Frades
9	La Antología de María Zambrano por Julia Castillo
15	LA TUMBA DE ANTONIA
25	Prólogo
28	Índice
33	NOTA DE MANUTENCIÓN
39	Nota a la edición por P.V.B.
41	Introducción por F. del Villar Rivas
127	Epilogo de María Zambrano

TOMO II

	MARIA ZAMBRANO
	Prólogo para la edición de la obra
	Colaboradores
	ANTONIO MARI - JESUS MORENO - JOSE ANTONIO ANTON - HECTOR
	GIORGINI - AMPARO AMOROS - JOSE ANGEL VALENTE - BERNARD
	ZENOBIAIN - ANTONIO BOBAS BRAVO - JOSE ROJO - JORGE GUILLEX
	JOSE LUIS L. ARANGUREN - ANA BASUALDO - ENRIQUE AZOAGA
	ANA MARTINEZ ABANCON - AURELIO TORRENTE LARROSA - JUAN
	FERNANDO ORTEGA MUÑOZ - JOSE LUIS JOVER - FANNY HERBIO
	ANTONIO E. BOUZA - SALVADOR VALDES - JOSE SALLINERO PORTERO
	CINTO VITIER - ANTONIO JIMENEZ MILLAN - CONCHA MENDEZ
	ANTONIO COLLAS - CÉSAR ANTONIO MOLINA - JACINTO LUIS
	GUBERNA - MARIA NAVARRO - SALVADOR LOPEZ BOCERNA - ED-
	RENZO SAVALET - JOSE MARIA AMARAL

PRIMER AÑO LITERARIO (Agrupado)

1. Homenaje a una Generación Trascendente.
2. Dedicado a Europa.
3. Dedicado a André Malraux.
4. Dedicado a la Fiesta de los Toros.
5. Dedicado a la Navidad.
6. Dedicado a Pablo Picasso.
7. Los muros toman la palabra.

SEGUNDO AÑO LITERARIO (1.800 Ptas.)

- 8-10. Portugal. La revolución de las claves.
- 11-12. Los poetas del exilio.
- 13-14. Homenaje a León Felipe. (200 Ptas.)
- 15-16. Poemas en la cárcel. (300 Ptas.)
- 17-18. Homenaje a Mao Tse Tung. (420 Ptas.)

COLOFON

SE terminó de imprimir este número, que consta de 2.500 ejemplares, el día XXI de I de MCMLXXXIII, festividad de Santa Inés, en los talleres de Gráficas San Andrés, S. A., de Málaga.

ESTA dedicado a la escritora malagueña MARIA ZAMBRANO y quiere ser encuentro y presencia de su palabra poética en los claros de su profunda interpretación del Ser.

SUPONE la presentación de LA TUMBA DE ANTIGONA y DIOTIMA DE MANTINEA.

INTERVINIERON y colaboraron con José María Amado y Lorenzo Saval, Carmen Saval Prados, Julia Castillo, Fidel Villar Ribot y María José Amado.



NOMBRE _____

CALLE _____

CUIDAD _____

Al mismo tiempo sirvanse enviar los siguientes números pedidos:

Abonará la suscripción:

Contra reembolso (sólo España)

Por giro postal que envío _____

Por talón que adjunto _____

NOMBRE _____

CALLE _____

CUIDAD _____

Abonará la suscripción:

Contra reembolso (sólo España)

Por giro postal que envío _____

Por talón que adjunto _____

COLOFON

El presente libro, que forma parte de la colección de libros de la Editorial de la Universidad de Chile, fue publicado en el año 1960, en el número 1 de la colección, con el título de "LA TIERRA DE ANTIOQUIA Y DE MANTENEA".

Este libro, dedicado a la memoria de la familia de los señores de Antioquia y de Mantenea, fue publicado en el número 1 de la colección, con el título de "LA TIERRA DE ANTIOQUIA Y DE MANTENEA".

ESTE LIBRO ES UNA REPRODUCCIÓN DE LA TIERRA DE ANTIOQUIA Y DE MANTENEA.

INTERVENCIONES y colaboración con los señores de Antioquia y Mantenea, con los señores de Antioquia y Mantenea, con los señores de Antioquia y Mantenea.



NUMEROS PUBLICADOS

PRIMER AÑO LITERARIO (Agotado)

1. Homenaje a una Generación Trascendente.
2. Dedicado a Europa.
3. Desde Andalucía a Rafael Alberti.
4. Dedicado a la Fiesta de los Toros.
5. Dedicado a la Navidad.
6. Dedicado a Pablo Picasso.
7. Los muros toman la palabra. (Mayo, 68).
- 8-9. Llanto de Granada por F. García Lorca.
10. Aportación a la poesía de la Generación 70.
11. Algunos poetas andaluces del 50.
12. Homenaje a Antonio Machado.

SEGUNDO AÑO LITERARIO (1.500 Ptas.)

- 13-14. Homenaje a Emilio Prados y Manuel Altolaguirre.
- 15-16. Nueva Generación.
- 17-18. Homenaje al escultor Alberto Sánchez.
- 19-20. Homenaje a Carlos Edmundo de Ory.
- 21-22. Ronda y un Torero.
- 23-24. A los 90 años de Pablo Picasso.

TERCER AÑO LITERARIO (1.500 Ptas.)

- 25-26. LITORAL 1926 (1.ª entrega número 1-2-3).
- 27-28. LITORAL 1926 (2.ª entrega número 4-5-6-7).
- 29-30. LITORAL 1926 (3.ª entrega número 8-9).
- 31-32. LITORAL MEXICO 1944 (número 1-2).
- 33-34. LITORAL MEXICO 1944 (número 3).
- 35-36. De Cádiz a Granada (Homenaje a M. de Falla).

CUARTO AÑO LITERARIO (1.500 Ptas.)

- 37-38-39-40. La Claridad Desierta, de José Bergamín.
- 41-42. 3 Poetas Andaluces. Suplemento: Chile y la muerte de Pablo Neruda.
- 43-44. Roma, peligro para caminantes, de Rafael Alberti.
- 45-46. Los Andaluces Cuentan (Narrativa).
- 47-48. Ilustración y Defensa del Toreo, de José Bergamín.

QUINTO AÑO LITERARIO (1.500 Ptas.)

- 49-50. 50 números de Litoral. Orígenes de la Vanguardia Española.

- 51-52. En Breve, de Dionisio Ridruejo.
- 53-54-55-56-57-58. PORTUGAL, La revolución de los claveles.
- 59-60. Los poetas del exilio.

SEXTO AÑO LITERARIO (1.500 Ptas.)

- 61-62-63. Poesía en la cárcel. (380 Ptas.).
- 64-65-66. Homenaje a Mao-Tse-Tung. (420 Ptas.).
- 67-68-69. Homenaje a León Felipe. (390 Ptas.).
- 70-71-72. Cuaderno de Rute, de R. Alberti. (390 Ptas.).

SEPTIMO AÑO LITERARIO (1.500 Ptas.)

- 73-74-75. Vida y muerte de Miguel Hernández. (390 Ptas.).
- 76-77-78. Perfil de César Vallejo. (390 Ptas.).
- 79-80-81. A Luis Cernuda. (420 Ptas.).
- 82-83-84. Poesía americana contemporánea. (1.ª entrega). (450 Ptas.).

OCTAVO AÑO LITERARIO (1.800 Ptas.)

- 85-86-87. Moheda, de Rafael Guillén. (450 Ptas.).
- 88-89-90. El hacedor de calendarios, de Lorenzo Saval. (495 Ptas.).
- 91-92-93. Señales de Juan Rejano. (495 Ptas.).
- 94-95-96. 4 Suplementos Litoral - 1.ª Epoca. (550 Ptas.).

NOVENO AÑO LITERARIO (2.000 Ptas.)

- 97-98-99. Fernando Villalón. 2 Suplementos. 1.ª Epoca. (550 Ptas.).
- 100-101-102. Emilio Prados (590 Ptas.).
- 103-104-105. Vicente Aleixandre (590 Ptas.).
- 106-107-108. Poesía sueca contemporánea (590 Ptas.).

DECIMO AÑO LITERARIO (2.500 Ptas.)

- 109-110-111. Correspondencia. Alberti - Bergamín. (590 Ptas.).
- 112-113-114. "Memoria social en la muerte de un hombre" de Antonio L. Bouza. (690 Ptas.).
- 115-116-117. Pedro Garfias. (690 Ptas.).
- 118-119-120. Antología de la Joven Poesía Andaluza. (690 Ptas.).

ONCEAVO AÑO LITERARIO (2.750 Ptas.)

- 121-122-123. María Zambrano. Tomo I.
- 124-125-126. María Zambrano. Tomo II.

Deseo una suscripción a LITORAL a partir del onceavo año literario (número del 121 al 132) por Ptas. 2.750. Extranjero: 3.500 Ptas. Aprox. \$ 35 USA.

NOMBRE

CALLE

NUM.

CIUDAD

Al mismo tiempo sírvanse enviarme los siguientes números atrasados

Abonaré la suscripción:

- Contra reembolso (sólo España).
- Por giro postal que envío.
- Por talón que adjunto.

Deseo obsequiar a la persona abajo indicada una suscripción a partir del onceavo año literario a la revista LITORAL número del 121 al 132, por Ptas. 2.750. Extranjero: 3.500 Aprox. \$ 35 USA.

NOMBRE DEL BENEFICIARIO

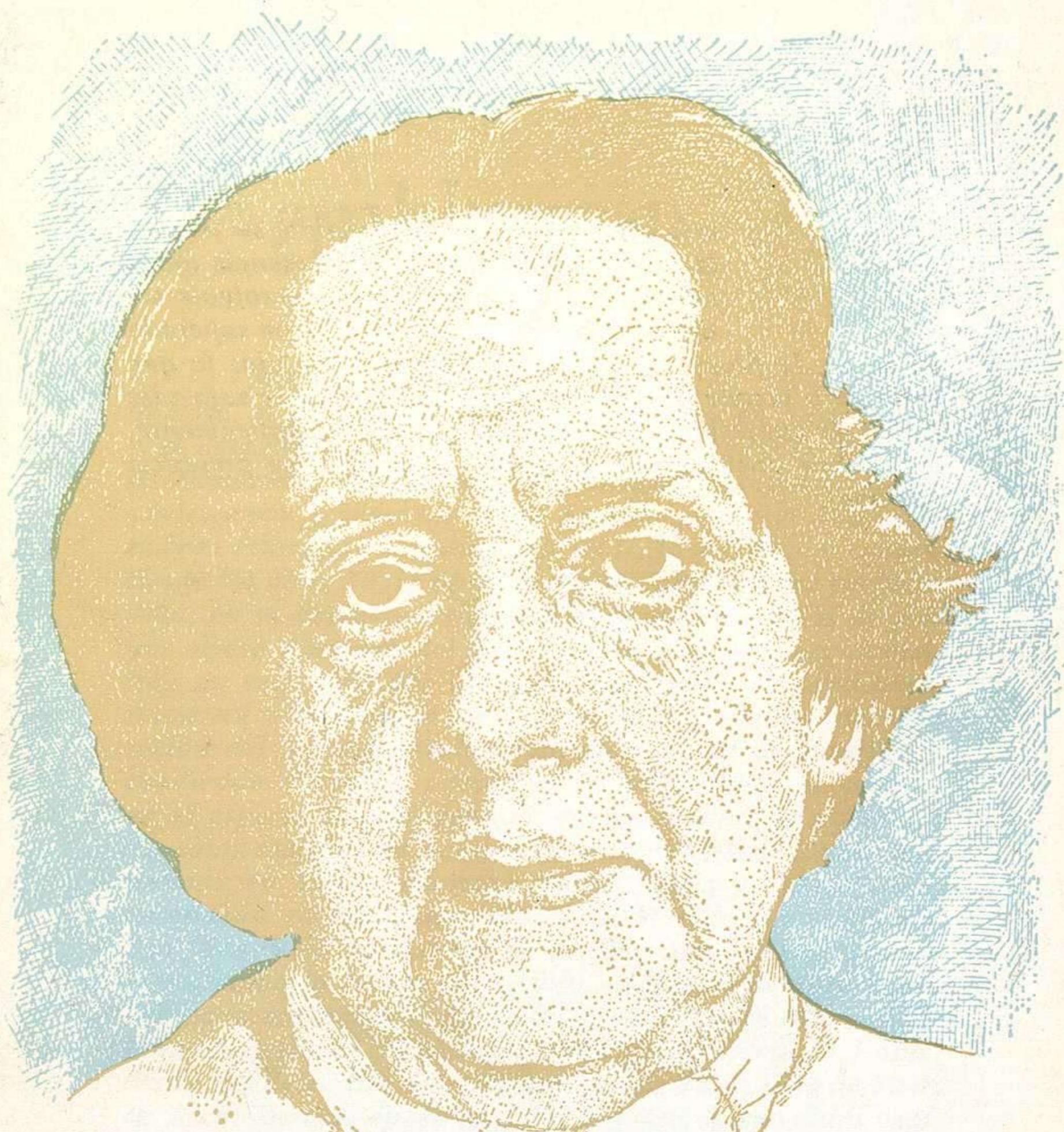
CALLE

NUM.

CIUDAD

Abonaré la suscripción:

- Contra reembolso (sólo España).
- Por giro postal que envío.
- Por talón que adjunto.



*Seminario sobre el Pensamiento
de
María Zambrano*

Almagro, del 24 Junio al 4 Julio 1983



María Zambrano no ha vendido su alma a la idea, ha salvaguardado su esencia única situando la experiencia de lo insoluble sobre la reflexión acerca de ello; ha superado en suma, la filosofía, sólo es verdadero a sus ojos lo que procede o sucede a lo formulado, el verbo que se zafa a las trabas de expresión, o como ella ha dicho magníficamente, la palabra liberada del lenguaje". (Cioran: Una presencia decisiva).



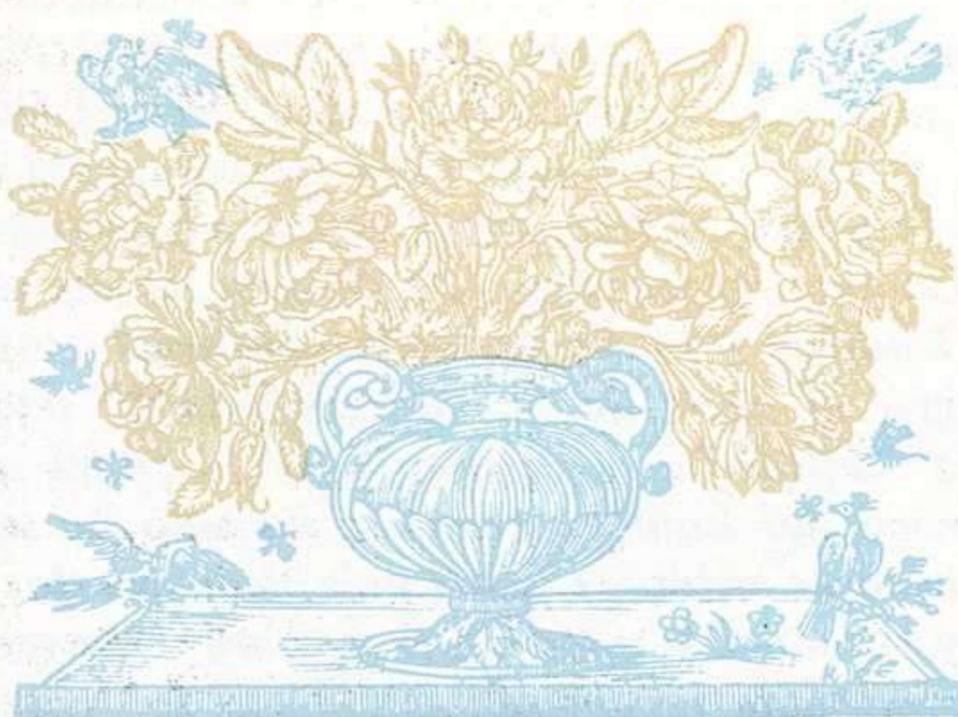


emblanza

MARIA ZAMBRANO, nació en Velez-Málaga (Málaga) el 22 de Abril de 1904. La infancia en Andalucía... y el decisivo paso a Castilla siguiendo al padre D. Blas José Zambrano, Catedrático de Instituto. Transcurre así su adolescencia y juventud entre Segovia y Madrid donde estudiará Filosofía y será discípula de D. José Ortega y Gasset. Desde los años 30, la obra de María Zambrano irá perfilándose, en su exclusiva originalidad, como una de las de mayor altura y arraigo del pensamiento español y occidental. Hay en esta obra dos vertientes esenciales: su persistente respuesta a la Historia de España, y la cautelosa manifestación del logos mediador que, más allá de la filosofía, y fundiendo filosofía, poesía y aún religiosidad, se adentra en el espacio mismo que con su ser encubre la realidad... "la santa realidad sin nombre", como dirá María Zambrano. Exilada en 1939, recorrerá Méjico, Cuba y Puerto Rico, enseñando en las Universidades de Morelia, La Habana y San Juan; y en La Habana, la decisiva amistad con Lezama Lima, como lo fueran antes, y lo serán para siempre, aquellas otras amistades con Emilio Prado, Rafael Dieste, Luis Cernuda... Desde 1953 hasta 1964 permanecerá en Roma, desde donde realizará frecuentes visitas a San Juan de Puerto Rico. De esta época data (1955) una de sus obras capitales: "El hombre y lo divino"; libro esencial —los restos de un naufragio, al decir de María Zambrano; "restos" de la proyectada "Filosofía y cristianismo"— en el que la razón discursiva del hombre europeo no sólo no se enfrenta a sus más oscuras entrañas, a sus más altos anhelos, sino que los acoge y se acoge a unas y otros, para entregar una lucidísima y aquietada revelación en la que la "Historia de la Filosofía" aparece encarnada en las más sutiles razones del tiempo y el corazón. En 1964, sin ser notada, va María Zambrano a un claro del bosque en el Jura francés junto con su permanente compañera: su hermana Araceli y en

1978 se traslada a Ferney Voltaire (Suiza). Poco antes (1977) ha aparecido la que es, sin duda, manifestación más excelente de su razón poética: "Claros del Bosque", obra plena, ofrenda plena, mística descifradora del sentir —pues para María Zambrano el pensar es, ante todo, descifrar lo que se siente— pensamiento y palabra que se liberan del lenguaje encubridor... Más allá de la Idea, la razón poética de María Zambrano ha ido abriéndose hacia esa trascendencia que manifiesta la unidad de ser y vida, de vida y conocimiento, hacia la manifestación misma, la presencia... la aurora de la palabra. Hoy María Zambrano habita en Ginebra y sin embargo, es su lejanía distancia vivificadora para el pensamiento español; pareciera que ella abre las nuevas y liberadoras sendas para aquel sueño creador que paciente-mente espera manifestarse.

JESUS MORENO SANZ



COMITE ORGANIZADOR

PRESIDENTE:

Excmo. Sr.: D. Francisco de ASIS LOPEZ DE SOLE y MARTIN DE VARGAS, Conde de Cabra, Presidente de la Fundación.

SECRETARIO:

D. Fernando ROMAN DIAZ, Director de la Fundación.

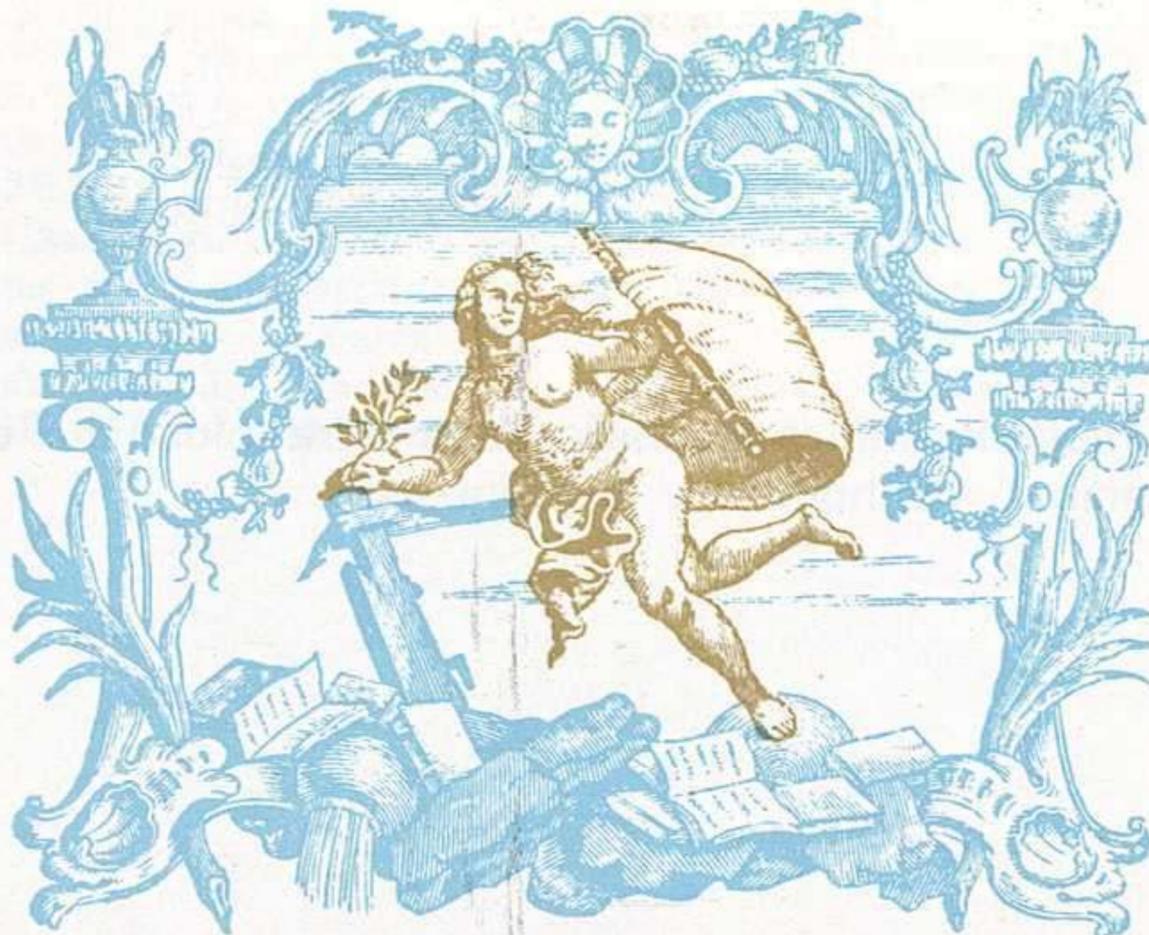
VICESECRETARIOS:

D. Manuel SUAREZ GONZALEZ
D. Rogelio BLANCO MARTINEZ
D. Fernando MUÑOZ VICTORIA

Para información, llamar al teléfono 86 03 50, de 12,30 a 14 horas y de 15,30 a 19,30 horas.

L

a verdad se reconoce ya como parcial, y la misma razón descubridora del ser reconoce la diferencia y la injusticia entre lo que es y lo que hay. Al hacerlo así, se acerca al terreno de la poesía. Y la poesía, al sufrir el martirio de la lucidez, se aproxima a la razón. Mas no pensemos todavía en que se verifique su reintegración tantas veces soñada por quienes no pueden decidirse entre una y otra. Quien está tocado por la poesía no puede decidirse, y quien se decidió por la poesía no puede volverse atrás, deshacer el camino. Sólo el tiempo, la historia, cuando al fin haga que se sitúe la razón, agotado el tema del ser del no-ser y el de la creación, más allá: allí donde desde hace largos tiempos espera la verdad revelada e indescifrable; la verdad donde, real, sustantivamente, la caridad está hechizada. Caridad y comunión que no han trascendido el pensamiento, porque nadie ha podido todavía verter al pensamiento el "Logos lleno de gracia y verdad". (Obras reunidas, 212).





*Hay que dormirse arriba en la luz.
Hay que estar despierto abajo en la oscuridad intraterrestre, intracorporal de los diversos cuerpos que el hombre terrestre habita, el de la tierra, el del universo, el suyo propio.*

Allá en los "profundos", en los ínfimos, el corazón vela, se desvela, se reenciende en sí mismo.

Arriba, en la luz, el corazón se abandona, se entrega. Se recoge. Se aduerme al fin ya sin pena. En la luz que acoge donde no se padece violencia alguna, pues que se ha llegado allí, a esa luz, sin forzar ninguna puerta y aún sin abrirla, sin haber atravesado dinteles de luz y de sombra, sin esfuerzo y sin protección".

M.^a Zambrano: "Claros del Bosque"

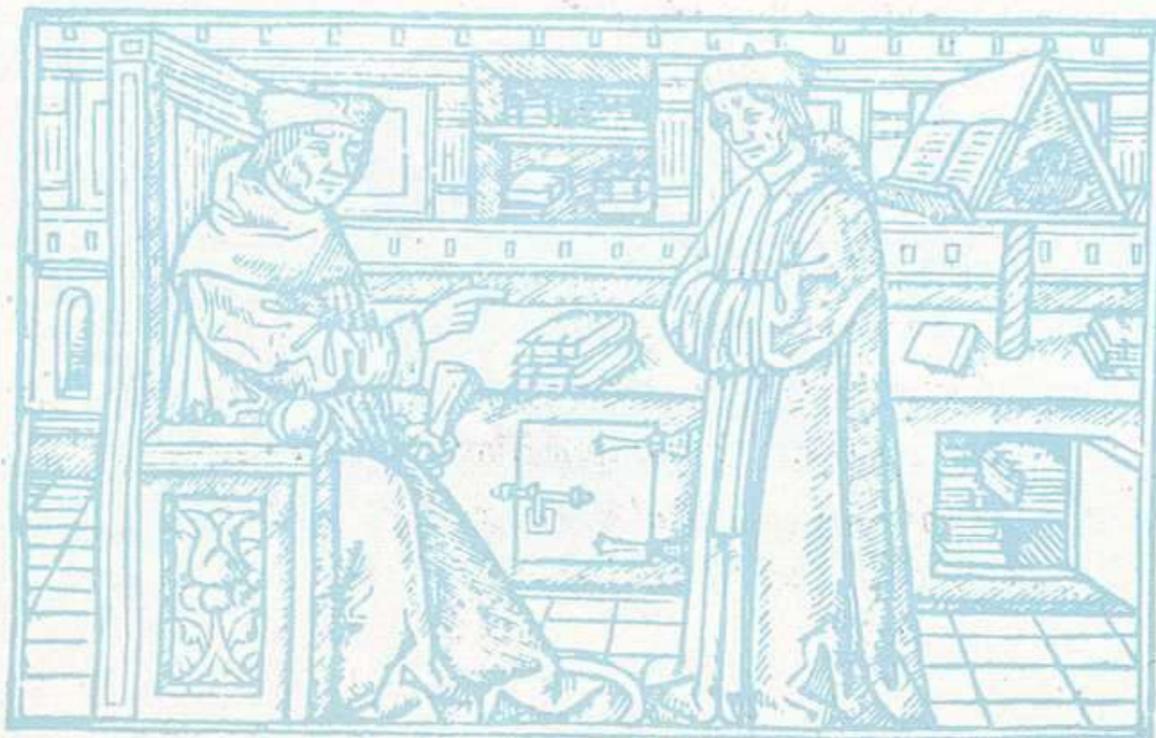


A

liento dionisiaco en la revelación de la ceguera, de la privación, del desierto de la palabra que nos abandona, esta teogonía y teología de la "lectura" de la realidad, del ser, nos acerca al misterio, al límite de los mitos (H. Ciocchi: La santa realidad sin nombre. En torno a "Claros del Bosque" de M^a Zambrano).



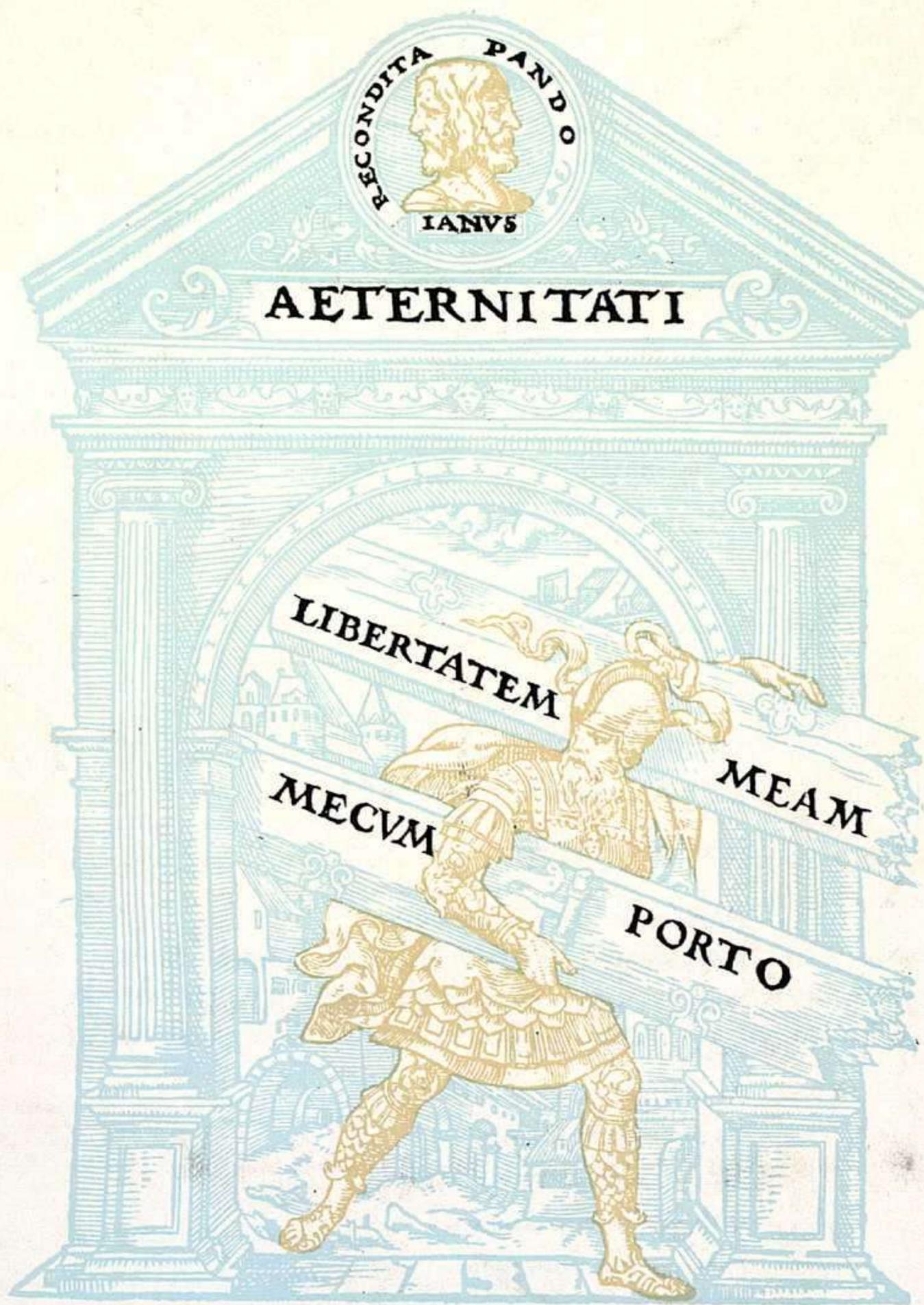
"...una verdad que no puede ser demostrada, sino solamente sugerida por virtud de ese más que expande el misterio de la belleza sobre las razones" (Obra reunida, 122).





BIBLIOGRAFIA

- *Horizonte del liberalismo*
- *Los intelectuales en el drama de España*
- *Pensamiento y poesía en la vida española*
- *Filosofía y Poesía*
- *El pensamiento vivo de Séneca*
- *La agonía de Europa*
- *Hacia un saber sobre el alma*
- *El hombre y lo divino*
- *Persona y democracia*
- *La España de Galdós*
- *España, sueño y verdad*
- *El sueño creador*
- *La tumba de Antígona*
- *Claros del Bosque*
- *Dos escritos autobiográficos (El nacimiento)*
- *Dos fragmentos sobre el amor*
- *Tal como un péndulo*



ORGANIZADO POR LA FUNDACION
"CONDE DE CABRA - ANTIGUA UNIVERSIDAD DE ALMAGRO"

